

COLECCIÓN HERMES TRIMEGISTO

JOSÉ-CHRISTIAN PÁEZ

666
LOS
HIJOS DE LA BESTIA

El Nuevo Sistema de Control de los EEUU y Europa

Incluye 10 diseños de códigos de barras
y 4 tablas explicativas originales



Barcelona - 2005

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres de personajes, lugares e incidentes que aparecen en ésta, han nacido de la imaginación del autor o están incluidas y usadas de manera ficticia para darle mayor realismo a la narración. Cualquier parecido con acontecimientos contemporáneos, sitios geográficos, o con nombres de instituciones o de personas vivas o muertas, es pura coincidencia.

© José Christian Páez Velásquez, 2002

Inscripción: N° 129.182

DERECHOS RESERVADOS

© Ediciones del Gallo, 2005

para la presente edición

Apartado Postal 31011

08080 Barcelona - España

Segunda Edición

I.S.B.N.: 84-932931-0-5

© José Christian Páez Velásquez, 1998: Del diseño de los 10 códigos de barras insertos en las páginas: 82 (*EAN-13 y UPC-A*); 83 (*EAN-8 y UPC-E*); 84 (*978 Bookland/EAN y EAN-13 con el detalle de las partes que lo integran*); 96 (*EAN-13 con tickets*); 97 (*Módulos de pares de barras*); 99 (*EAN-13 con Flags 7, indicando los módulos a los cuales pertenecen los pares de barras que ocupa*); y 100 (*EAN-13 indicando el número 666*).

© José Christian Páez Velásquez, 1998: De las 4 tablas explicativas insertas en las páginas: 85 (*Tabla mundial de FLAGS*); 94 (*Valor 888 de Jesús, según Corneille*); 95 (*Valor 666 de la palabra "computer", según el reverendo Thomas*); y 98 (*Tabla de FLAGS, indicando los módulos a los cuales pertenecen los pares de barras que se ocupan, según el número flags con el cual comiencen*).

Para escribir al autor dirigirse a:

jchpaez@yahoo.es

Telé. (34) 606 725 808

APARTADO POSTAL 31011
08080 BARCELONA, ESPAÑA

www.jchpaez.com

INTRODUCCIÓN

El 20 de marzo de 2003, comenzó el ataque aliado a Irak. El uso de la fuerza provocó no sólo indignación en el mundo, también dio paso a la frustración. Porque el rechazo a la guerra manifestado por millones de personas y por Naciones Unidas, no detuvo a los Estados Unidos y a sus aliados (Reino Unido, y España), e hicieron conciente en la gente, el estar ante una supremacía de poder nunca antes vista: ¿Se afianzará el imperio llamado Estados Unidos de América?

Entonces, surge otra pregunta: ¿Serán los poderes de los Estados Unidos la Bestia apocalíptica y los de Europa la segunda Bestia?

El presidente norteamericano, al declarar la guerra, la justificó en nombre de Dios.

«¿Quién como la Bestia?», dice la Biblia, «¿Y quién puede luchar contra ella? Le fue dada una boca que profería grandezas y blasfemias, y se le dio poder de actuar durante cuarenta y dos meses; y ella abrió su boca para blasfemar contra Dios» (Ap. 13: 4-6).

El uso de armas de última generación, producto de la más sofisticada o avanzada tecnología al servicio de la destrucción, horroriza a algunos y maravilla a otros: *«Y la adorarán todos los habitantes de la tierra» (Ap. 13: 8).*

El Apocalipsis 13:11 dice: *«Vi luego otra Bestia que surgía de la tierra»*, y ésta es a la cual se refiere este libro.

Dos Bestias entrelazadas, la una con un poder absoluto sobre el mundo; La otra, sirviendo a la una para fortalecer su poder.

Este libro trata sobre esta segunda Bestia y del cumplimiento de la profecía escrita en el Apocalipsis 13: 15-18: *«Fue dado infundir espíritu en la imagen de la Bestia para que hablase la imagen e hiciese morir a cuantos se postrasen ante la imagen de la Bestia, e hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les imprimiese una marca en la mano derecha y en la frente, y que nadie pudiese comprar o vender sino el que tuviera la marca, el nombre de la Bestia o el número de su nombre. Aquí está la sabiduría. El que tenga inteligencia calcule el número de la Bestia, porque es número de hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis (666).»*

Deseo al lector que en esta obra encuentre las claves.

José-Christian Páez

Barcelona, marzo de 2005

666
LOS
HIJOS DE LA BESTIA

¿Quién querría llevar tan duras cargas, gemir y sudar bajo el peso de una vida afanosa, si no fuera por el temor de un algo, después de la muerte (esa ignorada región cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno), temor que confunde nuestra voluntad y nos impulsa a soportar aquellos males que nos afligen, antes de lanzarnos a otros que desconocemos? Así la conciencia hace de todos nosotros unos cobardes.

Hamlet, de Shakespeare

Traducción de Luis Astrana Marín.

Cuando la antigua y oculta sabiduría sea despertada: habrá llegado el tiempo en el cual el cóndor del sur conocerá al águila del norte, la luz retornará de la pureza, de la sabiduría, para ser la salud y la curación de la tierra.

Mitología maya

Según el calendario maya, el 21 de marzo de 1994, la humanidad entró al período de Itza. (Cada era o ciclo perdura por 520 años).

ENCUENTRO EN LONDRES

La sala tenía un largo de ochenta y ocho codos, angosta como una galera mecida por el mar. Al fondo, un cirio alumbraba el rostro quebrado del maestro.

John se tocó a sí mismo, «*no, no es un espejo, estoy demasiado lejos como para que aquello sea el reflejo de mi propio sueño*», se dijo y dispuso su pensamiento para que pensara que sí quería avanzar.

El anciano, en un gesto repentino, detuvo sus manos delante de sí y las comenzó a abrir como si contuviera una esfera invisible. «*¿Qué profano osa entrar a este sitio sagrado?*» John sintió un sudor helado bajar desde su frente, como mil hormigas que suben y descienden del muerto, «*no será la resaca*» —pensó—. Todo en él se detuvo, sus pensamientos, su voluntad... su respiración caracoleó un tanto por su espacio interior y comenzó a deslizarse por sus vías con el sigilo de una serpiente que acecha. El silencio se hizo más inmenso. «*Algún día los sellos tienen que ser revelados.*» El anciano abrió leve los ojos, en señal de asombro, pero recuperó su postura de disciplinada tranquilidad, sentado en posición de loto, sobre la mesa de gruesa madera de roble. John no supo cómo lo dijo, y siguió

estático, sorprendido por ésas, sus propias palabras. «*Algún día*» —contestó el maestro— y tras la visión de su sonrisa, el aire se volvió más difuso, como aquella silueta que se contempla tras la bruma, cuando pareciera que la noche ha absorbido al día.

John Spencer se vio a sí mismo, era extraño que se viera a sí mismo, pero sabía que algún día tendría que verse a sí mismo. Sin embargo, en ese sitio, sus rubios cabellos tenían el color cano que apenas se distinguía en la penumbra, mas sus ojos, sostenían el azul de un cielo que en la tierra irlandesa natal de su padre, se disfruta cuando el sol se asoma con luces de nuevas primaveras.

Cuando el reloj indicaba las 21:30, la cabeza le parecía un tambor por dentro, percibido con los oídos abiertos de un niño. Tío Benjamín llegaría a eso de las 22. Los sueños tenían la fantasía de lo irreal y la expectación de aquello que podría transformarse en realidad. Desde su niñez más temprana, John padecía esta suerte de infierno y paraíso. Recordó el gesto regordete del abuelo, con su cara afable cada vez que él se acercaba a decirle uno de esos discontinuos presagios. «*Serás como un mago que nos absuelve de la pesadilla de nuestra realidad para introducirnos a la incertidumbre de tus sueños. Algún día me matarás*» —le había dicho—.

Así fue. John soñó que el abuelo cruzaba el canal San Jorge hacia su Irlanda natal. La mañana parecía hecha de niebla, porque la niebla cubría todas las lejanías y cercanías de aquel zarpaje. «*Voy a pescar, voy a pescar*», decía con la voz quebrada de quienes saben que nunca volverán. Con la inquietud de sus diez años, le narró al abuelo su historia. Como siempre, el viejo sonrió, sólo que esta vez su rictus se estiraba corto e intermitente, como

quien ha visto lo que se espera, pero no se quiere. La vida, en definitiva, está construida con tantas cosas que no se quieren y que llegan y se quedan como parásitos y víboras que nos advierten de lo lejos que están, a veces, nuestros más caros deseos. Al otro día el abuelo no amaneció, se quedó en el sueño que soñó, o no quiso fantasear más la realidad. Prefirió cerrar los ojos.

Las imágenes oníricas de John confluían siempre en un significado. Éstas, en cambio, tenían demasiadas preguntas. ¿Sería ese viejo la dolorosa evocación de su abuelo o, en verdad, un maestro le decía algo que aún no estaba preparado para entender? ¿Podría el maestro encarnarse en la misma evocación de su abuelo? Ya lo sabría. Quizás si lo aconsejable, entonces, sería someter la duda a la tranquilidad, para que los ojos viesan lo que en el fragor de la pasión para ellos se esconde. Mejor es caminar como un vidente que como un ciego por falta de paciencia.

Un rápido baño le permitió despertar más a prisa. Aunque estaba habituado a vivir a su ritmo y no al que le impusieran, el agua fresca de la ducha le ayudaría a llegar al punto de encuentro acordado con George, con un gesto más relajado y vital.

Aún así, el sólo imaginar el viaje desde Chelsea a Islington le comenzó a parecer una pesadilla. No le llevaría más de una hora, pero ingresar al tren subterráneo para introducirse como un topo en sus abyectos pasadizos, luego volver a salir, le parecía semejante a esa niebla de fuego que quiere devorar sentimientos, conclusiones... y abuelos.

¿Por qué no se habrían juntado en Oxford Circus, como en tantas ocasiones? George propuso el lugar, instigado quizás por la idea de atender al amigo lejano que le sería presentado a él, inmerso en ese ambiente cosmopolita que no se quiere olvidar del mundo. Los *pubs*

de Islington eran perfectos para relajarse del incesante ajetreo diario, *pubs* que, ahora, serían como alguna evocación estudiantil, más aún si George estaba a un paso de asumir la cátedra de economía en la Universidad de Londres y quería celebrarlo, no como el profesor que subiría hasta la testera de un grupo de vidas, sino como el muchacho que vuelve, cada vez que puede, a sus días de adolescencia y juventud.

Cuando se dispuso a salir a la boca voraz de la calle, encontró una nota en la mesita de entrada: «*John, no iremos a Islington, nos reuniremos donde el 100*». Se sintió aliviado. Tendría que recorrer la mitad del camino. Oxford Street, «*es como salir al antejardín de la casa*», decía con frecuencia el tío Benjamín. Seguro que de él sería la idea y tendría sus razones, porque al tío como a ellos, les encantaba el *jazz*, por lo que el *100 CLUB*, era el sitio ideal.

La amistad con George se remitía a sus primeros estudios en la Universidad de Oxford. La filosofía los unió como a dos socios del aprendizaje. Pero la vida los separó por un tiempo, cuando George decidió apartarse del pensamiento especulativo y aterrizó en la economía de Chicago, al igual que antes su tío Benjamín; al tiempo que John se inclinó por la literatura inglesa y luego por un master en esa especialidad. Huérfano de padre, George tenía como rito visitar a su tutor en los veranos. Primero fue Esaú, su abuelo, a quien lo siguió el tío Benjamín, cuando el primero murió. También se hizo un rito que lo acompañase John, «*su hermano de alma*», como le decía él. Tío Benjamín afirmaba que tenía un sobrino multiplicativo, porque a su soledad de hombre sin descendencia, por esas cosas inexplicables de la vida, George le otorgaba otro hijo postizo. Para tío Benjamín, su sobrino encarnaba al hijo que Dios le había negado.

Toda su actividad hasta enfrentarse con la calle, transcurrió con una suavidad soñolienta. El aire primaveral le pareció una ironía, por su cabeza giraban como satélites las ideas del sueño, aunque más bien le parecía que llevaba una corona de asteroides.

George tomó la botella y llenó la copa de Hinojosa.

—Tarda tu tío Benjamín —dijo con inquietud H—. Y tu amigo —agregó—.

—Debe tener un contratiempo de oficina. El tío es así, nunca se sabe si llegará a la hora, pero de que llega, llega. En cambio mi amigo es un poco remolón, además anoche se quedó leyendo hasta la amanecida. Le llamamos el «23».

Hinojosa sonrió con George y se rascó el hombro izquierdo.

—Vaya manera de disfrutar las vacaciones. ¿Por qué eso de «23»?

—Prepara un libro. Insiste en que desea ser escritor y que su obra tiene que ser la mejor. Siempre llega a la página veintitrés, borrona el original y dice que no sirve, entonces comienza a escribir de nuevo y así sucesivamente hasta veintitrés. Al menos yo le conozco unas siete obras inconclusas.

—Los escritores... los envidio...

—Y no sólo eso —interrumpió George—, si uno se encuentra con él en la noche, aunque hayas acordado otra hora, llega a las veintitrés, en punto.

—Los escritores... —continuó Hinojosa—, viven entre sueños, creen que la vida es una quimera, ¿es una alucinación esta copa de whisky, George? —y expulsó una risa contenida, al tiempo que lo palmoteaba en la espalda—.

George lo siguió con una sonrisa.

—Ya te conté, él siempre ha sido extraño. Parece que la escuela lo marcó. Ahora busca un tema y se lleva el tiempo con la cabeza hundida en los libros de historia por si encuentra algo que sea distinto. Algo que nadie haya escrito en novela o en teatro.

Hinojosa acercó su cabeza a la de George con la expresión severa.

—¿No creerás tú eso?, la vida es aquí y ahora, no hay pasado ni mañana, sólo ahora. ¡Qué historia!, nosotros hacemos la historia para los bobos que tengan que estudiarla. ¡La historia somos nosotros! —Se reacomodó— Escucha emperador, tú estás llamado a ser un ganador, deja que los otros pierdan, ¡tú ocúpate de ganar!

Hinojosa tenía el semblante de los triunfadores, el semblante que tienen sus almas mientras paladean el sabor del cielo, pero que si las nubes oscuras de la tormenta acinturan su alegría hasta asfixiarla, mutan sus gestos a la desolada expresión de los vagabundos. Porque el mundo engaña con sus primeras páginas. Siempre los iluminados aparecen sonriendo y, en cuanto éstos dejan de serlo, otros transitorios iluminados aparecen cubriendo todas las portadas de los diarios, revistas, noticieros y programas especiales de televisión, como para encandilar y velar la mirada. Es natural que si alguien gana, siempre alguien tiene que perder. Pero al fin y al cabo, ¿a quién le gusta pertenecer al mundo de los derrotados? Aunque cada uno de nosotros lo seamos en las más de las veces, en los más de los instantes apremiantes de nuestras vidas, queremos, sin embargo, ser parte del equipo de los exitosos. Hinojosa ganaba, tal como George y tío Benjamín, todos ellos usufructuaban del dinero y de su felicidad, la cual es efímera cuando no se tiene definido un espacio de crecimiento para el alma.

Hinojosa se comportaba como aquel que está en el

mirador, con la amplia panorámica del sitio que habita.

George se quedó con la mirada fija en la puerta de entrada y dijo:

—Aún le queda mucho tiempo...

—Escucha, hijo. Cuando conocí a tu tío en Chicago, no nos unió la historia ni el mañana que no existe, nos unió lo que somos: dos ganadores, en busca de ser aquí, ahora.

El reloj del bar marcó las 22,30 de la noche. George abrió los ojos y exclamó:

—¡No puede ser! ¡Ahí está John!

Había traspuesto la puerta de entrada y se dirigía a la mesa.

—¡Hola! —dijo con expresión refrescante—.

John y George se abrazaron como si no se viesan desde hace siglos.

—Te presento a Héctor Hinojosa.

—Hola muchacho. —Lo saludó con cariño, pero con las aprehensiones propias del hombre un tanto mayor que era—.

Hinojosa tenía el rostro cuadrado y simulaba bien sus cuarenta y cinco años. Se dedicaba a la actividad financiera. Sus continuos viajes lo tenían convertido en un ciudadano del mundo, para quien cualquier lugar es un sitio adecuado para respirar, cualquier sitio su casa. Ese sentimiento se reflejaba en la naturalidad de su expresión, en esa especie de pachorra del que se desenvuelve sin caer en la pedantería.

—¿Whisky? —le preguntó Hinojosa a John—.

—No, gracias —respondió—, yo soy de cerveza.

—Me has dejado en vergüenza —le increpó bromeando, George—.

—¿Que he hecho? —contestó sorprendido—.

—Le dije a Hinojosa que llegarías a las veintitrés, que siempre llegas a las veintitrés, que estás condenado por

el veintitrés y te adelantaste en media hora.

John sonrió:

—Tú cambiaste los planes...

—Yo no —le corrigió George—. Tío Benjamín, él propuso este lugar. Quiso que nos reuniéramos con este amigo, pero al parecer el tío ha tenido algún problema. Ya debiera haber llegado.

—Me lo imaginé —dijo John—.

Llamaron al mozo para hacer el pedido.

—¡Miren quien viene ahí! —expresó con alegría Hinojosa—.

—El tío —dijo escuetamente George—.

Benjamín Schaler tenía dos años más que Hinojosa. Había nacido de las fumarolas que dejó la guerra —decía. Su padre, judío alemán, hubo de refugiarse en París *«para no recibir la piedad de los alemanes»*, como repetía con cierto dejo de humor negro y, en esa ciudad luz había nacido él, su segundo hijo, Benjamín. Cuando en 1957 se firmaron los tratados de Roma que originaron la Comunidad Europea, su padre decidió que sería mejor radicarse en Londres. Así lo hicieron, y allí fundó el diario *The Eyes Shine* que, a la muerte de su progenitor, en 1980, comenzó a dirigir. Su hermano Abraham, progenitor de George, se despidió de la vida en 1968, por lo que su padre, asumió la responsabilidad de educarlo y, al deceso de éste, fue él, el tío Benjamín, el que continuó con la responsabilidad de esa tutela.

Después de los saludos y de los pedidos, después de estar servida la mesa y que hubieron de quedar atrás los preámbulos, tío Benjamín tomó la palabra:

—Es una alegría tener aquí a un viejo y querido amigo: Héctor Hinojosa.

H dibujó en su rostro los sentimientos de la complacencia y de la alegría.

—Tú ya lo conoces, George. Quería presentártelo a ti, John. Cuando llegué a estudiar economía a la Universidad de Chicago, Hinojosa ya estaba terminando el master. Fue una muy buena ayuda, un importante apoyo.

—Un amigo es siempre un pilar importante —acotó John—.

George sonrió. Tío Benjamín miró con complacencia, al tiempo que Hinojosa giró su cabeza hacia John.

—¿Así que eres escritor?

—Le estuve hablando de ti y de tus locuras —se interpuso George—.

—Eso pretendo —contestó—.

—¿Preparas algún libro? —inquirió Hinojosa—.

—Sólo tengo la idea total, busco... busco un hecho impactante —sorbió un poco de cerveza, para luego continuar—... algo que sea distinto.

Hinojosa elevó los ojos como si quisiera atrapar pensamientos del aire. Oyó los suaves primeros acordes del piano y luego la fuerza sensible del saxofón que parecía atrapar los más tenues latidos del corazón. Los músicos interpretaban *Summertime* de Gershwin. Continuó:

—¿Has pensado?, digo yo que no sé nada de estas cosas —se autojustificó Hinojosa—, ¿en la historia del pueblo araucano que resistieron por trescientos años a los españoles?

John meneó la cabeza como si consultara a su ángel guardián. Los otros permanecieron impasibles, concentrados en ese diálogo de dos nuevos conocidos.

—No se me había ocurrido... porque si bien, ese hecho, está escrito en poesía, ese epicismo es más idílico que real. ¡Pero no hay una novela sobre ello! Quizás usted tenga razón.

Hinojosa encogió sus hombros, inclinó su cabeza y

abrió sus manos y brazos como diciendo «*aquí estoy*».

—¡Oh, oh! —exclamó George—, un nuevo original.

Y los cuatro rieron al mismo tiempo.

—¡Salud! —propuso Hinojosa—, por el nuevo original.

Los cuatro volvieron a reír alzando sus copas y bebiendo.

—¿De Chile, verdad? —preguntó John para continuar la conversación—.

—Sí.

—¿Por muchos días en Londres?

—Ya me voy. Pero hay que tener tiempo para los amigos. —Miró al tío Benjamín y éste le espetó un gesto cortés—. Luego sigo a Bruselas. Ya sabes, negocios, el mundo se mueve con negocios.

—Con negocios y con pensamiento —acotó John—.

—Más con hechos diría yo. Trecentos años resistieron los araucanos y los españoles no pudieron dominarlos, fue como un presagio de lo que ocurriría después con su imperio. Si el poderoso no domina al más pequeño, por pequeño que sea, empieza a perder todas las batallas hasta quedarse sin guerra, sólo con la derrota.

John se arregló la camisa.

—Necesitas ir a Chile, tu historia no será la misma si escribes sin visitar los lugares en los que ocurrieron los hechos. Si lo deseas y considerando que los amigos de mis amigos son mis amigos, te ofrezco que llegues a mi casa. Ya te comodarás después.

John sintió como una caricia dentro de sí. Sabía que en Sudamérica la hospitalidad es distinta, así es que no le extrañó que alguien que recién conocía le ofreciese lo más preciado que tiene un hombre en la vida: su hogar. Es el espacio de llegada que añoran todos los viajeros, porque

está claro que el dinero no lo resuelve todo. Lo humano sobrepaja todo cálculo, sobrevive hasta de las propias imperfecciones humanas. Después de todo, lo humano es real en cuanto es como es.

—Gracias, lo tendré en consideración —y John le alargó su mano—.

LA MAPOTECA Y LA BIBLIOTECA DE OXFORD

Solicitó el mapa de P. Santini. Eso de Santini le sonaba a algo, pero no sabía exactamente a qué. Al confrontarse con la carta sintió la delicia que sobreviene cuando se está ante siglos acumulados. La *Carte du Chili Méridional, du Rio de la Plata des Patagons, et du Déroit de Magellan, ce qui fuit l'extrémité Australe de l' le Amérique Mérid.*, estaba datada el año de 1779. Doscientos diecisiete años lo separaban de esa década, antecesora de aquella que traería consigo reveladoras revoluciones. ¿Qué sabría Santini de aquello? ¿fue capaz de percibir lo que ocurriría diez años después de publicar su mapa?

Se concentró luego en esos nombres distintos: Purén, Ralemo, Lebo; y, más abajo, volcanes Villarrica, Notuco, Antoco. (Recordó sus andanzas matritenses). Clavó su mirada en la más septentrional latitud de la carta. Los españoles habían descendido por esa geografía paso a paso, sin embargo, a John le llamó la atención que los nombres indígenas prevalecían en este mapa como realidades perennes, más que los llevados por los guerreros imperiales. Apenas un nombre distinto pudo divisar: *Val-Parayso*.

Sí, allí desembarcaron las provisiones para Diego de Almagro, ésas que traía el *Santiago* y que algunos llamaron el *Santiaguillo*, después de su primera recalada en Los Vilos. Lo recordaba bien. Cuando estudió su *master* en la Universidad de Madrid, ahondó en esos conocimientos históricos para completar su especialización en literatura española donde, de manera destacada, tuvo que leer *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga.

Lo único que lamentó de esta cartografía de Santini, es que no apareciesen las tierras de más al norte, para ver cómo el *Adelantado* evadió el desierto cruzando por la cordillera desde Chocoana al valle de Copiapó, ratificando aquello que dice que el camino más largo, muchas veces es el más corto. Por el desierto se moría o se moría, por la cordillera, en cambio, se moría menos veces, así es que se alcanzaba a llegar vivo a la meta. El secreto consistía en saber determinar el camino costero del desierto que cada uno de nosotros ha de cruzar.

Por cierto, hoy las máquinas que pululan por el alma, ya reemplazaron con sus zumbidos agresivos o silenciosos, el ritmo humano del casquear de los caballos, pero John tenía la virtud de situarse en cada época, de vivir en el siglo diez, si estaba leyendo acerca del siglo diez. Aquí, el siglo dieciocho del mapa lo transportaba en el tiempo, pero el recuerdo de Almagro lo retrocedía de un golpe al dieciséis. Siguió, luego, uno de esos ríos que atraviesan hasta la mar desde la cordillera. Para eso, recorrió con su vista la punta Curaomía hasta llegar al puerto de San Antonio. Luego se internó por el río Maipo hasta llegar a San Yago y Macul. Se detuvo por un momento... «¡*San Yago!*» Contempló las montañas y, este nombre que, antes, ni en el *Otello* de Shakespeare llamó su atención, ahora comenzaba a acicatearle el alma.

«*San Yago* —pensó—... es ¡*San Jacob!* Pero la religión judía no tiene santos, ¿por qué aquí se dice *San Yago* y no *Santiago*?» Su cabeza comenzó a girar a miles de revoluciones por segundo. Cerró el mapa y lo entregó enmismado —según comentaba Miguel de Unamuno—, dejó el recinto y se dirigió a la biblioteca.

El diccionario de Antonii Nebrissensis despertó nuevas fuerzas ocultas en su alma, un impulso que se revuelve y comienza a iluminarse. Quizás si el humanista español estuviese dispuesto a ayudarlo a elucidar sus inquietudes. Abrió el segundo tomo. Hoja tras hoja fue leyendo hasta encontrar: “*Santiago de Chile, Ciudad Episcopal del Reyno de Chile. Sancti Jacobi Chilensis Civitas*”. Nada más. Eso de “*Sancti Jacobis*” también aparecía para la ciudad en Guatemala.

Pero el investigador nato (esto pensaba John) no se detiene ante el mayor obstáculo, siempre sigue, porque quien ama la verdad busca lo que prevalece, no lo que nace para morir.

En *The encyclopedia americana* pudo leer: “*SANTIAGO, sän-tyägo, or SANTIAGO DE CHILE. Fund. 1541 por Pedro de Valdivia*”. John pensó que aquello era curioso, el que diera dos nombres como sinónimos. No ocurría con las otras Santiago, ni la de Atitlán en Guatemala, ni la de Cuba, ni la de República Dominicana, ni la de Argentina, ni la de ¡Compostela, en España! Esto último le pareció de lo más increíble porque según cuenta la leyenda, allí el apóstol echó a dormir sus huesos. «*Extraño, extraño, extrañísimo* —se dijo a sí mismo—, por algo el obispo de Sherborne escribió: “*Hic quoque Jacobus, cretus genitore vetusto/ delubrum sancto defendit tegmine celsum;/ Qui clamante pio ponti de margine Christo,/ linquebat proprium panda puppe parentem.*”»

(“Aquí también Santiago, nacido de antigua prosapia, protege el elevado altar de Santo techo; el que cuando Cristo piadoso le llamó desde la orilla del mar dejó a su propio padre con la corva embarcación”).

«Y en esa Santiago de Chile, ¿quién habrá echado a dormir sus huesos?».

«Si el bien y el mal —pensaba John— son partes de una misma cosa, y esa cosa está en todo y en todos, pero se materializa en una forma que es siempre una parte, siendo así que siendo la parte, cada uno de nosotros, llega a ser el que piensa que es y que llamamos yo, esa Santiago austral ¿sería la del bien o la del mal?» Esto le comenzaba a intrigar...

—¿Qué tal John?

Sus pensamientos quedaron interrumpidos. Hubo un lapso, un miniespacio de décimas de segundo en el cual el tiempo se detuvo y todo fue lo mismo. El rostro afable de George apareció:

—¿Corto tu inspiración? ¿interrumpo?

John movió su cabeza y abrió los ojos:

—No. Es una alegría verte, es sólo que me sorprendes. Pensé que seguías en Londres.

—Mamá me llamó y como siempre es bueno recordar antiguos tiempos, vine a ver cómo mi amigo yace sepultado por los libros y por sus pensamientos —ambos sonrieron—.

—¡Shiiiiiii!

El rostro de la encargada se comprimió como si quisiese reunir en un soplo sus más de sesenta años. La señorita “*misterio*” —así le decían los estudiantes— había vivido un romance cuando todavía no llegaba a los veinte de su edad y, al parecer, esa primera decepción (él la dejó por otra mucho mayor que ella) grabó en su corazón la angustia y... tal como a la Dickinson, ella

también se encerró, pero en el conocimiento de los libros. En verdad, los estudiantes la llamaban “*misterio*” para evitar decirle “*la esfinge*”.

George continuó:

—El viejo James me dijo que estabas acá.

El viejo tenía bajo su responsabilidad el aseo del sector central de la universidad. John asintió con su cabeza, sonrió y preguntó:

—¿Qué es de Hinojosa?

—Viajé ayer a Bruselas. Después de quince días regresará a Chile. Le agradó tu persona, así es que se acordó de ti en la partida, «*qué irá a hacer ese jovencito*» —repitió George con voz ronca. Y con agilidad se apartó del tema—. ¿Cómo va tu trabajo?

—Bien, supongo... Vine a buscar una historia y encuentro una revelación.

George frunció el ceño:

—¿Una revelación? ¿a qué te refieres?

—Mira —y estiró ante George una copia del mapa de P. Santini—. Esta es la cordillera de los Andes, aquí el río Maipo que va desde la montaña al mar y en este sitio exacto la capital actual de Chile: “*San Yago*”.

—Y ¿qué? —George puso un rostro de desconcierto.

—“*Ciudad de Jacob*”, ¡Santiago de Chile quiere decir “*Ciudad de Jacob*”...!

—¡Shiiiiii!

El rostro de la encargada volvió a contraerse. Otras caras se voltearon con miradas angulosas y juiciosas.

Los jóvenes también se miraron. George centró su atención en las observaciones de John por lo que, éste, siguió su exposición. Abrió el libro de bolsillo que siempre llevaba y leyó en el más pavoroso de los silencios y con la voz suave del murmullo, lo escrito en el Apocalipsis 21:12 de

su *Nácar Colunga*:

—“Tenía un muro grande y alto y doce puertas, y sobre las doce puertas, doce ángeles y nombres escritos, que son los nombres de las doce tribus de Israel...”

John llevó su vista hacia más adelante y dio vuelta la hoja. George se limitó a observar y oír. John continuó:

—“Bienaventurados los que lavan sus túnicas para tener derecho al árbol de la vida y a entrar por las puertas que dan acceso a la ciudad. Fuera perros, hechiceros, fornicarios, homicidas, idólatras y todos los que aman y practican la mentira.”

Hubo un breve espacio de silencio en el silencio. Ahora George oía sus voces interiores y observaba lo que la inmensidad de imágenes de la quietud le mostraba.

—¿Te das cuenta George? Esa “*Ciudad de Jacob*” está rodeada de montañas, ésas son los muros de los que aquí se habla —apuntó con su mano derecha la *Nácar Colunga*—...

—Puede que tengas razón —interrumpió George—, pero si no es la que tú piensas, estarás en la mentira y no podrás entrar a la ciudad verdadera, si es otra la Nueva Jerusalén. Puedes estar en la verdad o en la mentira, es problema tuyo, quizás la Nueva Jerusalén está en tu corazón y todavía no lo descubres. Por mi parte, ya sabes que no creo en esas cosas.

John sintió como una guillotina esas palabras. Era su culpa, ¿cómo tan idiota? Se arrepintió de comentarle a George su historia, es imposible que un judío que está hecho para esperar día tras día la venida del Mesías, crea las historias de quienes se preparan para recibir el regreso del Mesías. Lo que es para los unos, no lo es para los otros. ¿Dónde está la verdad? ¿Estará en el propio corazón como lo afirma George?

Aquel día salieron de la biblioteca de Oxford,

en silencio. Nada parecido a sus días de estudiantes. George pensaba para sí que no tenía sentido querer regresar en el hoy a esos tiempos que ya se fueron y que en la memoria son como ciegos resplandores. Para sobrevivir, hay que olvidarse que se sobrevive, porque cuando no es la vida material la precaria, es el alma la que subyuga por ser lo que es, por alcanzarse, por ser un espacio lleno de virtudes y no el vacío invadido por laberintos que sólo ofrecen abismos en los cuales se puede caer y perderse para siempre, pudiendo ser vagabundos eternos de un destino que no se conoce.

Internarse por el alma, conocerla, alimentarla con la belleza, ofrece la posibilidad de encontrar el camino, de conocer con exactitud el puerto al cual todavía no se llega, pero al cual se navegará con seguridad al saber que la ruta está determinada por el propio amor de nosotros mismos.

John comenzaba a saber todo esto. Los días posteriores a ese encuentro-desencuentro, transcurrieron entre la nostalgia, la piedad y el desengaño. Si viajaba, tendría que olvidar por un tiempo todo lo que hoy constituía su presente y haría del que hoy es su futuro, su presente, sólo que por primera vez en su vida, no conocía ni siquiera un miserable detalle de ese presente que podría ser. Su vida hasta ese momento, había sido una minucia, donde hasta el más mínimo detalle estaba a la mano.

Su mayor confusión provenía ahora de esa fuerza invisible, desconocida, que lo tenía en la indecisión. *«¿Ir a Chile? ¿Y si George tiene razón y ésa no es la ciudad?»*

EL VIAJE

*El camino de Santiago.
(Oh noche de mi amor,
cuando estaba la pájara pinta
pinta
pinta
en la flor del limón.)*

Federico García Lorca

Poema *Franja de Suites*

Esa sensación de estar detenido sabiendo que se avanza como clavando la epidermis del cielo, a John lo adormecía. Sin embargo, el mejor de sus soporíferos síquicos, aquí no surtía efecto. Le seguía inquietando ese sueño de hace tres meses, cuando su voluntad se debilitaba ante los obstáculos y el alma enceguecía sin resolver qué hacer. Era entendible; para reunir el dinero que ahora le permitía viajar a la tierra del sur y establecerse en ella por un año, debió soportar el rigor de trabajar entre sus muchas exigencias de estudio y, por tanto, dormir poco. No obstante, ese onirismo le habló. Su ser consciente no tenía duda, es

sólo que uno, en tanto es ser humano, se cuestiona las propias decisiones con su otro yo.

Estaba de pie al medio de un camino que se elevaba a un montículo. Vagamente se divisaba el paisaje que existía más allá de los bordes, porque los sueños como a veces la realidad, tienen los costados difusos.

Emprendió su andar, dubitativo, impulsado por esa fuerza interior que se va diluyendo en cuanto se acerca uno a la primera meta, mientras decenas de fantasmas revolotean como cuervos sobre la cabeza.

El camino tenía una interrupción: un muro grande y alto, eterno hacia lado y lado, infinito hacia el cielo, sólo finito en el límite de la superficie de la tierra y, al medio de él, una puerta, la única puerta dentro de ese universo, sin ángeles custodios y sin nombres escritos. Se detuvo por un instante, hasta que dio un paso con la decisión del que queriendo no se atreve. La mano poderosa del guardián lo sujetó con firmeza. Hubo silencio entre ambos; las miradas se encontraron sin sentimientos contrarios, como comprendiendo el uno del otro, el rol que cumplía.

—¿Me dejarás entrar? —le dijo entonces John—.

El guardián lo soltó con suavidad diciéndole:

—Quizás, no lo sé.

Transcurrió el tiempo, días, meses. John se inclinó y asomó su cabeza por el borde de la puerta.

—Ya sabes que está prohibido entrar, pero si tu deseo es mayor que tu debilidad, haz la prueba de burlarme —le dijo el guardián a John, pero antes le advirtió:— Recuerda que soy poderoso y que entre muro y muro hay guardianes más terribles que yo.

John optó por esperar. Sin embargo, toda espera sin acción es eterna, desgastadora, la vejez no tardó en llegar. La cabeza rubia cedió ante la blanca y fue esta última la

que trajo dudas y preguntas. John pidió al guardián que le contestase:

—Si esta puerta me conduce al amor y el amor es la ley que gobierna el universo, ¿cómo es que nadie más ha intentado pasar por ella?

El guardián encorvó su corpulencia para acercarse al oído del ahora anciano John y hablarle como si dejase caer sobre su cuello el más fino cuchillo:

—*Nadie podría pretenderlo, porque este umbral era solamente para ti. Ahora voy a cerrarlo.*

Aquella noche despertó sobresaltado. Por la ventana, Oxford parecía un cuento azulado. A los dieciocho años de edad, había leído ese cuento, escrito por esa alma oprimida en la infancia y liberada ya adulta, por la literatura: Kafka. *Ante la ley*, vivía dentro de sí como la flor que nunca marchita y, ahora, su enseñanza lo golpeaba con la firmeza del rayo.

Rara vez se sabe cuáles son las puertas, cuáles las entradas, cuáles los umbrales que se debe traspasar. Hay temor al laberinto, a introducirse con el sigilo de un ángel creyendo que se va hacia la luz total, hay miedo a encontrarse con el minotauro, comprendiendo, entonces, que no se es ni Ícaro ni Dédalo. Se pasea de un lado a otro por nuestra alma, el temor a morir en el morir. Se tiene temor al temor.

Esa noche, retomó la vigilia con una sola idea: *«Tengo que identificar a los guardianes»*. Así es como se vio en el mismo sitio de su primer sueño. Apenas dio un paso, apareció el primero de los centinelas, el cual le mostró sus dientes, John sintió cómo miles de hormigas subían por su piel. *«No es más que la imaginación»* —pensó—. Entonces vio que el guerrero comenzó a desintegrarse; sólo dejó ante sí una palabra: *NO*. John vadeó el concepto

y, de inmediato, surgió del costado izquierdo de la palabra una puerta ancha con una escritura que se fue agrandando hasta alcanzar de alto, su estatura: *PUEDES*. Al retroceder pudo leer, *NO PUEDES*. Reflexionó sobre aquello y, dando un golpe de pensamiento, clavó su mirada en ese *NO* impulsivo e irreverente, autoimpuesto por el inconsciente reptil que atesora todos los temores y todas las dudas que devienen de la ignorancia. A una velocidad felina, el *NO* se borró. John caminó ya sin temor y, al acercarse, surgió desde la izquierda de la palabra un *SÍ* que, al leerlo, decía: *SÍ PUEDES*.

Después del sobresalto aquel, supo que su destino estaba marcado por ese filo de tierra que se extiende aferrado a la cordillera de los Andes y que se conoce con el nombre de Chile. Las puertas a traspasar eran la distancia y el temor a lo desconocido. Desde esa noche, un latido distinto comenzó a convocar su corazón.

Seis meses después de aquella conversación en el *100 CLUB*, el avión de la *BRITISH AIRWAYS* se posaba sobre la losa de Pudahuel. Por primera vez, su vida estaba cercada por la incertidumbre y por el velo de lo inevitable.

Hinojosa se preparó para recibir al amigo. Superados los trámites de rigor, John se dirigió hacia la puerta de salida, guiado por uno de esos portamaletas que llevan tatuadas las atenciones, con tal de recibir la mejor de las propinas.

—¡Spencer!

John abrió sus brazos y sonrió meneando la cabeza.

—¿English? ¿spanish?

—Español, es mejor, me gusta practicar el idioma siempre.

Los hombres se confundieron en un abrazo. Una vez en el automóvil, Hinojosa dio la señal al conductor y

se encaminaron a la zona alta de la ciudad.

—¿Por cuánto tiempo vienes?

—No lo sé, el que necesite...

—¡Uff!, eso puede ser toda una vida.

Largaron sendas risotadas.

La noche cayó lenta sobre Santiago, sobre uno de esos rosáceos crepúsculos que, a veces, anteceden el amanecer.

Nora se encargó de los detalles de la cena, mientras que Elisa, su hija, llegó apresurada a darse una de esas duchas que reparan el cuerpo después del asedio del movimiento cotidiano. John ya había limpiado su cuerpo de las horas que se cuelgan como enredaderas y, la siesta de la tarde, apartado su alma de las turbulencias que provoca la siquis.

Cuando el reloj marcó las 21, los comensales comenzaron a ocupar sus puestos.

—¿Recuperado? ¿pudiste descansar?

John asintió con la cabeza:

—El sueño es como la caricia de un hada.

A Elisa, esa frase le pareció la de un poeta. Comenzó a observar con interés.

Se sentaron a una mesa redonda de un metro y medio de diámetro. Como de costumbre, Hinojosa se ubicó mirando hacia el oriente, a su derecha John, a su izquierda Elisa y, frente a él, Nora, su esposa. Por el norte del ventanal se veía la cordillera bañada por la luna que recién comenzaba a surgir de las entrañas de esas cumbres. A John le impresionó el espectáculo:

—Nunca había visto algo así, “¿Cómo se puede llamar a esto noche, cuando la luna que a lo largo del día el sol oculta, se ofrece brillante en el confín del espacio?”

A Nora le hizo gracia la frase de John y sonrió,

también sonrió Elisa, Hinojosa miró con agrado.

—¿Se dedica usted a la poesía siempre? —preguntó Nora con un aire de coquetería—.

—Sí, pero en verdad esos versos no son míos...

—¿De quién entonces? —se apresuró a intervenir Nora, que parecía muy interesada—.

—De Spender.

—¿Su abuelo acaso?...

—Oh no —John abrió sus ojos y sus manos como quien pide un poco de calma—, Stephen Spender, yo soy Spencer.

—Disculpe usted —dijo Nora sin afectarse ni dejar su coquetería—.

Hinojosa carraspeó tres veces solicitando así la atención de la mesa:

—No agobiemos a nuestro amigo con una y otra pregunta. John, ahora que has descansado y te has recuperado con el sueño reparador, quiero decirte oficialmente, que eres bienvenido a esta casa.

Nora y Elisa gesticularon con afabilidad.

—Y como dijo el buen obrero, ¡manos a la obra! ¡sírvede con toda confianza!

Sonrieron todos al tiempo que John decía «¡gracias!» Nora se acercó a Héctor y le habló al oído. De inmediato, él sacudió su mano derecha en señal de negativa diciendo:

—No, no, no, no... John es un amigo de confianza de un viejo amigo mío que vive en Londres. Ya te lo dije. Así que yo lo tuteo, eso no molesta, ¿verdad John? —le expresó junto con palmotearle su omóplato izquierdo—.

John, como siempre, sonrió. A Nora se le alargó un tanto el rostro, pero de inmediato recompuso su gesto.

El salmón al jugo era un plato que, en ocasiones, llegaba a la mesa de los Hinojosa Astaburuaga, no por

carencia económica, sino porque dicho plato se consideraba para ocasiones especiales.

—¿Ensalada? Espero que te guste el arroz, lo preparó Nora especialmente para hoy —Hinojosa le alcanzó el tomate, la lechuga y el choclo y prosiguió—: conversé con unos amigos que viven en el sur, en la región de Temuco, me comentaron que sería grato para ellos recibirte en su hostel.

—No iré al sur...

—¿No irás? —no pudo evitar su asombro, carraspeó una vez y se dispuso a oír—.

—He pensado que es más necesario para mí, acudir a las bibliotecas de la ciudad...

—No son muchas —lo interrumpió Hinojosa—, aquí no es como en Inglaterra.

John hizo un gesto de incomodidad. Nora miró con displicencia a Hinojosa. Elisa permaneció impasiva.

—Es lo que hay —continuó John—, es mejor consultar, antes que tirarme a nado, además me han dicho que el agua del Pacífico es fría.

Elisa dejó escapar una sonrisita. El ambiente se distendió. Esa noche, John contó la idea de su novela y que para escribirla, tendría que alojarse en un sitio cercano al centro o en el centro mismo de la ciudad, con tal de tener cerca la Biblioteca Nacional. «*Yo no la desmerecería*» —comentó—, «*tiene ejemplares rarísimos, entre éstos, las tablillas “rongo rongo” de Isla de Pascua*». Elisa comenzó a admirarlo por sus conocimientos, «*un hombre tonto* —decía ella—, *aunque tenga dinero, una buena casa, un buen auto, sólo sirve para aburrirse*», así es que después de esa cena, perdió su mudez.

El domingo, Elisa no asistió a la misa, ni al *Santiago Paperchase Club*, donde practicaba equitación, ni menos

al polígono de tiro. Se quedó en casa para ayudar a John. Revisó con minuciosidad el diario y, cada cierto tiempo, comentó una u otra posibilidad, leyéndola. Él asentía o rechazaba. Una vez que reunieron diez avisos, Elisa llamó por teléfono haciendo las consultas del caso. John observó con simpatía el esmero de ella.

Después de tres días de llamados y visitas a los lugares, se decidió por un departamento ubicado en el edificio de la calle Santo Domingo 666, entre Miraflores y Mac Iver. Lo que más le gustó a John, fue el hallar al frente, en dirección oblicua, un colegio. Pudo averiguar que la Escuela *Libertadores de Chile*, fue fundada en las primeras décadas de este siglo. Desde el primer día contempló a esas hormiguitas juguetonas que gritan, corren, ríen y caminan en filas desordenadas; los niños le evocaban su infancia, el tiempo en el cual se es libre, cuando todo es azul y transparente porque el mundo es una gota de sol incomprensible.

También llamó su atención, que al lado de la escuela se ubicara la Iglesia Presbiteriana Central, fundada según reza la placa, en 1868. Por supuesto, no pasó inadvertida la casa roja de la esquina de Mac Iver con Santo Domingo, donde hoy se ubican las oficinas del Senado en Santiago.

Los primeros días tuvieron ese encanto de lo nuevo. El viernes, cuando ya se acercaba la noche, John recibió su primera visita:

—¿Cómo está el duende del castillo de Buckinham?

—¡Adelante, *Sir* Hinojosa! —contestó haciendo una reverencia—.

—Gracias, gracias, ¿cómo está el ánimo? ¿hay energías para esta noche?

—Sí, por cierto que sí —y repitió el «*jadelante!*» con la reverencia—.

Hinojosa entró más como un inspector que como un *Sir*, indagando cada rincón. Pudo ver la computadora con su impresora.

—Bien equipado.

—Sí.

John lo condujo hasta el balcón.

—No está mal, desde aquí ves el polo magnético — comentó con simpatía, Hinojosa—.

—¿Qué tal tu primera semana?

—Hmm, tranquila, sin mayores novedades.

—Pues bien —Hinojosa extendió sus brazos—, llegó la hora de conocer la ciudad.

Descendieron en el ascensor, salieron del edificio y desembocaron en la calzada. «*Nada de motores a esta hora*» —le dijo Hinojosa—, así es que caminaron hacia el poniente por la calle Santo Domingo.

—Esta es la Primera Comisaría, si te portas bien, no tendré necesidad de venir a visitarte a tan desconcertante lugar.

Hinojosa andaba de muy buen humor, no cabía duda, John sonrió y comentó:

—Antes me refugiaría en tu club.

Hinojosa meneó la cabeza aprobando con alegría.

Al llegar a Puente, tomaron la dirección sur hacia la plaza de Armas. John alzó su vista como reconociendo la Catedral, luego dirigió su vista a la estatua del cardenal José María Caro, «*el primero de nacionalidad chilena*» — le acotó Hinojosa— y se concentró en un grupo de cinco animados *Hari Krishna* que saltaban y cantaban. Uno de ellos percutaba un bangó, mientras otro alzaba un pandero golpeándolo contra la mano sobre su cabeza y abajo, alternando cada cierto tiempo. Las túnicas anaranjadas hacían juego con los colores de la iluminación pública y,

quizás —pensó John—, se habrían visto como una pintura cuando cayeron los matices de la tarde ya ida.

—Dejemos a esos locos —Hinojosa ahora tenía prisa—.

Los transeúntes cercanos espetaron expresiones cómplices.

—Mejores son las putas —dijo como epílogo—.

Y nuevas expresiones se dibujaron en los rostros cansados. John permaneció en silencio, pero hizo un gesto sonriente por cortesía. Los devotos continuaron cantando, nada los distraía. El resto del camino a John le pareció una delicia de diversidad; evangélicos predicando la palabra del Señor, unos decían: «*El Señor me salvó, Él me sacó del alcohol, me abrió los ojos, pude comprender que para un hombre la familia es más valiosa que todo el oro que pueda poseer*», John recordó a los niños que veía desde hace una semana. «*¡Aleluya a Dios! ¡Aleluya a Dios!*», contestaban los hombres reunidos en torno a los predicadores, «*¡Aleluya a Dios!*» repetían esas almas golpeadas y hasta trituradas por esa realidad que no comprendían, ésa que día tras día sentían henderse en las carnes con los cuchillos del hambre o con los de la enfermedad.

«*Un hijo es lo más hermoso que le puede ocurrir a un hombre*» —pensó John—, «*pero aquí estoy buscando oro para el alma, sin saber lo que mi alma es*».

—Este es el Santiago de noche. Esa de al frente es la *Universidad de Chile* y éste que está aquí, el *Club de la Unión*.

Las palabras de Hinojosa despertaron a John de su repentino sueño.

—¿En qué guarida guardaste la lengua, ¡eh!?

John sonrió y le dijo:

—¡Es increíble esta ciudad!

—Ya verás lo increíble que es —contestó socarronamente Hinojosa—.

Cuando llegaron a la Alameda con Amunátegui y viraron unos diez metros hacia el norte por la vereda oriente, a John le llamó la atención el nombre: *NIGHT CLUB TÁMESIS*. El encargado le explicó que los chilenos se sentían cómodos cuando los motejaban como “*los ingleses de Sudamérica*”, a John le pareció gracioso. Hinojosa aprovechó con un «*con permiso*» para abandonar la barra, John estaría bien, esa conversación había sido una buena entrada, el *Goyo* sabía hacer entrar en calor a la gente.

Se acercó a una de las muchachas y le habló acerca de las virtudes del nuevo cliente y, por sobre todo, les advirtió con un «*mucho cuidado porque es mi amigo*».

No tardó en regresar. El encargado se alejó a preparar unos tragos, los que sirvió con prontitud, para luego regresar junto al bar. Héctor y John brindaron por este reencuentro. Su celebración se interrumpió cuando dos mujeres se acercaron a cortejarlos. Una de ellas, Diana, apartó a John de la barra. La otra hizo lo mismo con Hinojosa. La noche, recién comenzaba.

ELISA

En los meses que siguieron, el tiempo de John se dividió entre la investigación en la Biblioteca Nacional, las visitas periódicas al *NIGHT CLUB TÁMESIS*, una que otra conversación con Hinojosa, los encuentros con Elisa y los artículos semanales para el periódico *The Eyes Shine*. Tío Benjamín enviaba puntualmente sus pagos, por lo que John escribía e investigaba sobre los araucanos y otros temas de su interés, con la tranquilidad de tener la supervivencia solucionada.

No obstante, su corazón comenzaba a inquietarse, empezaba a no entender su relación con Elisa y el hecho de tener a Diana como su favorita.

Quizás su alma no resistió ese embrujo sureño de mirada profunda, casi escondida en esa inmensidad que habitaba en unos ojos intensamente negros, con esa suavidad que arde como una brasa cuando un cuerpo moreno se contorsiona. La disminuida estatura de Diana contrastaba con el tamaño de John. Sin embargo, todos esos factores integraban un enigma que ahora sí le gustaba, no como aquellos de la señorita “*esfinge*”, allá en Oxford, para quien su vida era plantear una pregunta y, si la respuesta resultaba

correcta, accedía con el mayor de los gustos ante lo solicitado, de lo contrario, daba algunas pistas para el derrotero del solicitante y luego se hundía en la indiferencia.

Pero, ¿cómo explicar la ambivalencia? Elisa desbordaba blancura a través de su piel, dulzura, quizás si demasiada transparencia para un hombre ya recorrido como John. Eso le incomodaba un tanto, la excesiva pureza suele asustar y John presentía ese tipo de miedo.

Los encuentros con Elisa se hicieron frecuentes. Ciertas tardes, ella lo llamaba y se reunían en *COLONIA* que está en Mac-Iver, al llegar a calle Moneda. Esta vez ella le dijo:

—Un día tuve un sueño.

—¡Ah!, ¿tú también tienes sueños?

Elisa pensó que John quería reírse de ella. No supo si seguir el juego o agravarse. Optó por esto último.

—No es época de circos, todavía no, ¿no te habrás equivocado? Payasitas hay en otros sitios, no aquí precisamente.

John se quedó estupefacto:

—¿Perdón? *Sorry*, no he querido reírme de ti, es que yo, desde niño, he tenido presagios, sueños que son premoniciones.

Elisa se sintió como una tonta, creer que este niño de bien se reía de ella, de verdad que sí era una gran estupidez. Casi siempre —se dijo ella—, una mujer enamorada es traicionada por la excesiva seriedad que despliega cuando está con quien su alma se revela atraída y hasta por momentos, aprisionada. Nada mejor, en estos casos, que la salida elegante, así es que se mostró interesada y le dijo:

—Discúlpame tú a mí, no he tenido un buen día. Me confundí... no tiene importancia.

—Hablemos de tu día entonces.

Elisa hizo un gesto con su mano derecha, negando tal proposición, gesto semejante a quien espanta mosquitos, pero con la suavidad de quien repele pequeños fantasmas.

—Mejor hablemos de tu infancia, ¿sí? —repuso ella con excesiva seriedad—.

John enarcó sus cejas asintiendo.

—¿Quién eres? ¡dime todo que me interesa! —inquirió con una seriedad tan obsesiva y nerviosa, que opacaba todo mínimo rasgo de coquetería—.

John bebió unos sorbos de su jugo de frutilla y comenzó a hablarle:

—No me maltrates de esa forma, si supiera quién soy no estaría aquí, en el sur del mundo...

Elisa salió de su parquedad. Sonrió. John siguió diciendo:

—Nací en Bristol, viví mi infancia en Aldeborough, hice mis estudios universitarios en Oxford y un postgrado en Madrid. ¿Qué te parece mi biografía?

Elisa lo miró con esa seriedad abismante, pero luego sonrió y le contestó:

—¡Demasiado resumida!

Los rostros se animaron, él la miró a los ojos y le consultó:

—¿Damos un paseo? ¿te gustaría ir al parque?

La brisa del invierno parecía estar despidiéndose, jugaba con aquella que venía de la primavera, así es que la frialdad de su cuerpo invisible contrastaba con la tibieza que la otra ofrecía. Elisa sintió como si ésta de ahora la purificara, como si la presencia de su vuelo, la llevase a una dimensión del tiempo lejana para su realidad.

Sobre el césped, varios niños corrían y se perseguían zigzagueando por los troncos de los viejos árboles que se

elevan estirando los años que alojan sus vidas. Los pasos de John y Elisa, mecían los cuerpos con armonía, uno al lado del otro, mientras la tarde coronaba el horizonte con el dorado refulgir que recuerda la flor de la maravilla cuando abre sus párpados a la luz del mediodía.

John quiso dirigir el diálogo:

—¿Qué música te gusta?

Elisa reflexionó un tanto.

—La de los *Beatles*...

—Son muy antiguos —se adelantó a decir él—.

—Son clásicos, hay otros grupos que me fascinan, ya sabes yo no me entremeto en los asuntos de otros países, me son ajenos esos problemas.

—¿Por qué dices eso? —a John le extrañó la afirmación—.

—Hay un grupo irlandés que me fascina, los *U-2*.

John no pudo contener su risa. Elisa lo siguió sin saber por qué.

—Soy inglés, pero tengo sangre irlandesa.

—¿Cómo?

—Mi padre, William, ¡ah mi padre! —al decir «*mi padre*», Elisa advirtió que una emoción viva se apoderaba de John—, nació en Wexford, en Irlanda, decía que Bristol olía demasiado a inglés, lo mismo que Londres adonde llegó cuando aún no cumplía los veinte años de edad. Mi abuelo también era irlandés, pero de Cork.

Elisa se acomodó cruzando los brazos.

—Mi abuelo admiraba a Shakespeare, por eso lo bautizó como William. Mi padre decía: «*¡Si sólo hubiese esperado a que naciese Joyce!*».

—¿No le agradaba su nombre?

—Sí, sólo lo decía por orgullo, quizás querría sentirse cómplice de la fundación de la novela moderna, quién sabe.

Compartieron nuevas carcajadas. Ella sugirió:

—¿Sentémonos?

Se acomodaron en una banca y John continuó:

—Me repetía con frecuencia: «*Es difícil nacer en Irlanda. Lo único bueno que me dio Londres es tu madre*».

Elisa acentuó su expresión de oidora.

—Vivió dos años en Londres, se enamoró de mamá, se casaron y se establecieron en Bristol. Cuando yo tenía un año, decidieron que sería mejor establecerse en la ciudad natal de mi madre, así es que se trasladaron a Aldeborough, donde viven hasta hoy.

—Ahí comenzaste a estudiar —interrumpió Elisa—.

—Mis padres no estaban conformes con la educación tradicional. Se informaron consultándole a otros padres con hijos mayores. Además, una de mis tías es profesora, profunda conocedora del sistema de educación inglés. También se hablaba mucho en Aldeborough de la escuela que está en la aldea de Leiston. Cuando me correspondía estudiar, quiero decir ingresar a estudiar, *Summerhill* tenía cuarenta y cuatro años de experiencia. Fue así como tuve una educación distinta a la que otras personas acceden.

La conversación se extendió por más de una hora. Elisa interrumpía con cierta frecuencia a John y, en otras, John exigía a la memoria de Elisa. Así daban vueltas sus historias personales.

—¿*Summerhill*? ¿qué tiene de distinto? —consultó intrigada—.

—Mucho. Cuando llegué a Oxford, mis compañeros me miraban con desdén, «*ése viene de Summerhill*» decían y me consideraban como un entomólogo clasifica a sus bichos. Verás, la escuela de Neill ofrece una enseñanza en libertad, a mí ni a ninguno de los muchachos, no nos impusieron

estudio alguno, ninguna responsabilidad hasta que nosotros quisiésemos asumirla. Cuando murió en 1973, Ena, su esposa, continuó con la misma tradición y, ahora, Zoë Readhead, hija de Neill, continúa su obra.

—¿Cómo aprendes entonces? —Elisa no podía disimular su extrañeza—.

—¿Te das cuenta?, como una entomóloga.

Sonrieron al unísono.

—No quisiera hablar por enésima vez acerca de *Summerhill*.

—¿Te lo preguntan demasiado?

—Demasiado —asintió John y luego agregó:—, si quieres saber más detalles, hay un libro con prólogo de Erich Fromm, que se llama *Summerhill*. Allí Neill narra su experiencia al respecto. Después tiene otros donde consulta dudas de padres interesados en el sistema creado por él, se llama *Hijos en libertad*. También hay una compilación de los trabajos de Neill, preparada por un ex-alumno, Albert Lamb, intitulada *El nuevo Summerhill*.

Elisa extrajo de su cartera una libretita y un bolígrafo, que acomodó en su falda.

—¿Qué año?

John elevó su mirada, llevándose el dedo índice derecho sobre sus labios, como si quisiera chupárselo y contestó:

—1965, 1970, en ese período hay varias ediciones en español. Si mal no recuerdo, el segundo libro se tradujo en 1970. El tercero que te mencioné es de 1992, en español apareció en 1994, creo que se reimprimió al año siguiente. Yo conozco las ediciones en inglés —afirmó a modo de excusa por no recordar las editoriales, de inmediato agregó:—, ¿te beberías un café en mi departamento?

Los pasos ahora contenían todo lo callado que a esa

hora de la tarde envuelve el murmullo agónico de la ciudad. Bocinas, motores a punto de estallar, voces cansadas que añoran el amparo de unas sábanas, se mezclaban con voces chillonas y profundas que vienen despertando para introducirse en la noche de los placeres, de los dardos incontenibles de la carne, de la miel y de los pétalos que destilan las almas cuando quieren encontrarse.

John encendió el fuego y puso el agua, mientras Elisa preparó las tazas. Entre ambos una corriente, una energía que es como un río de deseos, comenzó a apoderarse de sus pensamientos. A Elisa le pareció que faltaba tiempo, a John, en cambio, aquel espacio ganado por los dos lo encontró propicio para marcarlo con el fuego de sus almas.

—Preparas un libro ¿verdad? —le dijo ella con la intención de zafarse de una situación que ya le parecía incómoda—.

—Sí.

Elisa se había recostado en la cama sobre su abdomen, apoyando su mentón en el cruce de sus manos.

—¿De qué trata, podrías adelantarme algo? —y extendió la mejor de sus sonrisas mientras elevaba sus pies como haciendo un juego suave de tijeras; la mejor de sus miradas, queriendo una respuesta que viniese del alma y no de la carne. Después de todo, Elisa soñaba y soñaba con ideales puros, alejados de la realidad ríspida y engañosa que flota como una mancha sobre el agua—.

—Tonterías —dijo John con sonrisa pícara—.

Elisa sólo lo miró dejando un espacio vacío entre ambos, espacio psicológico que es señal de quien espera algo que no sea simplemente un juego.

—Para la gente son tonterías —continuó John—, para mí es cuestión de honestidad.

—Te escucho...

John secó sus manos con el paño de cocina y dudó un momento.

—¡Vamos! ¡cuéntame!

—Verás... hay quienes desean el control total sobre las acciones de las personas. En eso consiste el tema de mi libro.

—¿Y no ibas a escribir sobre los araucanos?

John se sorprendió de la buena memoria de Elisa.

—Eso, al principio, me parece más interesante este otro tema.

—¿Y cómo se supone que conseguirán controlar a la gente?!

John tomó el envase con jugo y se sirvió en un vaso; hizo un gesto de ofrecimiento a Elisa, pero ésta le indicó con su mano que no quería.

—Con las *tarjetas de crédito*. Pero aquí en Chile es más complejo, no todos pueden acceder a una de ellas, porque los sueldos son bajos.

—¿Entonces?...

—Querrán hacerlo de otro modo... no sé... me imagino yo.

Se acercó a Elisa y se sentó a su lado. Ella permanecía en silencio, estática, ida en pensamientos que la tenían lejana, como girando en otro tiempo. John le dijo:

—Mejor hablemos de otras cosas, ¿te parece?

La abrazó con la suavidad de la brisa que antes, en la calle, los conmovió. Elisa dejó que su cuerpo viajara. Él la besó en el cuello y se dejó ir hacia la inmensidad de los calores profundos. La risa que Elisa paseaba por sus labios se tornó a majestuosa caricia que envuelve los rostros del silencio.

De pronto, con la agilidad de una pantera y la fuerza de un toro, Elisa apartó a John diciéndole:

—¿Qué pretendes?!

La mirada de Elisa se había enfurecido y la flaccidez del cuerpo, tornado a una rigidez grotesca, que golpea y hiere hasta el aroma de la rosa. Sin embargo, sus ojos mantenían esa transparencia que se halla en un manantial. John la miró con desconcierto:

—¿Qué te ocurre a ti ahora?

—¡Hombres! ¡lo único que buscan es llevarla a uno a la cama!

Hizo el gesto de tomar su bolso y salir de aquel lugar como si estuviese en un sitio de perdición, pero se detuvo ante las palabras de John:

—¿Qué pretendes?! —repitió con rabia e ironía—
¡En estos momentos hay cien millones de parejas amándose y tú te preocupas por uno solo y miserable coito!

John tenía la expresión de un guerrero y su cara había enrojecido. Por primera vez, desde tantos encuentros, Elisa lo veía con ese gesto de enojo, con esa más bien ira irresistible. Ella comprendió que así como los sueños son incontrollables, a veces, los hechos también, sólo atinó a preguntar:

—¿De dónde sacaste semejante estadística?

John se tomó un corto respiro y respondió con rapidez:

—Lo dice la Organización Mundial de la Salud —la apuntó con el dedo—. Apenas el diez por ciento de ellos serán fecundos.

Elisa volvió a sonreír y a relajarse, pero luego comenzó a llorar.

—No tienes de qué preocuparte —agregó y la abrazó con ternura paternal—.

John no estaba habituado a este tipo de incidentes. Sabía que la sicología femenina se encerraba, a veces,

en códigos abstrusos para los hombres, pero en la atracción mutua el lenguaje era uno solo: el de las caricias. Al menos así lo dictaban a su consciencia los recuerdos de su vida en Madrid o en Oxford o en Londres. Ni siquiera en Aldeborough experimentó algo similar. Para algunos será liberación de las costumbres, para John sólo significaba un eslabón más en la extensa cadena de la experiencia.

Una semana después, Elisa llamó por teléfono, «*me he comportado como una tonta, no soy la chiquilla que tú piensas*» —le dijo—, «*es sólo que estoy confundida porque nos conocemos hace tan poco tiempo*». Eso de «*tan poco tiempo*» le pareció absurdo y cómico a la vez, porque ocho meses en la relación de dos personas, para él era bastante o, al menos, suficiente. Lo invitó a salir, ella financiaría los gastos, quedaron de reunirse a las 20 del miércoles.

Aquel día el *Teatro Universidad de Chile* estaba lleno. La *Orquesta Sinfónica de Chile*, interpretaría el *Concierto para piano en Fa Mayor*, de George Gershwin.

—Es una buena pieza —comentó John—. Se la he oído a Eugene List.

—¿Te gusta?

—Es brillante. Aunque prefiero a Beethoven.

—No fue buena mi elección entonces —dijo Elisa con desencanto—.

—De lo mejor —le contestó John para reanimarla—. Quiero decir que me gusta la consistencia existencial y filosófica de Beethoven, también el ludismo de Mozart. Gershwin, quizás por lo contemporáneo, todavía me es difícil asimilarlo con lo aceptadamente clásico. ¿Cómo se llama el intérprete?

Elisa repasó el programa:

—Enrique Graf. Vive en los Estados Unidos, pero es rioplatense.

—¿Argentino?

—No. Tengo entendido que es uruguayo.

John miró hacia lo alto:

—¡Amo la buena música!

La aparición del director provocó un aplauso cerrado, al que siguieron las consabidas venias de éste y luego los golpecitos secos, pero rítmicos, de la batuta sobre el atril con la partitura. Apenas se detuvo hasta el más leve murmullo, comenzó a inundarse el teatro con las delicadas y profundas armonías de *Los preludios*, de Franz Liszt. Finalizada la pieza, cerrado el último aplauso, Graf tomó su posición caminando hacia adelante de la orquesta, envuelto en los aplausos de la asistencia y, luego de saludar al *concertino*, se acomodó ante el piano.

El *allegro*, el *adagio andante con moto* y el *allegro agitato*, cabalgaron por los aires, impulsados por la sensibilidad de un espíritu entregado a esas atmósferas de *blues*.

En el intermedio, John y Elisa caminaron hasta el *hall* para estirar las piernas, fumarse un cigarro y servirse alguna bebida, al igual que el resto del público porque, el buen arte, abre el apetito.

—¿Qué tal Gershwin? —inquirió Elisa—.

—Bien, asombrosamente, bien.

Era un comentario seco, pero Elisa no se desanimó.

—¿Así que eres amante de la música? —Diana se había acercado hasta ellos sin que lo notaran y preguntaba con su habitual y desgarradora coquetería—.

—¡Diana, que gusto verte! —le dijo John sorprendido, pero sin demostrarlo—. Te presento a Elisa.

Elisa extendió su mano con cierta dificultad, y al tiempo que decía un no convincente «¡hola!», miraba como si de sus ojos emergieran tizones; Diana mantuvo los suyos

con el pecho erguido, demostrando una firmeza acusadora de duras adversidades.

El timbre anunciando el comienzo de la última parte, aceleró la despedida. Diana se alejó y John, con cierto disimulo, la siguió con la mirada.

La *Sinfonía N° 40*, de Wolfgang Amadeus Mozart, fue seguida por la cara larga de Elisa. Nunca para ella, existió una interpretación tan extensa, tan eterna, tan llena de frustraciones. A cada nota se preguntaba qué ocurría con ella, qué poderosa razón la impulsaba hacia esos brazos de los cuales se sentía expulsada a cada instante. Todo el ambiente adquirió un tono sordo, la música, los aplausos, la carraspera entre cada movimiento, los estornudos, formaban parte de un silencio que se advierte desde las sombras, desde la penumbra del alma.

John no advirtió el estado interno de Elisa y disfrutó hasta el término del acto. Al abandonar el teatro, quiso decirle algo, pero Elisa caminó como apagada, con el gesto elocuente de la molestia. Prefirió no preguntarle qué le ocurría, en definitiva, ella era una mujer y como a veces los hombres, necesitaría en aquel momento, la mudez del pensamiento.

Al caminar por el sendero que cruza los jardines y que conduce a la calle Alameda, Elisa le dijo:

—¿Quién es esa chica?

—La conocí antes de ayer —respondió con disimulo John—.

—¿Recién llegas y ya conoces el ambiente?

No cabía duda, Elisa estaba dominada por el enfado. ¿Qué habría querido decirle ahora con eso de «*recién llegas*» y con aquello «*del ambiente*»? De alguna forma habría que deshacerse de esta situación, pensó John:

—Bueno... ella me pidió el bolígrafo en el Correo

cuando despachaba una carta. ¿Vamos a tomar un café?

—No, gracias...

—¿Te voy a dejar?

—No, gracias, puedo ir sola...

Elisa detuvo un taxi, abrió la puerta y se dispuso a subir. John la sujetó con suavidad del brazo.

—Elisa... nunca te lo he dicho, pero creo que te quiero.

Ella lo miró y lo abrazó con la fuerza viva del corazón.

—¿Sí? ¿aceptas un café?

Elisa sonrió y subieron al automóvil. Esa noche ella lo acompañó al departamento con otras decisiones en su alma y en su cuerpo. Desde entonces, ya no sólo se sentía ligada de corazón a corazón, sino que ambos cuerpos se necesitaban el uno al otro. Desde entonces, para Elisa ya nada fue igual, a su enamoramiento, surgía ahora el amor incontenible, la lucidez de una pasión que luego del primer encuentro carnal, ya no se puede vivir sin la caricia apasionada. Creía haber hallado al hombre que le dictaban sus sueños, sólo faltaba que él quisiera la eternidad de estar siempre con ella. El primer paso ya lo había dado.

LA BIBLIOTECA NACIONAL EN SANTIAGO DE CHILE

¡Qué terrible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo!

Génesis 28: 17

John subió por la escalera que da a la calle Moneda y atravesó el edificio con un aire de ensoñación. Al llegar al otro extremo, viró a la izquierda para descender a la sección de Diarios.

—¿No saludas a tus admiradoras?...

La suave voz cortó fulminante la vaguedad de sus pensamientos. Volteó su rostro hacia la izquierda y alzó la vista.

—¡Diana! ¡qué grata sorpresa!

—¿Lo dices por galantería?

—Por galantería y sinceridad —contestó John—.

¿También trabajas acá?

Diana descubrió sus labios y mostró con dulzura su

sonrisa:

—Termino mi tesis para titularme de psicóloga, este es mi sitio de investigación.

—¡Qué bien!, y ¿de qué trata tu tesis?

—La he llamado *El estado alma de los pueblos*.

—El estado ¿qué?...

—*El estado alma de los pueblos*.

—¿Qué es eso? —John dejó ver su desconcierto—.

—¿Me invitas?

—Sí, por supuesto.

El restaurante *Omar* a esa hora de la tarde, se llenaba de funcionarios administrativos de distintas oficinas del sector. Hombres que acudían a comer premunidos de una corbata que ceñía sus cuellos, quizás como una metáfora del yugo con que cuentan pasar las horas que son siempre del otro, nunca de ellos. A John le impresionaba tanta perfección.

—Pero antes cuéntame de ti, la otra noche me hablaste algo acerca de un libro.

—Está bien. A eso he venido. Verás, comencé con la idea de escribir una novela histórica y encontré que la ciudad de Santiago, por lo que significa, sería un tema interesante.

Diana acercó su rostro hacia el de John, apoyándose con firmeza en la mesa.

—¿Qué se van a servir?

El mozo apareció de improviso, como extraído de otra realidad. John y Diana solicitaron unas bebidas y la comida de aquel día, unas lentejas con longanizas del sur, más unas ensaladas de tomate y cebolla. John continuó:

—Santiago de Chile quiere decir “*Ciudad de Jacob*”, así lo interpreto yo. Luego lo relaciono con el *Génesis*: Los ángeles de Dios suben y bajan por la escalera que va

desde la tierra al cielo. Jacob duerme con su cabeza apoyada en una piedra. Dios está de pie en la cima de ella y le promete la tierra donde yace y sueña. Jacob, al despertar, declara que ese lugar donde ha tenido el sueño es la casa de Dios, es la puerta del cielo, es un sitio sacro y debe ser ofrendado. Tomó la piedra y la puso como estela, luego la consagró derramando aceite sobre ella. Es interesante evocar el comentario que hizo Rashi: “*Toda piedra quiere que el justo repose en ella su cabeza*”. Dice la *Biblia* que en aquel lugar había una ciudad llamada Luz y que Jacob refundó con el nombre de Betel, en hebreo es *beit-El*, que quiere decir *Casa de Dios*. La “*Ciudad de Jacob*” sería, por tanto, una nueva promesa...

Diana se quedó en silencio con la mirada fija en la de John. Sólo dijo:

—¿Rashi?

—Es un eminente glosador de la *Biblia* y del *Talmud*. Vivió hacia el siglo XI de nuestra era.

—Interesante.

John se sintió un tanto abatido, mas para seguir la conversación preguntó:

—¿Y tu tesis? ¿que quiere decir? ¿adónde va?

Diana se acomodó como quien se va a aproximar a un espacio de la verdad que está vedado.

—Existe el pensamiento individual y el colectivo. Algunos le llaman el “*aspecto alma*”, yo prefiero decirle el “*estado alma*”, a el sentir de la masa, que no es otra cosa, que la unión de lo que cada individuo siente, expresado como conjunto. Esta expresión, por cierto, es inconsciente, no hay un ser que lidere, que guíe este sentir. Por eso, lo que una comunidad siente, difiere respecto de lo que otra percibe. Los líderes espirituales persiguen integrar, dándole una dirección, a esta energía común.

Diana continuó:

—Algunos sostienen que el “*aspecto alma*” se demuestra por medio de los iniciados, los que a su vez, tienen discípulos. En mi caso, lo que estudio, parte de la premisa de que no hay una cabeza rectora, sino un caos desde el cual se manifiesta esta energía, por esto le llamo el “*estado alma*”, no el “*aspecto*”. Por otra parte, esta anarquía busca ser canalizada por la publicidad y es ésta la que ocupa el espacio rector. Pero como, a su vez, la publicidad se orienta por un objetivo, el del consumo, el que tiene que ver con las necesidades físicas y no las espirituales, y no se orienta por preceptos rectores para el espíritu, el “*estado alma de los pueblos*” está sometido al caos.

Diana hizo un espacio de silencio.

—Ya sabemos qué propicia el caos, en contraposición a la luz —concluyó—.

John asintió con la cabeza.

—Interesante.

El mozo llegó con el pedido y lo acomodó en la pequeña mesa.

—¿Cómo piensas apoyar tu tesis? Quiero decir, ¿tienes informes que ratifiquen tus afirmaciones?

Diana arqueó sus cejas, comprimió su frente dibujando varios surcos, distendió su rostro y dijo:

—Sí —abrió la carpeta que tenía sobre la silla, a su derecha, extrajo unos papeles y separó un recorte—. Cualquiera sea tu creencia, en 1987 vino a este país Su Santidad el Papa, quien es una autoridad espiritual. También ha venido el *Dalai Lama*. Pero me quiero centrar en la figura de Juan Pablo II porque la mayoría de la población se declara católica. Estamos hablando de un 77 %. Pues bien, su viaje tuvo como lema “*El amor es más fuerte*”. Su mensaje buscaba marcar una huella, hender la

impronta de una palabra. Tres años después, el 17 de septiembre, visitó Chile un grupo de teatro catalán: *Els Comediants*, y realizaron lo que ellos llaman una obra de teatro del fuego. Esto se hizo en la Estación Mapocho, concurrieron unas cinco mil personas. Los actores recorrían seis estaciones que dibujaban un tridente, llevando en andas a un dragón y portando antorchas. En un momento esa masa se vio invadida por cientos de fuegos artificiales lanzados de forma tal, que la multitud se sintió encerrada por ellos, ¡tal como si estuviesen en una gran jaula de pólvora! Los actores le pidieron a la gente que gritara ¡fuego! ¡fuego! ¡fuego! La gente enloqueció, todos gritaban ¡fuego! ¡fuego! ¡fuego!, al unísono. Después apareció un hombre con un falo que medía como un metro de largo, frente a él, se instaló una mujer que comenzó a introducir argollas encendidas en este gran pene. Esta ceremonia, simboliza el rito mediterráneo de la quema del hombre de mimbre. Pero al final vino lo más increíble, unos demonios subieron por los costados de la Estación, uno de ellos se puso de pie al medio de la estructura metálica y gritó: “¡EL MAL HA TRIUNFADO SOBRE SANTIAGO!”

John se quedó mudo, pero reaccionó cuando Diana le entregó el recorte, publicado en la página 23 del diario *La Nación*, en su edición del 28 de septiembre de 1990.

—¡Hace exactamente siete años y un día! — exclamó—.

Luego se concentró en la lectura del titular: “*Cada uno con sus gustos*”, y en el texto donde un funcionario del municipio defiende la intervención del grupo catalán. Leyó concentrado en cada palabra.

Rompió el silencio diciendo:

—¿De esta forma estarían comenzando una

nueva etapa en el acondicionamiento de la masa?

—Así es. Un senador de entonces calificó el acto como una “*parodia del infierno*”.

John abrió sus manos y sus ojos, al tiempo que decía:

—El mal se extiende sobre Santiago, sobre la “*Ciudad de Jacob*”, el mal se consagra. Eso explicaría porqué se ha elegido Chile para irradiar desde aquí al resto de Latinoamérica el control total sobre las personas.

—¿Cómo dices? ¿A qué te refieres?

—¡Vamos! quiero mostrarte algo.

—Pero... ¿y la comida?

—No importa.

John llamó al mozo.

—Para llevarla, queremos la comida para llevarla

—¿Sí?...

—¡No se quede ahí parado! ¡Haga lo que le digo!, tenemos prisa.

Pagó con la misma premura que tenía y se llevó la bolsa con la comida en bandejitas. Detuvo un taxi y se dirigieron a su departamento. El día ya anunciaba su atardecer. Por fortuna el ascensor se encontraba en el primer piso. Abrió la puerta de su departamento con la brusquedad de lo rápido. Entraron, llegó hasta la computadora y la encendió.

—Observa...

Diana lo siguió conturbada. Al encenderse la pantalla, John escribió varias entradas hasta que apareció la imagen de un mapa del cielo.

—La *Constelación del Dragón*, ya sabrás que la introdujo Ptolomeo.

Ella se concentró en la imagen, miró el rostro de él, iluminado por el azul de ese cielo virtual. John tomó la *Nácar-Colunga* y continuó:

—“Y fue vista en el cielo otra señal: he aquí un gran dragón de color de fuego,...”, ¿de qué color era el dragón de la ceremonia...

—Rojo.

—“...que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. Con su cola arrastró la tercera parte de los astros del cielo y los arrojó a la tierra.” ¿Comprendes? El dragón encarna el mal y arrastra a las almas nobles —“los astros del cielo”—, las pierde. Cuando los actores le pidieron a la gente que gritaran ¡fuego! ¡fuego! ¡fuego!, varias veces usaron su energía vital, sus almas. A su vez, el fuego simboliza la sangre homicida que mana del verbo asesinado: “*El mal ha triunfado sobre Santiago*”.

—Estoy asombrada con tu explicación, pero ¿qué tiene que ver la constelación?

—Muy simple, el mal es lo inverso del bien. Por ejemplo, el *aum*, que es el mantra que nos induce a recibir las energías del cosmos, tiene tres sonidos en este orden: *Aum-tat-sat*. Pronunciadas y vibradas así, te llenan de luz. Pero si inviertes el orden, resulta lo siguiente: *Sat-tat-aum*.

—¡Satanás! —exclamó Diana—.

—Exacto. Luego, el orden natural se compone, para nosotros, de la dualidad: luz y sombra, grande y pequeño, caliente y frío, lo que los orientales denominan como *ying* y *yang*. Tenemos que entender que de esa concepción de la dualidad de las cosas, nace el mal.

Diana mostró en su rostro el desconcierto. John aclaró:

—La sombra existe por oposición a la luz y el frío por oposición al calor. Así es interesante observar que la *Constelación del Dragón* que puede ser observada desde el hemisferio norte, se sitúa, esto si mirásemos el espacio

como una gran esfera, en la antípoda de *Sirio* que —según suponen algunos— es el sistema de origen del hombre. *Sirio* puede ser vista en el hemisferio sur y está en la *Canis Major*. El dios *Anubis* de los egipcios, simbolizaría el recuerdo de ese pasado humano. Este ver, se entiende que es el ver ideal.

—¿El mal quiere entonces que retornemos a nuestro origen?

—No...

—Pero la tierra viene del caos, ¿no es así?

—No. La oscuridad es una creación humana. En el mundo de las formas no había consciencia, esto quiere decir que no se puede pensar que la oscuridad estaba antes que la luz, porque la oscuridad no tiene existencia. En cambio, la luz sí existe por sí sola. La luz está antes de la oscuridad. Haz la siguiente prueba: enciértrate en una habitación y enciende toda luz posible, luego abre las ventanas en la noche para ver si la oscuridad invade ese recinto. Por el contrario, si sales a la oscuridad, comprobarás que por las ventanas abiertas, la luz inunda la oscuridad que hay en el exterior. La luz siempre ha sido la primera creación, el caos del hombre proviene de su propio pensamiento, de su propia falta de fe.

—Si el hombre viene de *Sirio*, oponerse a *Sirio* sería oponerse al hombre, ¿verdad?

—Me alegra que comiences a entender —le dijo John—. Imagino que dicho ritual se ha celebrado en varias ciudades y no en una en particular porque...

—También se haría en Brasil —interrumpió Diana—, pero se suspendió y... ¿por qué oponerse al hombre?

—El camino del hombre, entendido él como creación divina, es el de alcanzarse a sí mismo, saber quién es en sí, comprender por qué existe. Por eso busca a Dios,

porque siente que sin esa unidad, su alma vagará por el infinito eternamente, sin hallar su dimensión espiritual. El dragón quiere destruir al hombre, porque así destruye a Dios, a la luz que tanta urticaria le produce.

—Pero entonces se destruiría a sí mismo. Si la luz muere, la oscuridad del dragón, también.

—¿Y quién? —preguntó John— ¿sintiéndose angustiado quiere existir?, ¿por qué se suicida un alma?, ¿no quiere acaso su autodestrucción porque siente que no puede vivir eternamente atormentada? Quien se aleja de la luz, comienza a vivir la muerte que no es descanso, sino remordimiento, porque estamos hechos para alcanzar una perfección que está dentro de nuestra propia imperfección. Rashi dice que “*el que es malo con Dios, es malo con los hombres*”, y esto también se expresa en la relación consigo mismo. Quien se niega a este camino, se niega a sí mismo, y se enreda en las sombras que lo destruyen y no lo dejan vivir. La única forma de estar en la vida, es existir por alcanzar a Dios.

Diana se quedó pensando, desfiló por su mente todo su pasado, toda la infancia en su lejana Temuco, la difícil juventud en la capital y los esfuerzos por hacerse profesional, así tuviese que traicionar las concepciones morales que más creía pertenecientes a los bobos, que a la verdadera gente de raza, que era como ella le decía a los triunfadores, a quienes se fijaban un objetivo y lo conseguían sin mediar obstáculo. Saliéndose de sus concentradas visiones dijo:

—¿Estás seguro que Santiago es una ciudad santa?

—¡Por supuesto! Toda ciudad lo es, pero no debes olvidar que mientras en la antigüedad los poblados se construían en la cima de algún monte, Santiago está en la falda de varios de ellos. Es decir, a los pies de una cadena

montañosa y de un cordón de cerros. Eso la hace distinta, las otras significan lo que es arriba —y tomando un lápiz dibujó un triángulo \triangle —. Santiago significa lo que es abajo —y dibujó otro triángulo ∇ —. El uno es la relación del hombre con Dios, este otro es Dios quien le habla al hombre. La unión de estas realidades cosmogónicas, origina el *sello de Salomón*: \star .

John abrió su cartapacio y extrajo de él un recorte.

—¿Comprendes? Si el mal se apodera de esta ciudad, la oscuridad querrá prevalecer sobre la luz.

—¿La preparación del Armagedón? ¿Quieres decir la Parusía?

John la observó con displicencia, pero se quedó callado. Siguió diciendo:

—Como te comenté, pensaba escribir una novela histórica, pero después de llegar a esta tierra, de no comprender a qué he venido, leí esta noticia hace algunos días y supe el porqué de mi presencia aquí.

Le entregó un recorte cuyo título rezaba: “*Carné de identidad será similar a tarjeta de crédito*”. Diana escudriñó el sentido de cada frase, frunciendo por momentos el ceño.

—No comprendo.

—Está clarísimo, Diana. Clarísimo.

—Para mí, no —contesto con voz seca—.

John comenzó a explicarle:

—En mi país, tú sabes que vengo de Inglaterra, como en toda Europa, te basta la *tarjeta de crédito* como identificación. Ella no sólo demuestra que tienes recursos para mantenerte, además se constituye en un valioso elemento identificatorio que, incluso, te sirve para cruzar fronteras...

—¿No usan pasaporte? —la expresión de Diana era de incredulidad—.

—Sí, por supuesto, existe el pasaporte, pero para cruzar las fronteras europeas a cualquier persona que pertenezca a la Comunidad —John hizo una pausa—, ya sabes, a la Comunidad Económica Europea, no a la de Estados Independientes —ambos rieron—, le basta sólo —y aquí marcó el *sólo*— con la *tarjeta de crédito*.

—Bien. Y ¿eso qué explicaría?

—Verás, lo primero que se puede inferir de ello, es que —John se acercó a Diana y clavó sus ojos en los de ella, al tiempo que hablo con énfasis— ¡TÚ E-RES LA TARJETA! ¡SIN TAR-JE-TA E-RES NA-DA, NO EXIS-TES!

Ella iba a decir algo, pero John se apresuró a advertirle con una seña de su mano que lo dejara continuar.

—No sé si sabrás que los productos a nivel mundial están siendo numerados, lo que equivale a decir que están siendo identificados de acuerdo a su procedencia geográfica, a quién los produce y de acuerdo a qué tipo de producto pertenece.

Pronunció un breve «sí», John siguió:

—Ese número es único en el mundo, ¡un número único en todo el mundo! ¿te lo puedes imaginar? —ella asintió. Así también, ¡cada persona tendrá un número único en todo el mundo! Y yo tengo la sospecha que esa marca individual ya está incluida ¡en la *tarjeta de crédito*! Ya verás cómo un día, todas las tarjetas serán unificadas en una que puede ser perfectamente tu *cédula de identidad*.

—Y por ese motivo tú no usas *tarjeta de crédito*.

—Exacto —contestó secamente—.

—No le veo nada malo a que alguien tenga un número único para todo el mundo, al contrario lo encuentro ¡genial!

John se puso de pie, se dirigió a la cocinilla y sirvió la comida en la mesita. Invitó a Diana que se sentara. El rostro de John se había endurecido por el desencanto.

Comenzó a comer, mientras ella lo miraba con dulzura.

—Se enfría la comida, come.

Ella obedeció en silencio la precisa instrucción de él. Ya no hubo una mirada, sólo pensamientos. Diana se preguntaba si había dicho algo que no fuera coherente, si acaso era ilícito que no entendiera o que pensara distinto, si John estaba enfermo y que, por ello, quizás sería mejor comprenderlo desde ese punto de vista. ¿Qué hay de demoníaco en que se marque a la gente con un número único en todo el mundo? Las ventajas, de evidentes, sumían en la incógnita la sola preocupación por ese hecho. De partida, bastaría con una tarjeta para todo, no tendría uno que andar soportando a tediosos funcionarios de aduanas que poseen todo un estilo para aproximarse a las páginas del pasaporte, antes de timbrarlo. El silencio de él le pareció incomprensible.

John se preguntaba si no sería idiota decirle al resto de la gente esto que ocurría a escondidas, bajo la piel de las noticias, esto que es una información, quizás, que está reservada a algunos iluminados que suelen saber gran parte de lo que acaece soterradamente, en la penumbra de la realidad. Si así fuere, la culpa de no entender, no la tendría Diana, sino él que no comprendía que ella está para otras cosas. Sin embargo, lo anterior no coincidía con esa capacidad de investigación y de concluir con asertividad acerca de temas complejos y secretos, como la que ella le había referido: ¿“*el estado alma de los pueblos*”? Qué gran estupidez —se dijo a sí mismo en broma. Inmerso en estos pensamientos sonrió. Diana advirtió ese gesto cambiante y le dijo con toda su alma coqueta:

—¡Vamos! ¡cuéntame qué te hace sonreír!

—Nada, nada —contestó un alegre John—, ¿qué harás esta noche?

—Nada —respondió cerrándole el ojo—, quizás sonreír.

LA PRIMERA CONFERENCIA DE SANTIAGO

Si alguno tiene oídos, que oiga. Si alguno está destinado a la cautividad, a la cautividad irá; si alguno mata por la espada, por la espada morirá. En esto está la paciencia y la fe de los santos.

Apocalipsis 13: 9-10

En la sala de conferencias, el bullir de miles de comerciantes venidos de todo el país y de otras naciones de Latinoamérica.

A un costado de la sala, Héctor Hinojosa observaba junto a los integrantes de la Organización de Comercio, los ágiles movimientos de unos, la lentitud de otros, compenetrados por tomar ubicación en los sitios correspondientes. Cada participante quedaba sentado ante una mesa y disponía de una carpeta, hojas y lápices para tomar anotaciones.

—Maravilloso paisaje, felicitaciones Hinojosa.

La palabra del Gran Inquisidor era ley, por lo que Hinojosa infló su pecho y respondió:

—No es otra cosa que el fruto de la experiencia, Gran GI, lograda gracias al seguimiento de sus siempre sabias lecciones.

Esta vez fue el Gran Inquisidor el que infló su pecho, pero con cierta dificultad debido a su destacada panza.

Pausadamente la luz fue disminuyendo, como si agonizara y, pausadamente también, las estruendosas voces. Luego la penumbra y el murmullo, la semipenumbra, el silencio. Ante cada participante se iluminaron sendas lamparillas, cuya claridad alcanzaba para garabatear algunos apuntes. Era como si al medio de la gran oscuridad, alguien hubiese puesto pequeños faros, pero con la cantidad de luz que sólo alguien quiere y ama. Era como si alguien se hubiese desprendido de un sol mayor y, caído en el abismo donde nada se comprende o donde sólo se entiende lo parcial, hubiese propiciado ese manar que provenía no del cielo, sino desde la profundidad de la sala para luego curvarse con suavidad y caer como la boca de un bastón de Aarón, sobre el universo blanco de los sendos trozos de papel que cada participante tenía ante sí.

La voz del locutor oficial concitó la atención de la audiencia:

—Señores, señoras, amigos y amigas de países hermanos, connacionales, ¡bienvenidos a la Gran Audiencia! ¡Privilegiados ustedes que pueden participar de tan magno evento! A la inauguración de ayer por la tarde, hoy sigue la sesión de trabajo. Iniciaremos esta *Primera Conferencia de Santiago*, con la introducción al módulo sobre *Código de barras*, tanto en la expresión europea, llamada EAN (Asociación Internacional de Numeración de Artículos), como en la norteamericana UPC (Código Universal de

Productos). Dejaré con ustedes al actual Gerente General de TransKard, institución que lidera e introduce las tarjetas *de crédito* y *de débito* en nuestro país, la cual es pionera de esta materia en Latinoamérica. Les presento al master en economía, organizador de esta *Primera Conferencia*, el señor Héctor Hinojosa.

Un estruendoso aplauso se oyó en la sala. Los aplausos de Nora y Elisa parecían mudos gestos, entre los palmoteos de los cerca de tres mil asistentes.

Hinojosa entró con la cabeza altiva, con paso sigiloso, haciendo más solemne la ceremonia. Puso su cartapacio en el estrado, acomodó el micrófono y bebió un poco de agua del vaso que se dispuso para él. Comenzó a decir:

—Cada uno de ustedes representa el porvenir del comercio. —Aplausos, espontáneos aplausos de la concurrencia—. Desde las primeras formas de organización, el intercambio entre los hombres se realizó por medio de una moneda. En las sociedades primitivas se usaron las semillas, los bananos, también los dientes de cachalote, las conchas de marisco o los colmillos de perro. Así también, ustedes recordarán cómo Creso, rey de Lidia, ya en el año 550 A. J. C. acuñó las primeras monedas de oro. Esto ocurría en la llamada Turquía occidental y, entonces, el hombre se adentraba a un problema que lo mantiene preocupado hasta hoy: cómo establecer un patrón de intercambio duradero, que permita que un chino beba chicha de Curacaví —risas entre los asistentes—, un sueco use un poncho chilote y un chileno se coma un queso de Holanda —suspiro entre los presentes, no se sabe si por los quesos o por las holandesas—.

De todos los metales, el oro posee cualidades de durabilidad que lo hacen mantenerse inalterable a través del tiempo, cualesquiera sean las condiciones climáticas a

las cuales haya estado sometido. Vayan ustedes a buscar barcos hundidos hace trescientos años en la inmensidad del océano —algunos sintieron un vago mareo y una sensación de ahogo—, barcos que hayan naufragado con cargamentos de oro, y ahí hallarán monedas relucientes como si recién hubiesen sido acuñadas.

Las palabras expresadas por Charles de Gaulle en febrero de 1965, nos ilustrarán lo anterior. Dijo el estadista francés: “*No puede haber más criterio, más canon que el oro. Sí, el oro que nunca cambia, que puede moldearse en lingotes, en barras, en monedas, que no tiene nacionalidad y que es eterno, universalmente aceptado como valor fiduciario inalterable por excelencia.*”

Eso de universal es discutible —afirmó Hinojosa y se advirtió el desconcierto en los miles de rostros—, si estuviesen en las islas Salomón, sólo con quinientos dientes de marsopa podrían ustedes adquirir una esposa de excelentes cualidades —risas en el auditorio—, es éste un muy buen precio, el mejor que puedan pagar —agregó con cierto aire socarrón—; y con un anillo de concha, una cabeza humana, un esclavo varón o un cerdo regordete que no cabría en la panza de ninguno de los presentes —nuevas risas en el auditorio y la mirada cortés del Gran Inquisidor. Hinojosa sacó un pañuelo de su chaqueta y se limpió el sudor de la frente—.

Ya en 1717, *Sir* Isaac Newton, entonces Jefe de la Casa de Moneda, fijó como precio al oro, el de cuatro libras, cuatro chelines y once peniques y medio por onza troy (cantidad equivalente a 10,20 dólares, según la cotización de 1968). Quizás si fueron los hallazgos de oro en el Brasil, a principios del siglo XVIII, y en los montes Urales (Rusia) hacia 1744, los que impulsaron a la Gran Bretaña a adoptar legalmente el *Patrón-oro* un siglo más tarde, para ser más

precisos, en el año de 1816.

Sí debemos tener en consideración que, antes, en 1798, ya habían prohibido el derecho de libre acuñación de la plata, alejándose, de este modo, del patrón bimetálico. Este nuevo paso significaba que los ingleses aceptaban la divisa-oro como sistema de intercambio, y esta convertibilidad en papel o en metal, sentaría las bases de su economía. Les darían la razón los diversos descubrimientos auríferos de California (Estados Unidos de América, en 1848), Ballarat (Australia, en 1851), de Transval (Sudáfrica, en 1886), porque si hemos de ser sinceros, esos descubrimientos fueron los que permitieron el auge de este sistema de medida monetaria. Antes de esa fecha, no existía una cantidad suficiente de metal para ponerlo en vigencia.

Y de nuevo en Inglaterra, encontramos que ya en 1666 se emitieron los *Goldsmith Notes* (*Goldsmith* era aquel que manufacturaba o comerciaba con oro) y que se usaban como *billetes de transacción* de monedas de oro. Cinco décadas después, el genio y la ingenuidad de un hombre, John Law, un escocés en tierra francesa, echó los primeros cimientos de una economía de la banca más integral, empleando nuevos conceptos. Law consiguió el respaldo oficial y por decreto real del 2 de mayo de 1716 recibió la autorización monárquica para fundar un Banco, el cual estaba facultado para emitir billetes. Estos papeles estaban declarados de curso legal para el pago de los impuestos y, según las propias afirmaciones de Law, tenían respaldo suficiente en oro, es decir, el valor de billetes emitidos era igual al depósito en oro existente en las bóvedas del Banco.

Hinojosa levantó la cabeza, respiró con fuerza excitante, y se dirigió a la audiencia improvisando:

Como ustedes sabrán, queridos amigos, el *papel moneda* o *billete*, que es el nombre con el cual conocemos

a este papelito con números —y extrajo su billetera del bolsillo interior de la chaqueta, apartó uno y lo exhibió levantándolo sobre su cabeza—, no tenía en su origen *valor por sí*, sino que este *valor* era *real* siempre y cuando, si se lo podía llevar al banco que lo había emitido y, éste, lo redimía en oro. Es decir, yo llevaba mis billetes y exigía al banco que me lo cambiase por oro y, este ente jurídico, tenía que hacer lo que yo le pedía. Como veremos, este *valor interdependiente del metal* se mantiene, aunque con variaciones, al haber alcanzado formas más sutiles. Ustedes recordarán que hasta hace varias décadas, los billetes circulantes ostentaban la leyenda “*convertible en oro conforme a la ley*”, hasta que dicha inscripción se retiró.

Fijó su mirada en el horizonte y para retomar el discurso inicial dijo:

Volvamos con Law: Asimismo realizó empréstitos, por los cuales percibió un determinado *interés*. Por esa fecha, los bancos sólo eran depositarios del oro, pero no lo prestaban, menos aún con el afán de obtener utilidades, por lo mismo se decía que «*el buen banco no paga*».

Pero Law tenía otra idea económica, y transformó *el dinero de necesidad* (así se lo llamaba), como lo sería la emisión de bonos contra el respaldo del estado, en un bien de valor en sí. Así, *el dinero produjo dinero* y dinamizó la economía. Algunos pensarán que, en aquella época, ya existían grandes financistas que apoyaban las empresas guerreras de los reyes, y tienen razón, pero ello ocurría por medio de *gestores particulares*; dicho de otro modo, eran *personas naturales* y no *personas jurídicas* las que realizaban estos empréstitos. La importancia de Law no radica tanto en que aplicó el concepto de *dinero prestado* aplicándole una *tasa de interés* cuando fuese devuelto, más bien su importancia está en el hecho que Law estableció un

nuevo instrumento (tal como lo conocemos hoy) a través de una nueva institución, en la vida cotidiana de miles y, ahora, de millones de ciudadanos: el *dinero* que tiene valor por sí, porque se puede multiplicar a sí mismo y, el *banco* que es capaz de prestarlo, cobrando por él un *interés*.

Law demostró, como también lo hicieron los bancos holandeses, en especial el Banco de Amsterdam, que la creación de dinero constituía un poderoso estimulante para el auge de la industria y del comercio, compartiendo este bienestar con el resto de la población.

Nadie pudo escapar a dicha tentación y, junto con ello, ésta fue una primera experiencia de lo que sería después el empleo y la confianza en el *Patrón-oro*. Hasta ahí, todo bien.

Debemos señalar, sin embargo, que Law pecó, como decíamos antes, de ingenuo y, lo mismo que después el Banco de Amsterdam —que existió entre 1609 y 1819—, la *Banque Royale* fundada por él en 1716 con el nombre de *Banque Generale du France*, quebró a finales de 1720, no por el sistema usado, sino por prestarle sus fondos a un deudor inviable, como lo era entonces el monarca francés. El de Amsterdam, si bien no tuvo su rey, tuvo en la *Compañía Holandesa de las Indias Orientales*, su equivalente.

No obstante aquello y si bien el legado de Law es traumático, puesto que puso en tela de juicio la existencia misma de la banca después de haber sido uno de sus más importantes gestores, la suya es una experiencia teórica y práctica, lo suficientemente educativa e inscrita en los anales de la banca mundial, como para considerarla dentro de todo bosquejo histórico.

Pero no todo es lágrimas. La perseverancia la encontramos en la creación, en 1694, del Banco de

Inglaterra, el cual comenzó a emitir sus billetes convertibles en oro, manteniendo un prestigio inalterable hasta nuestros días. Y aquí sí que la premisa de recibir el oro y emitir un billete susceptible de ser empleado en nuevos compromisos de pago, un billete capaz de multiplicarse por obra y gracia del interés recibido cuando éste es colocado y, así, *ad finitum*, se convirtió en realidad a través del tiempo, sin interrupción.

Y si el dinero *vale por sí*, ¿para qué sirve el oro si no se puede comer?, se preguntarán muchos de ustedes, y recordarán la historia del rey Midas. Debo contestarles que sirve para algo clave y básico en economía: evita pérdidas cuando se desvaloriza la moneda, cuando el dinero pierde su valor, el oro mantiene el suyo.

De ahí la fiebre que despierta, la misma que llevó a los alquimistas a quebrarse la cabeza en busca de la piedra filosofal. Se cuenta que Bernard of Treves, en 1450, aseguró que tenía la receta para convertir todo en oro. Juntó dos mil yemas de huevo, les agregó aceite de oliva y de vitriolo en partes iguales, luego las coció a fuego lento, tan lento que transcurrieron dos semanas. El resultado fue que envenenó a sus cerdos, los mismos que ustedes podrían adquirir con sendos anillos de concha, en las islas del Pacífico —nuevas sonrisas entre el público— y que no cabrían en la panza de ninguno de ustedes —agregó con picardía—.

Al *Patrón-oro*, que exige que los billetes estén respaldados en oro, los cuales pueden ser redimidos en cualquier instante a ese metal, le sucedió el *patrón de oro en barras*, el cual consistía en la posibilidad de redimir *cuatrocientas onzas de oro* por parte de quien lo quisiese y pudiese pagar *ocho mil dólares*. Este *patrón en barras* no duró mucho tiempo.

Al *Patrón-oro* también le llegó su hora. Gran Bretaña

lo abandonó en 1919, aunque titubeó hasta 1931, en tanto que los Estados Unidos de América lo mantuvieron hasta 1933, con una breve laguna entre 1917 y 1919.

¿Qué siguió entonces? El llamado *Patrón internacional de cambios oro*. Éste sólo podía ser posible con la aparición de los bancos centrales en cada nación, para regular las especulaciones tanto en el *valor de la moneda* como en el de las *tasas de interés*. Cada país respalda su dinero circulante con una moneda internacional, la cual es, a su vez, susceptible de ser redimida en oro. En el caso del dólar, ello ha sido posible por dos motivos:

1) En la década del '30, los Estados Unidos de América fijó en US\$ 35 la onza troy, como precio oficial internacional para la compra y la venta del oro. Este valor fue defendido por el llamado *Pool del Oro*, que integraban los mismos Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Italia, Bélgica, Holanda y Suiza, y que entre 1934 y 1968 actuó como un solo cuerpo, disolviéndose después de la crisis de ese último año.

2) A cambio de lo anterior, el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos de América, garantiza a los Bancos Centrales tenedores de dólares, la redención inmediata en oro. De aquí la consabida frase «*el dólar es tan bueno como el oro*».

Estos dos factores, el precio fijo para el dólar y su redención al oro sin mayores obstáculos, es lo que permitió estabilizar el dólar e hizo real el *Patrón internacional de cambios oro*. Mientras tanto, el papel moneda ganó la confianza de la gente y hoy es empleado en toda sociedad constituida como parte de la civilización mundial actual.

Quienes pensaron que esta forma de intercambio comercial era la última que emplearía el hombre en su largo camino evolutivo, estaban equivocados. Ustedes ya tienen

antecedentes de lo que se ha dado en llamar el *dinero plástico* y que circula hoy en casi todo el mundo, formando parte de la realidad de millones de personas.

Por cierto, se alude con este nombre, al material con el cual están hechas las tarjetas. Principalmente, hay dos tipos: las *de crédito* y las *de débito*. Es importante para ustedes, el saber diferenciarlas.

La *de crédito*, como su nombre lo dice, permite la compra, obteniendo el producto adquirido al momento y el cobro del mismo, con un cierto interés, después.

Ahora operaremos con una nueva tarjeta: la tarjeta *de débito*. Con ella, el valor de la compra se descuenta de manera automática e instantánea de la cuenta personal del adquirente o comprador, y se incorpora, también de modo automático e instantáneo, en la cuenta personal del comerciante o vendedor, es decir, en la cuenta personal de cada uno de ustedes. —Se oyó un murmullo en la sala—. No habrá moneda, ni billete, ni cheque, ni complicadas papeletas en estas transacciones, no habrá circulación de dinero, ¡no habrá circulación de dinero!, ¡no ha— brá!... ¡circulación!... ¡de di— ne— ro!... —La multitud enloqueció en aplausos, la risotada de Hinojosa se perdió en medio del clamor de esas miles de almas—.

Esto se puede hacer así, porque contamos con una red computacional que archiva el valor de la compra, el día, la hora, la cantidad de cada producto, el recinto donde se compró e identifica al individuo que efectuó la operación.

La ventaja de este sistema, es que evita el andar con dinero encima, el cual puede ser objeto de robo, tanto en hurto o asalto. Al mismo tiempo, permite al comerciante el librarse de la violencia contra su persona y su negocio, porque sólo él tendrá acceso al dinero recaudado en su cuenta personal, no pudiendo ser robado o hurtado.

Ustedes se preguntarán cómo es posible esta maravilla, de qué prodigiosa inteligencia ha surgido ¡tanta perfección! Deben comprender que a través de los tiempos y, con mayor énfasis en las últimas décadas, miles de almas han revisado y completado un plan colosal como lo es éste, ante el cual estamos, en una permanente evolución de siglos.

Hacia la década del '60, los comerciantes comenzaron a preocuparse de la identificación de los productos que compraban y vendían. Esto nació por la necesidad de comprobar fehacientemente, que lo que se está transando corresponde con exactitud a lo que se está comprando y que es lo que ha suscitado el interés del adquirente.

Principalmente, hay cuatro sistemas de clasificación de productos según su naturaleza, pero que, en definitiva, se reúnen en un único sistema, que es el que nos convoca e interesa.

1) Los editores de libros crearon el sistema ISBN (*International Standard Book Number*). Su origen se remonta a la *Tercera Conferencia Internacional sobre Investigación de Mercado y Normalización del Comercio de Libros*, realizada en noviembre de 1966, en Berlín. Allí se habló, por primera vez, de la necesidad de identificar con un número único a cada libro, que permitiese el proceso y control de inventarios. Cuando en 1967, *J. Whitaker and Sons Ltd.*, adoptó para el Reino Unido un sistema de numeración, haciendo lo mismo la *R. R. Bowker Company*, en 1968, para los Estados Unidos de América, los editores se reunieron este último año en Londres y, al año siguiente, en Berlín y Estocolmo, para establecer los principios y procedimientos internacionales y uniformes para la numeración normalizada de libros. Es así como estas publicaciones incluyen este número, impreso en su interior y contratapa. La *Agencia Internacional del Número*

Internacional Normalizado para Libros, tiene su sede en la ciudad de Berlín.

2) En tanto que los editores de publicaciones periódicas, tales como revistas o series monográficas, crearon el sistema ISSN (*International Standard Serials Number*). Por ello, este tipo de ediciones lleva impreso este número. El *International Serials Data System* (ISDS) o *Centro Internacional para el Registro de Publicaciones Periódicas*, tiene su sede en la ciudad de París.

3) A su vez, desde 1973 se reunieron los representantes de doce países europeos para buscar un sistema unificado de codificación. Su esfuerzo permitió que el 3 de febrero de 1977, estas naciones firmaran el *Memorandum de Acuerdo EAN*, dando inicio oficial a este método. Pero en 1981 y debido a su rápido crecimiento, el *European Article Numbering* (EAN), reemplazó su nombre por el de *Asociación Internacional de Artículos*. Conservó su sigla (EAN) y hoy involucra a más de ochenta países en todo el mundo, los cuales son los actores principales del *Nuevo Orden Mundial*. La Secretaría General EAN, tiene su sede en la ciudad de Bruselas, urbe donde también sita la Comunidad Económica Europea.

4) El método UPC (*Universal Product Code*), se creó y adoptó, en 1973, por los Estados Unidos de América, y también es empleado en Canadá. Incompatible con el EAN, persigue los mismos fines que éste, diferenciándolos el hecho, de que el EAN se diseñó para que fuese compatible con el UPC. La *Uniform Code Council Inc*, tiene su sede en la ciudad de Dayton, estado de Ohio, en los Estados Unidos de América.

Tenemos, entonces, que los fabricantes de riqueza, acordaron cuatro sistemas paralelos de identificación de productos que, en esencia, son lo mismo. Sin embargo, el

sistema de código de barras, gracias a la lectura hecha por el sistema láser OCR (Carácter de Reconocimiento Óptico), agiliza la transacción comercial. Ello porque evita el remarcado de precios: sólo se modifica este valor en la computadora central; entrega una información exacta de cada venta y las ventas totales, facilitando la actualización de las existencias y reduciendo a un mínimo el error en la facturación a los clientes. Al mismo tiempo, hace injustificables las pérdidas de productos y aminora el riesgo de robo, y es una ayuda efectiva para los fatigosos balances de fin de año.

Tanto el ISBN, como el ISSN, el UPC y el EAN, identifican con un número único en todo el mundo a cada producto. ¿Dónde radica su diferencia? Como hemos visto, está en el *modus operandi*. Los entes creadores del UPC y del EAN, al comprobar que una máquina lectora era incapaz de captar o percibir los números, privando con ello a la computadora de su interpretación o decodificación, asociaron a *cada dígito un par de barras*, creando así lo que hoy conocemos con el nombre de *códigos de barras*. Al hacerlo, el láser o sistema óptico envía la información a la computadora, la cual decodifica las barras y las traduce a números, obteniendo así el producto al cual se refiere y el precio que éste tiene. Dicha decodificación la realiza por medio de complejas operaciones binarias.

Pero mientras el sistema UPC se usa sólo en dos países del mundo, los cuales representan dos de las economías más desarrolladas, el EAN abarca todo el orbe. Estos sistemas difieren en su numeración y su sistema de decodificación. El UPC identifica con su primer dígito de la izquierda, la naturaleza del producto (alimenticio, medicinal, químico, etc.). En tanto que el EAN identifica con los dos o tres primeros dígitos de la izquierda, la zona geográfica (región

o país) desde la cual procede el fabricante o productor y el producto: a estos dígitos, se les denomina *flags*. Es decir, el UPC no tiene una numeración que identifique la procedencia geográfica, mientras que el EAN sí.

¡He aquí nuestro nuevo dios! ¡Contempladlo!
¡Admiradlo!

Tras la figura de Hinojosa, aparecieron proyectados sobre el telón blanco, dos enormes y magníficos códigos de barras:



La multitud emitió millares de «*jooh!*», extensos y discontinuos. Hinojosa continuó:

A mi espalda, ante ustedes y a la izquierda, tienen un código de barras EAN-13 y, a la derecha, su versión UPC-A, que es la marca que menos conocen. La primera contiene trece dígitos, mientras que la segunda usa doce.

Este sistema de identificación, es el mismo en cualquier sitio del mundo, aunque a veces varíe la forma de los códigos. La diferencia está, en que en el código UPC, el primer número 0 se individualiza como índice, a la izquierda del código. Identifica la categoría del producto, al tiempo que el par de barras al cual está asociado, se alarga hasta la base; lo mismo ocurre con el 8, el cual se ubica en sentido opuesto al 0 porque forma parte de la numeración derecha que identifica al producto, al tiempo que el par de barras al cual está asociado, también se alarga hasta la base.

Y aunque se usa en los Estados Unidos de América y

en Canadá, todo empresario que desee exportar sus productos a esos países, debe solicitar el código UPC. Para tal efecto, tiene que asociarse a la *Uniform Code Council Inc.* (U.C.C.), la cual le asignará un número identificatorio de *productor o fabricante*. También pueden realizar esta gestión en las agencias EAN de sus naciones de origen.

Ambos sistemas tienen formas resumidas para identificar productos que tienen poco espacio para un código.

De inmediato surgieron otros códigos de barras:



Nuevos «*joooh!*», extensos y discontinuos, se oyeron.

Aquí tienen ustedes los mismos números en sus formas EAN-8 y UPC-E, respectivamente. No obstante que existe este otro modo de codificación llamado UPC, nos detendremos en el EAN porque es el que empleamos día a día, en las transacciones comerciales.

Tan rotundo ha sido el éxito de este sistema, que la *Agencia Internacional del Número Internacional Normalizado para Libros* y el *Centro Internacional para el Registro de Publicaciones Periódicas*, acordaron con la *Secretaría General EAN*, sistemas algorítmicos de convertibilidad, para transformar los números ISBN e ISSN al sistema OCR (Carácter de Reconocimiento Óptico). Es decir, tanto un número ISBN, como uno ISSN, puede ser traducido al método EAN, como, a su vez, un número EAN de un libro o de una publicación periódica, puede ser

traducido a ISBN o a ISSN, según proceda.

He aquí un ejemplo del número ISBN 956-7547-01-7, escrito como un EAN-13:



La única modificación respecto de los productos que no son impresos, es que los números que identifican a libros van precedidos del prefijo 978 Bookland/EAN, en tanto que los que identifican a las publicaciones periódicas son precedidos del prefijo 979 Bookland/EAN, a los cuales los siguen las primeras nueve cifras del ISBN o ISSN, variando únicamente la cifra de control original (que es el último dígito asignado a la derecha), la cual se modifica y establece según las normas de conversión del sistema EAN.

Incluso se le puede agregar a estos códigos de barras, otro de cinco cifras, el cual figura siempre a la derecha del primero.

Volvamos a los códigos EAN de productos masivos y entendamos cómo identifican geografía, productor y producto, y cómo verifican que el número es original.

Esta vez apareció otro código con indicaciones:



Al costado de este código, apareció proyectada una tabla con las cifras correspondientes a todas las zonas del mundo:

Aquí ustedes pueden comprobar que el número 780

FLAGS O NÚMEROS DE IDENTIFICACIÓN GEOGRÁFICA CORRESPONDIENTES A CADA PAÍS			
S U D A M É R I C A		E U R O P A	
FLAGS	PAÍS	FLAGS	PAÍS
779	Argentina	400-440	Alemania
777	Bolivia	485	Armenia
789	Brasil	90-91	Austria
780	Chile	54	Bélgica y Luxemburgo
770	Colombia	387	Bosnia-Herzegovina
786	Ecuador	380	Bulgaria
784	Paraguay	859	República Checa
775	Perú	385	Croacia
773	Uruguay	57	Dinamarca
759	Venezuela	858	República Eslovaca
N O R T E A M É R I C A		383	República Eslovena
FLAGS	PAÍS	84	España
00-13	Estados Unidos y Canadá	474	República de Estonia
750	México	64	Finlandia
C E N T R O A M É R I C A		30-37	Francia
FLAGS	PAÍS	486	Georgia
740	Guatemala	520	Grecia
741	El Salvador	87	Holanda
742	Honduras	599	Hungría
743	Nicaragua	539	Irlanda
744	Costa Rica	569	Islandia
745	Panamá	80-83	Italia
746	República Dominicana	487	República de Kazajstán
850	Cuba	475	República de Letonia
A S I A		477	República de Lituania
FLAGS	PAÍS	531	Macedonia
690-692	China	535	Malta
529	Chipre	484	Moldavia
880	Corea del Sur	70	Noruega
480	Filipinas	590	Polonia
489	Hong Kong	560	Portugal
890	India	50	Reino Unido
899	Indonesia	594	Rumanía
626	Irán	460-469	Federación Rusa
729	Israel	73	Suecia
45-49	Japón	76	Suiza
625	Jordania	482	Ucrania
528	Líbano	860	Yugoslavia
955	Malasia	Á F R I C A	
888	Singapur	FLAGS	PAÍS
479	Sri Lanka	613	Argel
885	Tailandia	622	Egipto
471	Taiwán	611	Marruecos
869	Turquía	609	Mauritania
893	Vietnam	600-601	Sudáfrica
		619	Túnez

La clasificación geográfica por continentes, está basada en el *Gran Atlas del Mundo*, The Times, 1995.

identifica a Chile y tienen referencias de números identificatorios correspondientes a países latinoamericanos y del resto del mundo. Esta lista completa, con los números de los 85 países del orbe que integran esta red, la hallarán ustedes en sus carpetas.

Podemos lucubrar algunas conclusiones. Los países de Latinoamérica son identificados con *flags* de tres dígitos cada uno, los cuales comienzan con sendos 7, con la sola excepción de Cuba. Asimismo, sólo Noruega, Suecia y Suiza, tienen *flags* que empiezan con sendos 7: 70, 73 y 76, respectivamente. A su vez, si reducimos los prefijos latinoamericanos a dos dígitos, comprobaremos que éstos sólo usan las fórmulas iniciales 74, 75, 77 y 78, siendo imposible la confusión con éstos países europeos.

Es importante señalar, que *es así* como el número de cada producto es ÚNICO PARA TODO EL MUNDO. — Un rumor recorrió el inmenso salón. Hinojosa carraspeó y siguió con su larga exposición—:

La implantación de este sistema, es el que ha permitido desarrollar el nuevo sistema de intercambio comercial: el *dinero plástico*.

En los países desarrollados, donde la mayor parte del ingreso *per cápita* lo permite, la gente adquiere las *tarjetas de crédito* y realiza sus transacciones con ella. En Chile, como en el resto de los países de Latinoamérica, la situación es distinta, por lo que ya tenemos todo listo para implementar este sistema, integrando sin costo previo a la mayor parte de la población marginada.

Durante el curso del próximo año, regalaremos, sí amigos, oyeron bien, regalaremos un millón de *tarjetas de débito* para quienes las soliciten. En cuatro o cinco años, instalaremos 70 mil terminales, esto equivale a decir que integraremos a 70 mil comerciantes en todo el país, quienes transarán sus productos por este sistema. Y este es sólo un

paso previo, porque la idea es que después, cada persona pueda efectuar sus compras con su *cédula de identidad*, lo que podrá hacerse, una vez que este documento contenga el *chip* y el *código de barras* de nuestra Organización. ¡Imagínenselo!, en unos años más el papel moneda y el dinero metálico desaparecerán y serán sólo un vago recuerdo. ¡El *dinero plástico* habrá vencido y quienes estén fuera del sistema *no podrán comprar ni vender!*

—Un estruendoso aplauso se dejó oír, el auditorio parecía poseído por una extraña fuerza. Hinojosa continuó:

¿Quién dudó de que la Gran Aldea era posible? ¿Quién creyó que los hombres seguirían aislados los unos de los otros? Una persona originaria de estas tierras, podrá comprar en lejanas latitudes y su transacción será registrada en el cerebro central de nuestra Organización.

—Un hormiguelo de voces atravesó el auditorio. Hinojosa disfrutaba con ese asombro, siguió su alocución: ¿Dudan ustedes como aquellos necios que no vieron la Aldea Global? ¿No será mejor preguntarse cómo se conseguirá esto? ¡Vean ustedes hasta donde llega la inteligencia humana, juzguen ustedes, aprendan ustedes si no saben, imprégnense del futuro, de la realidad virtual que abatirá a la realidad misma hasta ocupar su lugar!

El *Generalato Chino para el Lanzamiento, Rastreo y Control Satelital*, puso en órbita los primeros satélites que conformarán la *Constelación Iridio*. Esta constelación estará integrada por 66 satélites, los cuales cubrirán 6 planos orbitales. Cada plano orbital es comparable al casco de un balón de fútbol, ¡imagínense un balón compuesto por seis cascos!, puesto que cada plano orbital o *casco* imaginario estará compuesto por la órbita de once satélites. A su vez, estos seis planos orbitales estarán conectados a la computadora central, a nuestra querida *Bestia*, envolviendo todo el globo

terrestre como dos manos que atesoran lo que es suyo. De este modo, tendremos una red capaz de entregar comunicaciones digitales en ambos sentidos, incluyendo voz y datos.

¡*Iridio* es el nuevo sol que iluminará el nuevo amanecer del hombre! —la multitud volvió a estallar en aplausos—. Con estas palabras, Hinojosa puso fin a su conferencia. Al dejar el estrado, recibió el saludo del Gran Inquisidor, mientras los asistentes siguieron batiendo sus palmas por largos 6 minutos, con 6 segundos y 66 centésimas.

DIANA

Fuele dado infundir espíritu en la imagen de la Bestia para que hablase la imagen e hiciese morir a cuantos se postrasen ante la imagen de la Bestia, e hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les imprimiese una marca en la mano derecha y en la frente, y que nadie pudiese comprar o vender sino el que tuviera la marca, el nombre de la Bestia o el número de su nombre.

Aquí está la sabiduría. El que tenga inteligencia calcule el número de la Bestia, porque es número de hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis (666).

Apocalipsis 13: 15-18

Entre John y Diana, durante esas semanas, hubo silencio, el mismo que conjugan los amantes cuando necesitan de un espacio propio para comprender cuánto vacío hay en el alma sin el otro. La soledad, extiende los caminos del pensamiento ante las dudas que nos afligen y no nos queda más meta que la de encontrarnos.

Diana lo había invitado «*a conversar*». Al entrar al departamento, John se enfrentó al televisor encendido

al centro de la salita de estar, y debajo del aparato, el videograbador. Dos sillones y un sofá, describían un semicírculo, como si se tratase de un anfiteatro y, entre el televisor y este anfiteatro, una mesita dispuesta para disfrutar la comida, el té o el café. Desde atrás de un gran macetero, emergió la figura juguetona de un *poodley*, que empezó a menear la cola con tal fuerza, que ésta parecía impulsarlo hasta la visita que entraba. John se inclinó para saludarlo:

—Veo que te gustan los perros —se le ocurrió comentarle a Diana—.

—Sí, te presento a *Carl*. ¡Vamos *Carl*, saluda! —y ella lo levantó hasta dejarlo apoyado en sus patas—.

Sentados en el sofá, esa noche la conversación discurría junto al televisor. Después de media hora, John sintió colmadas sus medidas de tolerancia. No se resistió a decir:

—No entiendo por qué ves televisión, la mente de las personas son adiestradas por ese aparatito que tanto te seduce...

—Programación —dijo despectivamente Diana—, ésa es una estupidez de Huxley.

—¿Te parece a ti Diana? ¿qué es entonces la televisión?

—Hmm, un aparato simpático para distraerse.

—¡Para distraerse!, he ahí la gran argucia. No. La televisión te ayuda a digerir el tiempo, es cierto, pero sin hacer nada, es decir, te condena a la decrepitud de tu voluntad, a no hacer ¡nada!

—¿Y si es eso lo que quiero, «no hacer nada», no tengo derecho acaso?

—Por supuesto que tienes derecho. Lo que ocurre

es que...

—A veces me fastidias, trato de entenderte y no lo consigo, ¡estás loco!, ¡ahora te dio contra la televisión! ¡siempre estás contra algo!

—No es lo que tú piensas —dijo John—. Tú misma me has hablado del “*estado alma de los pueblos*” y de cómo éste se manipula por medio de la publicidad.

Diana se sintió interesada.

—Conforme ¿a qué quieres llegar? ¿quién —según tú— está atrás de todo esto?

—No te lo puedo decir. Sólo deseo retomar nuestro interrumpido diálogo.

—¡No! ¡No! ¡¿Por qué no?! ¿No se supone que tú eres nuestro salvador y nuestra luz al final de este túnel largo y oscuro?

—Me das la razón. No quiero ser objeto de burla. Todo aquel que los descubre, es ridiculizado, de ese modo se defienden, porque la risa y la sátira, son los modos que usan para anular al pensamiento y, ya sabes, anulando el pensamiento, anulando la capacidad de asociar ideas y hechos, se anula la comprensión de lo que ocurre. La más poderosa organización es aquella que no se ve, la invisible, y el peor estigma, la ironía.

—¿No será que eres un amargado, que estás frustrado al no hallar internamente tu felicidad?

—Diana, mi querida Diana.

Llevó la cabeza de ella a su hombro.

—Confundir es ignorar. El humor vulgar, es una de las formas empleadas para evadir aquello que duele. ¿Quién se confronta con la realidad que le duele? Yo lo hago, por eso soy feliz. La felicidad es de naturaleza profunda. Esa alegría es superficial. La felicidad deviene del gozo porque se basa en convicciones, verdades a las cuales ha llegado el alma

en su vida consciente. En cambio esa alegría proviene de la circunstancia, del momento en apariencia incoherente y absurdo, es hija de la irreflexión. ¿Y cómo puede el ser humano caminar sin una comprensión del mundo, si no ha reflexionado sobre él? Existimos porque pensamos, morimos cuando se seca nuestra sed de saber o cuando perdemos los parámetros, los valores de la vida que son las señales únicas y verdaderas, para viajar a través del tiempo de nuestras vidas.

—La verdad es demasiado frágil —sentenció Diana al tiempo que retiraba su cabeza del hombro de John—, los argumentos que la sostienen no son más firmes que mis piernas.

—Pero hay que buscarla —replicó John—, aunque se deba morir varias veces, desde las cenizas también se puede descubrir los nuevos días, que son las nuevas luces de las nuevas verdades que siempre estuvieron y que, cumplido el tiempo, se develan a la consciencia humana.

—Si tienes razón, entonces estoy dispuesta a oírte. ¿En qué quedó nuestra conversación?

—Iba a explicarte cómo el 666 actúa hoy sobre las personas y ellas no lo saben...

—¡Pamplinas! ¿Quién no tiene claro lo del 666, el número del Anticristo? Dicen que fue Nerón.

John agachó su cabeza.

—¿He dicho algo malo?...

Diana comenzaba a sentir el peso de sus propias palabras, emitidas con la liviandad de lo irresponsable. John comprendió que de nada servía tratarla como una ignorante, así es que se decidió a oír la solidez de su planteamiento. Finalmente preguntó:

—¿En qué basas tu afirmación?

Ella se sintió un tanto incómoda, tomó a *Carl* y se lo

puso en la falda, comenzó a acariciarlo. Contestó:

—Lo he leído en algunos libros. Tú sabes que las letras hebreas y griegas, así como las romanas, también se usaban como números y, por tanto, tenían valor numérico. Pues bien, *César-Nerón* escrito en hebreo, al sumar las letras, da el número seiscientos sesenta y seis.

—Interesante.

A Diana le pareció que ese «*interesante*» contenía algo de burla.

—Compruébalo —respondió desafiante—.

John se acomodó y se preparó para una explicación convincente:

—¿Te has preguntado por qué la *Bestia* apocalíptica se identifica con el número 666?

—No llega a tanto mi profundidad —respondió—.

—El hombre fue creado al sexto día. El hombre es de naturaleza imperfecta. Su número es el 6. La repetición de tres veces el 6, revela a un ser que es tres veces imperfecto, *lo bestial*. El 7, en cambio, representa *la perfección divina*: al séptimo día Dios descansó de su creación. El 8, en tanto, es el *infinito* y aquí me quiero detener:

Al octavo día de la semana, Jesús resucitó. Se comprende que al primer día después del séptimo. La resurrección y la vida nueva, son 8. Entendido así, Jesús es la vida y la resurrección: 888.

Ya en el siglo XVII, el poeta y dramaturgo francés, Pierre Corneille, hizo notar que San Juan escribió en griego. Valiéndose de este hecho y, tal como tú lo has señalado, del que cada letra equivale a un dígito numeral, concluyó que Jesús tiene el valor numérico 888.

Además, tienes que el padre es el 1, el hijo el 2. Como primogénito de Dios, Jesucristo es el 222 que es triplicado por el 666 de la *Bestia*. Es decir, el Anticristo

EN GRIEGO			EN ESPAÑOL	
LETRA	NOMBRE	VALOR	LETRA	NOMBRE
I	iota	10	I	i
H	eta (e <i>larga</i>)	8	E	e
Σ	sigma	200	S	ese
O	ómicron (o <i>corta</i>)	70	O	o
Y	ípsilon	400	Y [U]	y griega o ye
E	sigma	<u>200</u>	S	ese
		888		

con su 666 actúa por oposición a Jesucristo.

Diana siguió en silencio.

—Ahora, la *Bestia*, el Anticristo, «*es número de hombre*». No lo debemos olvidar y que, sin la marca que propicia, «*nadie podrá comprar ni vender*». Cuando veas con tus propios ojos el *número de la Bestia* actuando sobre las acciones de las personas, comprenderás que todas las otras interpretaciones son erradas.

En la novela *Guerra y paz*, Liev Nikoláievich Tolstói, atribuyó el 666 a Napoleón Bonaparte. Bueno, esto de otorgarle el *número bestial* a un contemporáneo es muy común. También se dice que los romanos, como imperio, representaban a la *Bestia*, porque la suma de los primeros seis números empleados por ellos: I (uno) + V (cinco) + X (diez) + L (cincuenta) + C (cien) + D (quinientos), es igual a 666.

Diana parecía agobiada, pero John se extendió en su explicación:

Robert Graves, en el capítulo 19 de *La diosa blanca, historia comparada del mito poético*, enuncia una abstrusa y rebuscada manera para concluir el *porqué* Nerón es el Anticristo.

Asimismo, basándose en esa interpretación de *César-Nerón*, que tú citaste, Jay Anson escribió la novela

666, que fue traducida al español como *666, la casa endemoniada*. Otros autores también han utilizado este número, como Hugo Wast, quien en realidad se llamaba Gustavo Martínez Zuviría, intituló *666* un libro en el cual narra una supuesta guerra entre Chile y Argentina, por la disputa de la Patagonia.

El cine, también ha dado sus versiones. Puedo citarte dos ejemplos disímiles: *La profecía* (filme en varias partes), que trata del Anticristo como un hombre de gran poder; y *El día de la Bestia*, celuloide español. *La profecía* se plantea como una obra seria, en tanto que *El día de la Bestia* es una sátira donde el autor se ríe de esto que no ha sabido profundizar.

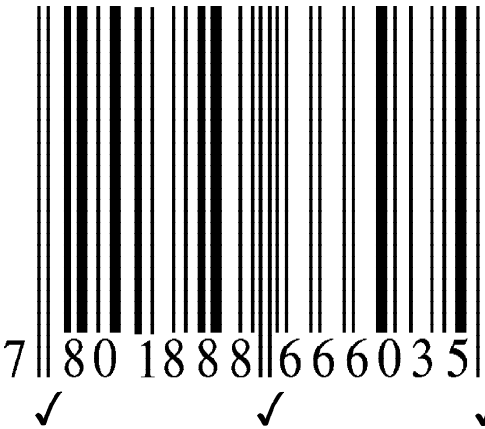
Hay otras hipótesis. Los primeros ordenadores en serie se fabricaron en los Estados Unidos de América. Asignando un valor 6 a la A, 12 a la B, y así, hasta terminar el abecedario, la palabra computadora en inglés, suma 666:

TABLA NUMÉRICA SEGÚN EL REVERENDO RICHARD THOMAS							
LETRA	VALOR	LETRA	VALOR	LETRA	VALOR	PALABRA	VALOR
A	6	J	60	S	114	C	18
B	12	K	66	T	120	O	90
C	18	L	72	U	126	M	78
D	24	M	78	V	132	P	96
E	30	N	84	W	138	U	126
F	36	O	90	X	144	T	120
G	42	P	96	Y	150	E	30
H	48	Q	102	Z	156	R	<u>108</u>
I	54	R	108				666

Bill Gates, el creador de la empresa Microsoft, tampoco se salva, y hay quien ha querido ver en las letras de su nombre asociadas a los números que hay que pulsar para obtener las letras en el código ASCII, al Anticristo en carne y hueso. Siempre en Norteamérica, Mary Stewart

Relfe publicó *El nuevo sistema monetario “666”*, donde esboza una interpretación que se aproxima a la que te voy a dar yo.

John extrajo de su cartapacio varias hojas en las cuales había dibujados varios códigos de barras, las extendió sobre la mesita y se dispuso a explicar:



—Ya sabes que cada número está representado por un par de barras ubicado sobre el número mismo con el cual se corresponde, a excepción del 7 que, como primer número del *flags*, nunca se asocia a un par de


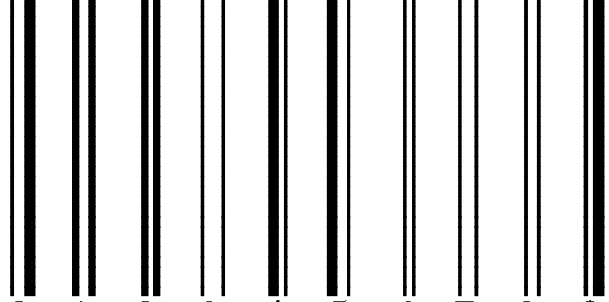
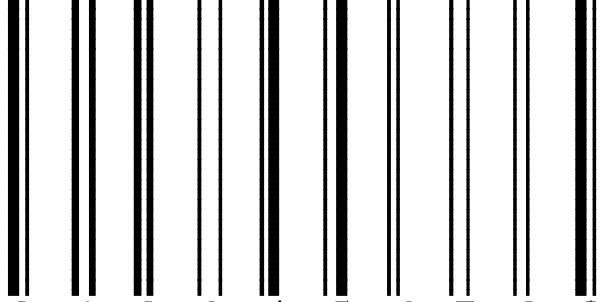
barras. *OBSERVA* cómo cada número puede ser leído por el ojo humano, en tanto que gracias a cada par de barras el aparato lector por láser puede interpretar los números. *OBSERVA* que hay tres pares que están ubicados uno a la izquierda, otro al centro y otro a la derecha de toda esta “marca” y que se diferencian de los otros pares porque no tienen visibles abajo de ellos los números que representan y son, a su vez, un poco más largos, ¿verdad?

Diana se inclinó sobre los papeles y respondió:

—Es cierto. ¿Qué números son John? ¡Vamos, no seas intrigante!

Volvió al cartapacio y buscó entre los papeles hasta que sacó otro grupo de dibujos y dijo:

—Éstos son los módulos correspondientes a todos los números y sus correspondientes pares de barras:

Módulo A	 <p>0 1 2 3 4 5 6 7 8 9</p>
Módulo B	 <p>0 1 2 3 4 5 6 7 8 9</p>
Módulo C	 <p>0 1 2 3 4 5 6 7 8 9</p>

Luego continuó:

—Los pares de barras ubicados a la izquierda del código, emplean números de los módulos A y B, combinándose según el primer dígito del *flags*. Por ejemplo, el 0 o el 1, indican a Estados Unidos de América o a Canadá, pero sólo los códigos que comienzan con el *flags* 0, usan pares de barras del módulo A solamente, en tanto que los otros códigos combinan pares de barras de los módulos A y B.

John extendió un cuadro explicativo:

Primer Número del <i>FLAGS</i>	UBICACIÓN DE LOS MÓDULOS QUE SE OCUPAN EN LOS CÓDIGOS DE BARRAS, SEGÚN EL PRIMER NÚMERO DEL <i>FLAGS</i>					
	1	2	3	4	5	6
0	A	A	A	A	A	A
1	A	A	B	A	B	B
2	A	A	B	B	A	B
3	A	A	B	B	B	A
4	A	B	A	A	B	B
5	A	B	B	A	A	B
6	A	B	B	B	A	A
7	A	B	A	B	A	B
8	A	B	A	B	B	A
9	A	B	B	A	B	A

NOTA: El Primer Número del *FLAGS*, no se identifica con un par de barras

—¿Y los pares de barras del Módulo C?

Él se acomodó y dudó un instante. Luego contestó:

—Se usan para identificar al producto. Eso sí, el último número es un dígito verificador, el cual se obtiene de la operación algorítmica basada en 1, 3, y 10. Ese número es el que permite comprobar si un código de barras está bien otorgado o de si hay error.

—¿Cómo se calcula?

Diana lo miró... se estaba entusiasmando con el tema. Pero John le preguntó:

—¿Te quedó claro lo de la utilización de los módulos A, B y C?

Ella movió su cabeza negando.

—Pues bien —le dijo John—, aquí tienes el número 7801888-666035, escrito en un código EAN, usando los pares de barras según su primer número, el 7:



—Puedes comprobarlo mirando los productos que tienes en tu alacena.

Ella lo miró con provocación e inquirió:

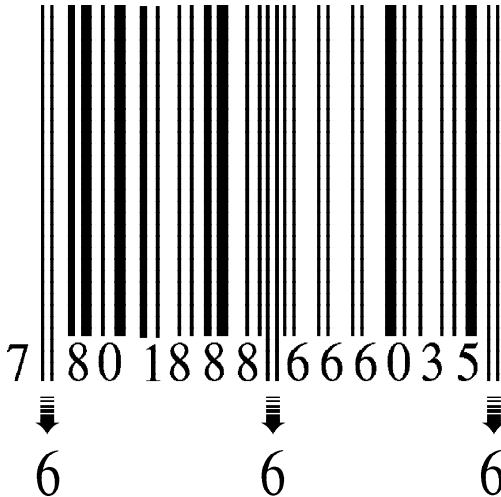
—¿Cómo se calcula? ¡Vamos!, dime cómo se calcula el último número.

Él se sonrió y agregó:

—No tiene importancia, no te quiero llenar la cabeza con demasiadas explicaciones. Lo importante está en estos *tres pares de barras sin identificar*.

John le indicó el número 6 del Módulo B y luego le guiñó un ojo:

—¡Seiscientos sesenta y seis! —exclamó Diana—.



—Ahora este número quedará incorporado a la *cédula de identidad* al entregarse el nuevo diseño que incluye el *código de barras* escrito en un *chip*.

—¿Qué *cédula*? ¿De dónde sacaste eso?

—La *cédula de identidad* que reemplazará a la actual. ¿Olvidaste el recorte que te mostré hace varios días?

John buscó entre sus papeles la información aludida y se la entregó. Ella pudo leer: “*Carné de identidad será similar a la tarjeta de crédito*”. Contempló las líneas, a la vez que viajó por sus propias imágenes interiores.

—¡Sííí! ¡Claro, en el restaurante! Pero... ¿por qué querrían cambiarla? ¿por qué incluyen un código de barras en la *cédula de identidad*?

—Seguro que para identificar a cada ciudadano con el número único para todo el mundo. Ya se numeran los productos, ahora le toca a las personas.

—¿Con qué objeto? ¿Cómo, para qué?

—Lee la información.

Diana se concentró de nuevo en la lectura y repitió en voz alta:

—“*La nueva cédula de identidad incluye un chip, el cual contendrá el domicilio de cada ciudadano y los datos más relevantes de su vida personal*”.

Se quedó pensativa.

—Se ve coherente, nada sospechoso. ¿De verdad piensas que se podrá controlar todo? ¿Cómo podrían hacerlo?

—Es aplicable. En cada país existirá una gran computadora que almacenará todos los datos de las personas, todos sus movimientos. ¿De qué te sorprendes? Al existir un número único para cada uno de nosotros, cada una de tus compras, la cantidad, el lugar donde la hiciste, el precio que pagueste, TODO quedará registrado. A su vez, esta gran computadora estará comunicada con otra que está en Europa, que ocupa un edificio de varios pisos en Bruselas y que recibe el nombre de *La Bestia*.

—Tendría que ser una gran computadora.

—*Es una Gran Computadora...* —precisó él—.

—¡El Gran Hermano del que habla Orwell!

—Exacto. Pero mucho más inteligente y real que como él lo percibió.

—Hay algo que no entiendo —expuso Diana—, me dices que en Chile se introducirá esta tecnología, ¿y el resto del mundo?

Diana parecía haber olvidado, consciente o inconscientemente, la primera conversación sobre el tema. No obstante, John le dijo:

—En Estados Unidos, en Europa, ya existe, pero a la gente no le interesa, no le preocupa algo así. Les da lo mismo. En cambio, Latinoamérica es un continente joven,

el último bastión, la única salvación. Desde Chile se irradiará la última etapa de la *profecía*, porque aquí según mi verdad, está la *nueva tierra*. Si Latinoamérica es devorada por el dragón, será la *Bestia* la que tenga la esperanza, no quienes se rindan ante ella.

—¿Aunque sea la luz anterior a la oscuridad?

—Aunque sea la luz anterior a la oscuridad —contestó John—. Sigue la pregunta: *¿quién pondrá las estrellas en esta noche larga?*

—¿No es paranoica toda esta visión? Me cuesta creer lo del 666.

—Ya veo, el trabajo ha sido espléndido. ¿Eres cristiana? ¡Qué vas a ser cristiana si trabajas en un...!

—¡Maricón! ¿A quién crees que vienes a insultar? — le interrumpió Diana con violencia casi animal— ¿Así es cómo tratas a tu «*favorita*»? ¡«*Favorita*» me llamas! ¡Hipócrita!

—¡Perdona! ¡Perdona!, no quise decirte eso, es la impotencia de querer decirte algo que no me comprendes.

Los ojos de Diana contenían furia, los de John, desconcierto. Sin embargo, lentamente el pulso en ella se normalizaba, no así los ímpetus que se revolvían en su sangre como dagas enloquecidas.

—¡No tienes derecho a insultarme si no pienso como tú! ¿Crees que porque tengo que trabajar de noche para alimentar mi intelecto, tú puedes venir y decirme qué es el bien y qué es el mal? ¡¿Qué clase de profeta crees ser?! ¡Lee bien a tu maestro! ¡Siente su misericordia!

John recomponía poco a poco sus pensamientos. Si esta habría de ser la clase de auditorio que lo esperaría después de la presentación de su libro o de una conferencia sobre el tema, ¿valdría la pena arriesgarse? ¿Era siempre la masa idólatra, una buena tierra para sembrar verdades? ¿O el

canto de la luz sería un agua reservada para bocas selectas, preparadas de manera especial para saciar su sed con un mundo nuevo? Por fin dijo:

—Me es difícil entender... que alguien como tú que me ha expresado con tanta claridad un tema tan complejo como el «*estado alma de los pueblos*», no pueda aprehender un tema que está ante los ojos de todos. Si los otros son los hijos de la ceguera y, por ello, los Hijos de la Bestia, ¿por qué tú también?

—La ceguera, serán —sentenció Diana—.

—Los hijos de la ceguera —corrigió John—. Si fueran la ceguera, no podrían ver jamás, porque la ceguera en sí no puede ver. Pero si son los hijos de la ceguera, pueden un día superar ese estado por obra de la voluntad. Son hijos de la ceguera porque pudiendo ver, no ven. Cuando abran sus ojos, serán hijos de la luz, pero si fueran la ceguera misma, no tendrían esperanza. Ahora aceptan ser los Hijos de la Bestia, por el temor de dar un paso que les haga perder lo que ya tienen.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo se puede no ver lo evidente? ¿Crees acaso que algunos deciden por ti, sobre qué tienes que ver y qué no?

—Imagino que sabes cómo se aplican las normas sociológicas al momento de emprender políticas sociales.

—Sí, por supuesto, se estudian las reacciones de la masa ante una determinada decisión, para eso están las encuestas, los estudios profesionales y los análisis que derivan de ellos.

—Muy bien...

—¡No me trates como a una niña!

John abrió sus manos en señal de disculpa:

—No quise ofenderte. ¡Me rindo!

Diana respondió con una sonrisa. Su ánimo había

cambiado abruptamente, nada extraño, esa mutación la caracterizaba.

—¿Puedo continuar?

—Por supuesto mi rey.

—Gracias. ¿Conoces el juego *Loto*?

—Sí, he jugado a veces.

—Estupendo, así entenderás de inmediato. Tú marcas seis números, sobre un total de treinta y seis, el que a su vez equivale a seis al cuadrado (6^2). Ya tienes tu primer acercamiento al seis, para que te parezca simpático y divertido. Luego, si sumas todos los números del 1 al 36 correlativamente, obtendrás una cifra.

Diana empujó a *Carl* para que bajara y se apresuró a ponerse de pie. Se dirigió hasta su dormitorio y extrajo del cajón de su velador una calculadora. Regresó de inmediato y comenzó a sumar $1 + 2 + 3 + 4 \dots$ hasta el 36. Cuando tuvo el resultado a la vista, volvió la pantalla a cero sin hacer comentario y reinició la suma. Al terminar esta segunda operación exclamó:

—¡666!

—Exacto.

Diana quedó pensativa, como ida a otro mundo, a otro tiempo. Achicó sus ojos y los clavó como un lince, en los de John, diciéndole:

—No me parece extraño.

Él inclinó su cabeza con gesto de incompreensión. Diana retomó la palabra.

—¡El *juego de la lechuza*! —gritó Diana, con la mano tensa y temblorosa—. Se jugaba con tres dados. El que conseguía tres 6 ¡ganaba!

Ella abrió unos ojos enormes y devoradores:

—Eso demuestra que no hay nada raro en este azar.

Hubo un brevísimo silencio. John preguntó:

—¿Y en qué época se practicaba?

—En el siglo xvii, luego el xviii, perduró hasta el xix.

—Muy bien —farfulló él—, ¿sabes cómo se originó?

—Por oposición al *juego de la oca* —contestó Diana con rapidez—.

—¡Formidable! —exclamó entusiasmado John, tomando la iniciativa—, entonces estamos de acuerdo.

—¿De acuerdo en qué? —interrogó con desconcierto ella—.

—«*Por oposición*», dijiste «*por oposición*» al *juego de la oca*. ¡Brillante! Has sido precisa. La *oca* o el *ganso*, si lo prefieres, es parlanchín, se parece a algunas cotorras que conozco. En cambio, la *lechuza* observa, vigila. La *oca* es del día, la *lechuza* es de la noche. La luz y lo oscuro. Además, ya sabrás que algunos estudiosos de los juegos sostienen, que hacia fines del siglo xix comenzaron a imponerse las loterías, las cuales fueron reemplazando a esta *lechuza*. Pero, más bien, yo diría que el *Loto* es una actualización, una modernización de aquél. También se puede sostener que el *juego de la lechuza* es el predecesor más inmediato del *Loto*. Lo que antes se hacía a ritmo de carreta, hoy se ejecuta al vertiginoso ritmo de la computadora, así se envuelve a millones de personas con esta información y se crean nuevas generaciones de mentes.

—¿Qué quiere decir todo esto John?

Diana había recobrado su tono melancólico. Se sentía abatida. John contestó de manera instantánea:

—*Condicionamiento Neo-Pavloviano*.

—¡Huxley!

—Sí, Huxley.

—¿Y de esto tratará tu libro, John? ¿De qué le sirve a la gente saberlo?... le dará angustia el saberlo...

—De la angustia, nace la luz más querida. Recuerda

que un hombre debe perderse para poder encontrarse, quien está en el pozo oscuro, anhela salir de él para situarse con mayor consciencia en un lugar más luminoso. Quien ha perdido el amor, descubre con asombro que si asume esa pérdida como irreparable, es imposible de alcanzarlo de nuevo y se está condenando para siempre a la oscuridad.

—Suena hermoso, quien sabe, demasiado hermoso...
¿Qué se puede hacer si el oscuro silencio entra a tu alma y se apodera de ti?

—Abre las puertas de tu casa y deja que la luz se apodere hasta del último espacio de tu cuerpo; abre tu corazón y deja que entre la luz como un río de pájaros y con fuerza desea, con fe, que limpie cada espacio de tu alma hasta que brille como la más poderosa de las estrellas; abre tu alma y deja que el amor la inunde con su aroma hasta que el más pequeño grillo resucite como si fuese cigarra, y lleva hasta ti la primera manzana, la primera uva, el primer sorbo de néctar; embriágate con las primeras delicias que alimentaron tu experiencia del paladar.

—Me pregunto una cosa, hace rato —dijo Diana—.

—¿Qué?

—Si tu tarjeta de identificación o tu cédula, como quieras llamarle, lo es todo... Porque se supone que no sólo te identificará, sino que además podrás comprar, recibirás tu sueldo en la cuenta que estará inscrita en tu número único, ¡todo! ¿Qué ocurrirá si la pierdes? ¿Qué seremos?

—Seremos nada. Ahí está el riesgo, entonces te ofrecerán ponerte ese *chip* con el *código de barras* y su *666*, que es el número del sistema, en la *mano* o en la *frente*. En ese momento se cumplirá la profecía del *Apocalipsis*, porque sin esa marca no podrás “*comprar ni vender*”.

Diana levantó su vista y se quedó un momento con la cabeza fija como quien contempla el infinito. Sólo el salto

de *Carl* a su falda y su continuo movimiento de rascarse la oreja cada vez con más violencia, la sacó de su ensoñación. Miró a su mascota y dijo:

—Es que hoy le han puesto un *chip* en la oreja para que si se pierde lo pueda encontrar de inmediato.

John se apresuró a mirarlo. El animal se quedó quieto como esperando que lo liberase de tan molesta compañía.

—¿Dónde se lo pusieron? —preguntó John—.

—Es un plan de la municipalidad. Están haciendo un registro electrónico de animales domésticos. Es que hay tantos perros y gatos que se pierden, que contrataron un servicio que rastreará los movimientos del animal si es que uno avisa que está perdido, o si ellos lo encuentran vagabundeando.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar John—. Sabrán todos tus movimientos.

Diana se quedó pasmada.

—¿No me crees? —John volteó su rostro hacia el de Diana y luego continuó revisando a *Carl*—. Esto es sólo el comienzo, ahora son perros y gatos, pero después se ofrecerá el servicio completo a cada persona, ¡entiéndelo! tu tarjeta estará en tu mano o en tu frente para que así puedas “*comprar y vender*”.

Los ojos de Diana estaban abiertos, en su boca resplandecía el silencio.

—Con este sistema se registrarán todos tus movimientos, nada quedará al azar.

—Tu imaginación va demasiado rápido. ¿Esperas que te crea que en un simple *chip* quepa la información de toda una vida?

—Cuando el hombre dijo que volaría, muchos pensaron que era una locura irrealizable, ¿y qué recuerdas del primer viaje a la Luna? Conocí gente que murió y jamás

creyó que el hombre había pisado la superficie iluminada que acompañó sus sueños de amor. ¿Has pensado detenidamente en qué tiene tu perrito?

—Me dijeron que contiene un número único con el cual se identifica a mi mascota, o sea, un código electrónico. Si mi *Carl* se pierde y es encontrado por los funcionarios ambientalistas municipales, le ponen la pistola de rayos láser sobre el código de barras que tiene el *chip* y de inmediato sabrán el nombre de mi *Carl* y el mío, mi dirección, las vacunas y así podrán devolvérmelo, ¿qué tiene de malo esto?

—¿Dónde dices que lo tiene? —John ya casi perdía la paciencia—.

Diana sujetó la cabeza de *Carl* y buscó en la oreja derecha la señal identificatoria. Finalmente, como excusándose dijo:

—Es que no se ve, es una implantación subcutánea cerca del cogote, pero tan pequeña que es invisible.

—¿Te dijeron su tamaño? —John quería hacer razonar a Diana, con preguntas—

—Es modernísimo, tiene el tamaño similar al diámetro de una mina de lápiz.

—¿Te das cuenta? Esto es sólo el comienzo. El hombre siempre ha experimentado con los animales antes de aplicar en sí mismo los medicamentos, por ejemplo, hoy es la tecnología de los *biochips*.

—*Chip* —corrigió Diana—.

—Al procesador orgánico de datos se le da el nombre de *biochip*. Pero tienes razón es un *chip* el que han puesto a tu *Carl*, está hecho con silicio, también se usa el arseniuro de galio. En la actualidad se experimenta con cobre y *corrales cuánticos*.

—¿Cuál es la diferencia? —Diana parecía ahora más interesada en conocer los detalles—.

—Bueno, un *chip* puede contener de 50 mil a 100 mil *bits* de información, lo que equivale a decir que sólo uno de ellos puede almacenar entre cuarenta y ochenta páginas de libro con todos los datos de una persona. En cambio, un *biochip* podría guardar de cincuenta mil millones a cien mil millones de *bits*.

—¡Cincuenta mil millones! ¡Cien mil millones!

—Exacto. Multiplica en un millón la capacidad de un *chip*. El resultado es un 5 seguido de diez ceros; un 1 seguido de once ceros. ¡Cuarenta millones de páginas! ¡Ochenta millones de páginas! ¿Te parece increíble?

—No lo sé, estoy confundida... no sé... no sé qué pensar. Me es difícil creer que pondrán el 666 a las personas, ¿cómo?!, ¿no lo sabremos acaso?!

—Ya se inició esa fase con seres humanos.

—¿Cómo?! ¿De qué hablas?! ¿Por qué piensas que no nos daremos cuenta?!

—Comenzaron con la gente que tiene menos acceso a la información, con la gente modesta. Es así como en los centros médicos, con el pretexto de sacarles sangre a los niños, se les está imponiendo, tal como a tu perrito, el *sello de la Bestia*, el 666, inyectándoles un *chip* en el cuello.

—Pero ¿cómo las madres dejan que les toquen el cuello?! Y si les van a sacar sangre, ¿por qué no les sacan del brazo?!

Diana estaba excitada. John le respondió:

—Les dicen que del cuello se succiona mejor la sangre porque es más fácil encontrar la vena yugular que en el brazo las vena cefálica o basilica. Los *hijos de Dios* son marcados como *hijos del demonio*, ante la vista ciega de sus madres. Si tu ojo está malo, te lo puedes arrancar para que no se pudra el resto de tu cuerpo, pero tu cuello... no puedes

arrancarte el cuello...

Diana se echó a llorar en los brazos de John.

—No tengas pena, Diana, tiene que ser así. Aquí se mide nuestra fortaleza. Recuerda, *en esta noche inmensa, ¿quién pondrá las estrellas? ¿quién? ¿quién? ¿quién?* Quiero darte una esperanza, ¿me dejas?

Un suave «sí» se deslizó por el silencio. Sin soltarla de sus brazos, John continuó:

—Estaba revisando una base de datos que contiene artículos publicados por la prensa en los últimos ocho años, y le pregunté a la computadora cuántas veces se había usado la palabra *Satanás*. ¿Sabes lo que contestó?

John se inclinó levemente hacia atrás y vio que Diana movió su cabeza. Él le dijo:

—Doscientas setenta y siete. Luego le consulté por *Bestia*.

Diana lo miró y permaneció callada.

—Setecientas veintinueve —se respondió John—. Después hice lo mismo con *666*. ¿Quieres saber cuánto?

Ella subió y bajó su cabeza, pero permaneció sin hablar.

—Ciento cuarenta y siete. Hasta que escribí la palabra *amor*.

John abrió los ojos al pronunciar *amor*.

—¿Quieres saber cuántas veces estaba en la base de datos?

—Sí.

—¡Diecisiete mil ochocientos once veces!

Diana lo apretó con fuerza, pero de inmediato lo soltó y le dijo:

—¿No te estará engañando esa máquina demoníaca?

Rieron. Por un breve segundo John sostuvo su vista sobre la de ella, luego comentó:

—Así como no puedes arrancarte el cuello, nadie puede arrancar tu corazón, lo que tu corazón siente. Tu corazón es lo que más debes cuidar, por eso debes llenarlo de amor, sólo de amor, nada más que de amor.

Diana lo quedó mirando con fijeza, con una profundidad absoluta, casi fría. Aquella noche no fue como todas. Ella pensó, pensó más que en cualquiera de éstas en las cuales oía palabras conocidas por lo esperadas, conocidas por ser lógicas.

John le pidió que lo acompañase hasta la puerta del edificio. Esa noche, ella no iría hasta el *TÁMESIS*, la reunión se había extendido más de lo necesario. Luego la despedida, el abrazo apasionado. Afuera la calle vacía, con la quietud apenas interrumpida por un taxi que emprende la marcha cuando John voltea en dirección a casa. Luego el silencio, la humedad hecha de piedra y concreto.

LA ILUMINADA OSCURIDAD

Un tercer ángel los siguió, diciendo con voz fuerte: Si alguno adora a la Bestia y a su imagen y recibe su marca en la frente o en la mano, éste beberá del vino del furor de Dios, que ha sido derramado sin mezcla en la copa de su ira, y será atormentado con el fuego y el azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero, y el humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos, y no tendrán reposo día y noche aquellos que adoren a la Bestia y a su imagen y los que reciban la marca de su nombre.

Apocalipsis 14: 9-11

«Es una ciudad celestial opacada por el resplandor del progreso». John dejó por un momento la computadora y fue hasta el baño, desde donde trajo la cajetilla de *Dunhill* que había dejado sobre el estante, separó un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Entre los papeles del escritorio buscó el encendedor. Miró en torno de sí y recordó que estaba sobre el velador, así es que se dirigió a la habitación y encendió el cigarrillo. Luego volvió y se acomodó para continuar escribiendo: *«La imponente montaña de los Andes*

y las colinas que rodean la ciudad, están ocultas tras el velo del esmog...»

La campanilla del teléfono lo interrumpió.

—¿Sí? Diga...

—¿Cómo va tu novela, John? Soy yo, Elisa.

—¡Elisa! ¡Qué alegría oírte!, encontré tu nota, créeme que siento mucho el que hayas esperado dos horas, debiste avisarme que venías...

—¿Avisarte? ¿Por qué mejor no mides tus impulsos?

—¡Oye...! ¿Qué me quieres decir?

—Si piensas que soy una idiota, estás muy equivocado.

La voz de Elisa se percibía entrecortada, pero también tenía la firmeza de sus convicciones. Ella continuó:

—¿Qué hacías anoche saliendo de ese edificio?

John se sorprendió.

—¿Qué edificio? Debes estar confundida. Además hay aquí un mal entendido. Lo siento, Elisa, no estoy habituado a dar explicaciones.

—Comprendo —dijo ella con un dejo de tristeza—, tus sentimientos... tus sentimientos son del mismo barro que el de tu cuerpo.

John recordó el taxi, la partida brusca. Elisa quiso cortar ese llamado, pero se contuvo. Aprovechó ese silencio para aclararle:

—No soy otra cosa que lo que siento. Mis besos son de nadie, ¡entiéndelo!, no te podría amar, ¡no como tú quieres!

A través de la línea se oyó el vacío y el sollozo que se cortó con el golpe seco del auricular. John se quedó con la mano pegada a la cara, hizo un gesto de aceptación, colgó el suyo y se instaló a escribir.

Hacia el mediodía cuando se disponía a tirar al

basurero los originales impresos que ya no le servían, volvió a sonar el teléfono. Pensó que Elisa, como siempre o casi como siempre le ocurría, se había arrepentido y llamaba para disculparse por su mala educación.

—¿Sí? Diga...

—John, ¿qué tal?, te habla Héctor Hinojosa.

Titubeó un momento. Ya estaba advertido que en las relaciones amorosas con las naturales de estas regiones, solía entrometerse la familia. Era así, no se podía cambiar la fuerza de la costumbre, relacionarse con una mujer implicaba arrastrar consigo, la siquis de todo un núcleo que difícilmente se ramificaba.

—Hinojosa, ¡qué gusto oírle!

—Quisiera hablar contigo, ¿podrías venir mañana por la tarde a mi oficina?

—Sí, por supuesto, ¿a qué hora?

—Vente después de las 19.

—Perfecto. Allí estaré.

—Gracias. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Ese día, solo, al medio de su oficina, Hinojosa evocó en su mente el diálogo sostenido la mañana anterior con el GI:

—Yo esperaré a leer todo lo que dice...

—¡No! ¡imposible! ¡no podemos arriesgarnos!

La voz del Gran Inquisidor sonaba como una de las trompetas de Jericó o de Sodoma y Gomorra. Hinojosa, entonces, permaneció impassible, sumido en sus pensamientos, queriendo encontrarse en la quietud del centro de un lago apacible, cuyo único vaivén es la ola que provoca la brisa, meciendo la fragilidad del bote que alberga la también frágil apariencia humana. Apretó sus labios con

suavidad y dijo:

—¿Y si él tiene razón? No lo sabemos, Gran Inquisidor, no lo sabemos. Con el respeto que Ud. me infunde: No lo sabemos.

El GI desplegó sus ojos de furia sobre Hinojosa, respiró con hondor, se llevó la palma izquierda sobre su mejilla siniestra, la subió y la bajó como si se masajeara los pensamientos.

—Te daré una oportunidad...

De inmediato su mano empuñada, tomó la forma dura de una piedra y la ruda complexión del dedo de un juez, apuntándolo.

—...pero sólo una oportunidad —repitió—. Lo hago por la consideración que tienes en nuestra Organización, nada más. Si tu plan falla, mi plan —recargó la pronunciación en *mi* y en *plan*— es el que será aplicado. Nada de dobles tiempos. Si algo no resulta, de inmediato se reemplaza. Ya lo sabes.

Hinojosa había asentido con satisfacción y agradecimiento. Conocía bien la mirada de GI y comprendió que estaba en sus manos la vida de ese pobre idiota, de ese iluso que parecía una caricatura de la verdad. Verdad que sólo ellos, los de la Organización, conocían a fondo.

Ahora sería cuestión de esperar unas pocas horas para saber si ganaría la partida. Pensaba que sí, que John sabría comprender. Después de todo, él era Hinojosa.

El timbre del anexo lo sustrajo de sus pensamientos: «*el señor John Spencer lo espera en recepción*». «*Muy bien, hágalo pasar*».

Antes que llegara, Hinojosa se dedicó a limar las uñas de sus manos. Se sabía un tipo delicado, sin duda. Las cartas estaban echadas desde la *Conferencia*, el peso de la verdad virtual inclinaba la balanza a su favor. Nadie estropearía

los planes, nadie, ni siquiera un estúpido.

John entró con el paso seguro.

—¡Hola!

—¡Adelante! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

La misma sangre parecía correr por las venas de Hinojosa. Aunque cuando se estrecharon las manos, John tuvo una sensación extraña. Sin embargo, no percibió nada de vientos guerreros, ni de complicaciones con olor a sábanas. Hinojosa se acomodó tras el escritorio y comenzó a hablar:

—Te llamará la atención que te haya citado a mi oficina y que no nos hubiésemos encontrado en algún bar o en el *TÁMESIS*.

John hizo un gesto de afirmación.

—Toda vez que se trata de un tema delicado —continuó Hinojosa—, en el cual te podrías involucrar... John, entiendo el que estés impulsado a escribir un libro, entiendo el que sustentas tu vida con ciertos ideales, pero bien sabes que la ley de la supervivencia está dictada por la conveniencia.

John comenzaba a preocuparse y quiso ir al grano, por lo que preguntó:

—¿Adónde quieres llegar?

—Muy simple, tú sabes o mejor dicho piensas que los hombres serán identificados con un número demoníaco, ¿no es así?

—No sé a qué te refieres —se defendió—.

—¿Con que no lo sabes? John, ¡no juguemos como dos estúpidos a los bandidos! ¡Ni tú eres el bueno, ni yo soy el malo! Sólo quiero ayudarte, tú vienes investigando, ¡sospechas, pero no tienes pruebas!, sobre una nueva cédula de identidad que estaría por implementarse en este país.

—No sé a qué te refieres —insistió John—.

—¿Con que no?

Hinojosa se acercó al anexo y apretó un botón. Desde el otro lado contestó una voz masculina. «¡Leonel! ¡tráigame la carpeta!». John miró con sequedad a su alrededor. Hinojosa permaneció con los ojos que sólo tienen los victoriosos. En menos de un minuto se abrió la puerta e ingresó un hombre moreno, de mediana estatura, de ojos negros; A John le pareció la versión masculina de Diana. Entregó a Hinojosa un cartapacio verde y se dispuso a girar para retirarse, pero ante una seña de Hinojosa, se instaló a un costado del escritorio, en la estricta posición de un edecán.

Hinojosa comenzó a retirar de su interior unos papeles rasgados que habían sido unidos por varias transversales de cinta adhesiva transparente. Se los mostró a John diciéndole:

—¿Los conoces?

John comprendió que ahora no podría hacerse el desentendido, así es que respondió:

—Me parece que sí.

—¿«Me parece»? ¡Son tus propios papeles arrojados a la basura!

—Todo un trabajo de inteligencia —comentó John—, ¿no hubiese sido mejor que golpearan a mi puerta? No habría tenido inconvenientes en entregarles una copia.

—La sutileza es nuestra virtud —dijo con voz áspera Hinojosa—. Además, cuando nuestros hombres ejecutan órdenes —miró de reojo a su subalterno y éste elevó por un instante el pecho—, son un poco rudos, ¿te sirves un anís?

A John le pareció que lo aconsejable era aceptar. Hinojosa, no supo John si por ironía o por extraño ritual, abrió un cajón de su escritorio y sacó una botella y dos vasos.

Al acercarle uno de ellos le dijo:

—Sería mejor que te dejaras de tonterías. He podido comprobar que es bastante buena tu prosa, fluida, precisa, clara. Deja todo este tema que debe preocupar sólo a los grandes intereses.

—¿Y la gente, Hinojosa? ¿Te olvidas de la gente? ¿Le vas a negar el acceso a una información que es conocida sólo por una élite?

Demasiado atrevido le pareció aquello a Hinojosa, comenzaba a perder la paciencia:

—¡Y desde cuándo eso de que la masa tiene que saberlo todo! ¡Vamos John! ¡deja esas ideas absurdas de hacer que los otros cabalguen sobre los conocimientos que son tuyos y sólo a ti sirven!

John se internó por el más cauteloso de los silencios. Se levantó de la silla y se acercó al ventanal. Vio cómo por el cielo atravesaba un cóndor. Una rareza, seguro, porque es sabido que esta ave habita las altas cumbres de los Andes y desciende hacia los valles y el litoral, cuando la comida está escasa. «*Quizás se avecina una época de hambre — pensó—, ésa debe ser la señal*». Recorrió con la vista la alfombra parda y subió hacia los muros; el papel contenía figuritas de la flor de lis. Por fin habló y nada mejor que hacerlo con una pregunta:

—¿Cuál es el objetivo? ¿por qué guardar secretos? ¿es que acaso ustedes se reservan una caja de Pandora, como los responsables de miles de misiles nucleares sembrados por Europa y que harían desaparecer cientos de Hiroshima?

Ahora fue Hinojosa el que guardó silencio, se llevó su brazo izquierdo con la mano empuñada hacia su lado derecho y apoyó en su muñeca el codo diestro tomándose con su mano las comisuras de sus labios.

—No es tan complicado —dijo—, la situación es más

simple. Se trata de dominar. ¡Comprende! hay seres que nacieron para mandar y otros para obedecer...

John lo interrumpió:

—¿No es demencial descansar las posaderas en semejantes convicciones? ¿Cómo puedes defender este maldito sistema que conduce a la esclavitud!?

John había enrojecido y, al hablar, cargaba su tono moviendo sus manos.

—Este es un sistema de libertad, el que desea comprar, compra; el que desea endeudarse, se endeuda; a nadie se obliga.

—Eso no es cierto, Hinojosa, ¡admítalo!, ¿por qué entonces en los Estados Unidos les caducaron sus *tarjetas de crédito* a quienes pagaron a tiempo, a quienes no se atrasaron en sus cuotas? ¡Explíquemelo!

—De eso se trata. El *interés* lo es todo. Se trata de que todos —al decir *todos* hizo un círculo con sus manos como inflando un globo— usen LA TARJETA, nadie puede escaparse, primero la *de crédito*; después la *de débito*, ¡cuando ya no quede nada en sus cuentas! Nada de dinero, ni en billetes, ni en monedas, tampoco cheques, ni oro, ni ¡nada!

—Comprendo —dijo John—, LA TARJETA lo será todo, el hombre, el universo.

—Admiro tu sentido del humor...

—¿Pero qué ocurrirá —interrogó John como si tuviese un hierro candente en sus manos— cuando se aplique la norma de cobrar un 25 % por el valor que se deposita en la cuenta única de cada persona, y se cobre otro 25 % cuando ese dinero se transfiera de una cuenta a otra?

Hinojosa se rió de buena gana. Luego respondió:

—Algo elemental —afirmó con mejor semblante—, cada idiota perderá el 50 % del valor de su trabajo y de

50 % en 50 %, cada hombre terminará siendo del sistema.

—Siendo esclavo del sistema, querrás decir.

Hinojosa lo miró clavando su mirada en la de John:

—Admiro tu erudición... lo admito, estás muy bien informado, pero quiero recordarte algo.

—¡No tiene sentido, eso no te excluye! —interrumpió John—.

Esas palabras cayeron como un dardo sobre el orgullo de Hinojosa, quien se acercó y con expresión afiebrada le dijo:

—El sistema soy yo.

Los hombres quedaron unidos por sus miradas, como si entre ellos hubiese un gran cilindro invisible, unidos a través del aire, como dos toros que se enfrentan ojo a ojo, desafiándose.

—¡Despierta, Hinojosa! ¿Para qué te sigues engañando? Cada uno de ustedes no es más que una pieza dentro del gran engranaje, cuando una pieza ya no sirve, es arrojada al mismo infierno que padecemos nosotros, ¡pobres mortales remecidos por este poder omnímodo!

—¿Estás insinuando que una gran fuerza orienta, coordina, corrige y castiga cada movimiento? ¿estás sugiriendo que una gran cabeza ordena todas las acciones de los gobernantes?

John sintió que sería estratégico el tomar distancia, así es que contestó:

—Usted conoce el sistema mejor que yo, ¿por qué me pregunta?

Hinojosa se acomodó, siempre se acomodaba ante las situaciones que le corroían el alma. Luego dijo:

—¿Lo crees tú posible? Los grandes imperios, la época de los grandes imperios. Desde Nabucodonosor, pasando por Darío y Alejandro Magno, los romanos, los chinos,

¡los egipcios!, todos han querido unificar la humanidad con un solo sueño: hacer de ella una gran hermandad, y ¿quién lo ha conseguido?

—El verdadero poder es invisible —acotó John—.

—Chico listo, ¿te refieres al poder del dinero? ¿al del interés, acaso? O ¿sustentas esas burdas hipótesis de un gobierno mundial?

John perdió su mirada por el cielo del ventanal:

—Conozco bien la teoría conspirativa de la historia.

—¡Qué bien! ¿Pensarás que Hitler, que los judíos, que Estados Unidos, que los chinos, que los árabes? ¿Quién domina el mundo?

—El dinero —respondió secamente John—. Controla todo lo que toca, no tiene alma, no tiene ojos, no tiene nacionalidad, no le da hambre, ni frío, ni el cansancio lo agota.

—El dinero —repitió Hinojosa—. Ya quisiera yo que tuvieras razón y que un gran poder tuviera organizado todo esto, porque lo que veo es que el mundo avanza hacia una anarquía tan irresoluta, ¡que estallará!

Hinojosa se acercó al ventanal para contemplar la ciudad, con una seña pidió a John que viniese adonde estaba él. Desde ese piso diecisiete se apreciaban las avenidas y paseos principales.

—¡Míralos! ¡parecen una masa informe de hormigas! No les interesa más que comer, dormir, defecar y, en algunas noches, procrear negros para el trabajo. Están atentos a algún triunfo deportivo, pero como éstos son escasos en cualquier sitio del mundo, para cualquier país del mundo, para cualquier ídolo, puesto que es uno el que gana y no todos, están habituados a perder, ¡su realidad es perder! Les enseñamos a vivir en la ilusión del mañana, es decir, les enseñamos a esperar algo que no existe y que ellos lo

han creado y aceptado dentro de ellos mismos, como realidad. ¿Y por qué todo esto? Porque les hicimos creer que pensar es aburrido e inútil, ¡nos conviene que no piensen! ¡así podemos hacer lo que queramos con ellos!

De inmediato se dirigió al escritorio y se acomodó en el sillón de cuero, apoyándose en la cabecera.

—Benjamín me habló de ti, lo mismo hizo George. Destacaron tu inteligencia y tus ansias para luchar y avanzar en la vida. A veces, no sabemos por qué, la vida nos pone en rutas que desconocíamos, pero que desde el inconsciente anhelábamos. Puede ocurrirte lo mismo hoy. No lo sabes, usa tu inteligencia. Porque lo que aquí está en juego es tu seguridad y yo me la he jugado porque a ti no te pase nada. Pienso que podrías ser uno de nosotros, uno de los hombres libres y no de aquéllos... que nacieron, viven y morirán en la esclavitud.

—Libertad. Esclavitud. ¿Quién dijo que usted es libre?

—Tengo todo lo que quiero —replicó de inmediato Hinojosa—.

—¿Y el resto de su vida?

—Números, cifras, ecuaciones, símbolos... no me falta nada, voy adonde me da la gana. Poseo todos los bienes que un hombre quisiera.

—No hay hombres en sus números y ecuaciones, ¿verdad Hinojosa?

—No. Los hombres son innecesarios. Números es lo que se necesita, proporciones que den una idea de cómo se mueve esa masa idiota, sin pensamientos, sin conceptos. ¡Dales un pensamiento de valor y verás cómo te lo aplastan!

Ese diálogo de sordo no tenía sentido —pensó John. Sabía que cuando los errores son asumidos como convicciones, yacen impermeabilizados en la cabeza de quienes los asumen como propios. Esto le ocurría a Hinojosa,

así como a todos los miles, millones de ignorantes que se aferran a su ignorancia, porque sienten que es lo único que tienen. Es posible que Hinojosa tuviera razón en una cosa: la testarudez humana termina por oscurecer toda capacidad del individuo, incluso la de iluminar espacios de verdad cuando ya no le interesa la verdad, sino el ciego resplandor de lo burdo. Así como se ama la belleza, también se decide querer lo horrible. Es más cómodo para los débiles mentales, querer lo que ya son, antes que sacrificarse para alcanzar perfecciones que requieren arduo trabajo. El futuro se halla siempre lejano para aquel que no lo avizora en la intensidad del presente. Así, la masa ignorante, los *hijos de la ceguera* son la base en la cual descansa la riqueza y el poder, pero a la vez, este oscurantismo es la negación y el debilitamiento de la civilización como creación humana, y de la cultura del arte como máxima expresión de su acervo espiritual.

Hinojosa dejó entrever su superioridad, manifestando una sonrisa medida, cuidadosamente estudiada.

—Te lo tomas muy en serio, nadie hace algo sin que nosotros lo sepamos. Tú y yo sabemos que se es dueño del propio destino, si es que tienes una interpretación válida de la realidad del mundo que te rodea, si es que piensas. ¡Únete a nosotros!

John vio cómo los muros, los muebles, el piso, el rostro de Hinojosa, hasta sus propias manos, adquirirían un tinte carmesí. Contuvo la respiración y dirigió su vista a través del ventanal. Bajo el cielo rosáceo, el horizonte contenía un estallido, una perla rubí que era el sol a esa hora en que declina la luz.

Pensó para sí, que había llegado la hora de indagar, entonces preguntó:

—¿Por qué me querría usted en la Organización?

—Por tu inteligencia —contestó de inmediato

Hinojosa—, llegarías a ser un buen líder.

John cerró un tanto sus ojos y dijo:

—La masa no sigue a los seres inteligentes, el mejor de los tontos, llega a ser el perfecto líder. Por el contrario, a quien es inteligente, esa masa le tiene envidia, lo ve como su enemigo. La masa sólo sigue a los idiotas, la historia está llena de ejemplos. En su inseguridad, prefiere a los similares, es un modo de mantener la esperanza de alcanzar lo que sus líderes alcanzaron.

—Al fin comienzas a razonar en la dirección correcta —celebró Hinojosa—.

—¡No estoy de acuerdo! —interrumpió con violencia John—.

—Oh, qué pena —dijo con ironía Hinojosa—.

—Pueden controlar todo y ahí está lo terrible, nadie podrá equivocarse, porque hasta el más mínimo de sus errores quedará registrado.

—De eso se trata —confirmó Hinojosa—.

—Allí está el mal —contestó John—. Si alguien se arrepiente, de nada le servirá, porque sus faltas seguirán grabadas en la memoria de la computadora, se eliminará el perdón, y la raza humana caminará como una ciega, creyendo que ha alcanzado su perfección cuando en verdad habrá hallado su destrucción.

—Tú decides.

Hinojosa había extendido su palma derecha con ambigüedad, porque parecía señalar la puerta y, a la vez, parecía invitar a estrecharla. El hombre moreno caminó precipitado hasta la salida, giró la manija y luego la puerta, y se erigió como un perfecto botones.

John miró a Hinojosa, volteó hacia el umbral y se alejó con ritmo seguro, en silencio, como si miles de pensamientos orbitaran su cabeza.

BAJO LA SOMBRA DE LA *BESTIA*

La desgracia cae sobre el que se rebela, por eso debes doblar la espalda ante el poder.

Axioma del Antiguo Egipto

Las conversaciones largas tenían el sabor de la agonía. Sí, las palabras cuando no sienten, las palabras cuando no dicen, las palabras cuando no son el reflejo del amor, son cuchillos ardientes que demuelen la voluntad de los actores en el triste diálogo al sometimiento.

Porque ¿qué es un hombre que tiene su tiempo para no tenerlo? ¿Qué sentido habita en el tener el tiempo para otros y no para sí? ¿Qué sentido tiene que alguien trabaje, gane dinero y lo obtenga para inmediatamente gastarlo? ¿Qué sentido tiene que el dinero viniese a pagar deudas para luego quedar como antes, sin nada, sin vacío si quiera?

Quizás la naturaleza del hombre ha sido siempre el no tener, quizás si lo único que siempre ha debido tener es a sí mismo y porque cuando no se tiene a sí mismo, nada es, y, por tanto, nada tiene. El hombre es un ser desnudo, una

fuerza convulsionada por la ilusión, porque el tener ¿qué otra cosa es sino la ilusión misma? Un hombre muere y vive para siempre en el espacio limitado de una tumba, allí sólo cabe su corrompida humanidad: un par de huesos y un montón de carne que se disuelve en el mismo tiempo que no tuvo. ¿Qué se lleva ese hombre que murió? Se lleva sus lágrimas, su amor, la libertad que respiró o, si no supo vivir, la frustración de no haber sido el que era, la pena de no haber amado, el desengaño al saber que la vida estaba en lo que su corazón siente y no en lo que su cuerpo quería tener para sí. Porque el cuerpo se pudre en la soledad del festín de los gusanos, en cambio el alma es incorruptible, el corazón es incorruptible y existe para siempre en la memoria del universo.

Es todo lo que un corazón ha sido lo que prevalece, por eso grita ¡yo quiero amar! ¡amar toda la angustia, todo el odio, porque sólo amando, la oscuridad se vuelve luz! La lluvia de imágenes que recibe el hombre a lo largo de su efímera existencia, la lluvia de sentires, una daga de hielo clavando su orgullo o una espina de fuego entrando por su piel de dios imaginario, el hambre que corta el aliento de su débil carne, no hacen sino señalar que el amor y sólo el amor es el camino, sólo el amor es la señal de su verdadera libertad, sólo el amor es el océano y la genuina laguna que a su alma espera, para convertirla en la luz que florece en la sonrisa de cada flor, en cada amanecer y en cada primavera.

Aquella mañana John había ido a la Biblioteca Nacional. Pero sus investigaciones se interrumpían ante el peso de sus evocaciones, ante el ir y venir de imágenes que eran como relojes invisibles. Cuando niño, en Summerhill, Neill le había recalcado que los pensamientos son puentes que unen los extremos de los

abismos de la ignorancia. Justamente, esa capacidad de inferencia y de resolver los problemas más arduos de la realidad práctica y cotidiana, y de la realidad que proviene del pensamiento, es la que permitió el avance continuo del hombre hacia formas más evolucionadas que lo acercasen a esas estrellas que tanto admira y a las cuales tanto ansía volver.

Aquella mañana bailaba la confusión por entre las neuronas de John, una bandada de ideas que se amontonan como enjambres, con el solo destino de inundar el alma de dudas y extraños presentimientos. Subió las escaleras con la prisa y la presión de una ansiedad que no se aclaraba en su intelecto; cruzó el pasillo con la fluidez de quien se lanza por un resbalín, sin pensar, sin resolver el nudo que, en la garganta, explora la fortaleza de la vida que no quiere ceder ante el ahogo de la muerte. Se enfrentó a la puerta con la adustez de lo inevitable e introdujo la llave y la giró con la convicción del único destino posible. Abrió y entró sonámbulo. Su pie derecho expulsó hacia adelante el sobre. Lo miró con recelo, pero de inmediato se agachó para recogerlo. Era un telegrama. Fue hasta la ventana y corrió las cortinas para que penetrase la luz. El cielo se escondía tras una cadena de nubes. Sin embargo, la luz tenía la magia de iluminar con fuerza desconocida, con un solo rayo blanco que inundaba las esquinas y las hendiduras de la ciudad. Sin soltarlo de su mano izquierda, se acomodó en la silla al frente de la computadora y al escritorio que acompañaba sus horas de creación, tomó el abrecartas y lo deslizó por uno de los lados del sobre, con suavidad, como presintiendo una desgracia, como no queriendo saber qué decía. Sacó la hoja del interior y la leyó: «*Ruego no enviar más colaboraciones. Contrato cerrado. Tío Benjamín.*»

Los ojos de John se dilataron como si quisiesen

acopiar para sí toda la luz posible o extraer todo el aire de ese espacio. Desde ahora su vida cambiaría, tendría que pensar en algo que le proporcionase el dinero para sobrevivir, para escribir y terminar su obra. ¿Qué habría ocurrido? Mejor sería llamar. Antes que lucubrar complejas hipótesis, mejor sería llamar. Levantó el auricular y marcó el número. Dudó un instante, cortó la comunicación cuando comenzaba a transmitir los sonidos de conexión. Miró la hora, 13:20, en Londres estaría cayendo la tarde y el beso de la noche se acercaría. Volvió a introducir los números por el aparato y esperó con impaciencia el tono de marcar.

—Aló. Estoy llamando desde Chile, ¿se encuentra *míster Schaler*?

—¿Chile? —contestó del otro lado la secretaria— ¿a qué se dedica su empresa?

De súbito John sintió un nuevo malestar en su alma, pero recobró las fuerzas:

—Soy John Spencer, corresponsal en Chile... Chile es un país ubicado en Sudamérica, quiero hablar con Benjamín Schaler.

—¿Señor Spencer? Sí, sí, Sudamérica, ¿cuándo se cambió usted de empresa? Veré si está disponible *míster Schaler*...

John percibió como un airecillo que rodeaba su rostro, un pequeño alivio, aunque los segundos se convirtieron en largas eternidades, al fin pudo oír la voz de la secretaria:

—¿Señor Spencer?

—Sí, diga...

—*Míster Schaler* dice que le deje recado, que no lo puede atender.

John vio ante sí anchos templos calcinados, la sombra de las almas que revolotean por el mundo sembrando copas de maldición como si fueran ángeles.

—¿Señor Spencer?...

—Claro, sí, aquí estoy... dígame que recibí su telegrama.

—Muy bien, yo le diré. Hasta luego...

Dejó caer el teléfono con redes de vacío en su corazón, ¿qué más podría decir o pensar, qué más creer? ¿Se confirmaba su sospecha? ¿Conocería tío Benjamín su conversación con Hinojosa? ¿Sería así?

No obstante, se dijo para sí que nada lo detendría, que la verdad está por encima de toda falsedad, aunque haya mil demonios confundiendo a los ángeles de la luz, aunque tuviese que estropear su cuerpo, ante todo está el alma y su destino es el sol desde el cual nace.

Durante la semana siguiente, John se dedicó a buscar un sustituto para su trabajo perdido. Nada dio resultado, pudo entonces sentir el desamparo y la impotencia de querer avanzar sin conseguirlo. Se vio a sí mismo encadenado a los grilletes del destino pero ¿cuál sería el suyo? ¿vagar por un país extraño sin resolver aquello que al fin le había dado el sentido a su vida? Comprendió que si su alma entendía el qué ocurría en una sociedad enceguecida por el consumismo, que si aprehendía lo que su corazón buscaba, nada podría detenerlo, ni siquiera la ambigüedad de algunas amistades, ni las serpientes que desde las sombras se visten con las formas de las palabras y comienzan a devorarlo todo, incluso la sonrisa de los niños. La luz a su angustia llegó desde Diana, quien era un nuevo amanecer. Comenzaba a sentir fuerzas renovadas en su corazón, ya no el fuego fútil y explosivo de la pasión, sino la profundidad de los espejos que habitan en la vejez del corazón. Cierta noche llegó a su departamento y le dijo:

—¿Te dejarás derrumbar por la sombra invisible de intenciones que no conoces?

John la quedó mirando. No era usual que ella empleara semejante lenguaje, pero quizás significase que ella empezaba a crecer en los ríos interiores de su propio espíritu. ¿Lo habría alcanzado? En la antigüedad las mujeres fueron profetisas, casi diosas que predecían el mañana con la exactitud de una hoja que cae sobre la corriente de un riachuelo y continúa su letargo hasta perderse en la inmensidad del océano. Las mujeres, que traen en su entraña la perennidad de la vida, vivían en torno a su potencia cósmica y mágica, con la eternidad que es inherente a su propia naturaleza.

Diana peregrinó desde una infancia de pobreza en su lejana Temuco, hasta la dureza de una ciudad capital, Santiago, que le permitió estudiar con el duro costo de convertirse a la prostitución. «*Es pasajero, ¿qué otra cosa podía hacer?*», le había dicho ella. Así, hombre tras hombre fue acumulando el conocimiento en su intelecto y la angustia en su alma, en su cuerpo. Sin embargo, ella poseía mucho amor en sí, pero no lograba resolver el conflicto que afloraba en sus momentos de soledad.

—John, escúchame, no siempre la vida es como la pensamos, lo que interesa es que puedas terminar tu trabajo.

Guardó silencio, él sabía que a veces hay que perder para poder ganar, sabía que a veces la luz se escondía y había que seducirla con indiferencia y sutileza.

Después de ese diálogo, John esperó otros tres días. No visitó amiga o amigo, se encerró en su cabeza y por momentos arrojó algunas palabras a la computadora. Al tercer día se decidió. La noche había caído. Se internó por calles embobecidas por las luces nocturnas, por el paso de los automóviles y las personas. Al llegar a una esquina se le acercó un tipo: «*¿Sauna amigo? Tenemos buenas mujeres. Todas vírgenes*». Y tras la sonrisa pícara, la mirada

escrutadora: «¡Venga! ¡Aquí le sacamos todas las penas!»

Las doce cuadras se hicieron breves. Entró al *TÁMESIS* y preguntó por Diana. Ella vino enseguida, conversó unas breves palabras y se dirigió al dueño que —según decía él— pernoctaba con los ojos abiertos para cuidar a las *musas* de la única noche, la de su club nocturno. John pudo ver cómo asintió varias veces con su cabeza ante la voz y los gestos con las manos de Diana. De pronto se puso de pie y se acercó al *gringo*, que era como lo denominaba:

—Vaya, ¿usted por aquí mi *lord*?

John se sintió un tanto incómodo.

—Sí, ya sabe, la vida...

—No se preocupe, sospechaba que algún día seríamos socios —le expresó el dueño para conformarlo—. Puede empezar por las copas, ¿sabe lavar copas?

—*Yes*.

El dueño sonrió junto con John y regresó a su aposento, en medio de la oscuridad, tras de la barra y apegado al bar. Antes le dijo:

—Usted ya sabe que es su casa, no me sorprende que quiera conocerla de distintas formas.

John volvió a sonreír.

Desde entonces trabajó noche tras noche, con excepción del domingo, el cual eligió para el descanso. Escribió poco, durmió peor y aunque comía *a piacere*, su vida perdió el sentido, llenándose de preguntas y de vacíos en los cuales cabían muchas respuestas, ninguna certeza.

Sin embargo, y, a pesar de su silencio, Elisa pareció no olvidarlo. El jueves por la tarde, el teléfono sonó con insistencia. John desconectó la grabadora y contestó:

—Diga...

—John, soy Elisa...

—¡Elisa! ¡Qué alegría oírte!

- John, ¡por favor!, necesito hablar contigo.
- Vente al departamento de inmediato, ¿dónde estás?
- En una hora más, tendría que ser en una hora más.
- Está bien, te espero.
- Adiós.
- Hasta pronto.

Ordenó la mesita, extendió la cama por si acaso y se dispuso a esperar. A las 20, John miró el reloj y se sentó complacido a leer la *Newsweek*. Se detuvo en un artículo sobre Sadam Hussein y el supuesto establecimiento de fábricas de armas químicas. Reflexionó en lo terrible de aquello y leyó las treinta páginas de información referidas al tema. Cuando terminó, volvió a ver la hora: 20 horas con 20. En diez minutos más tendría que irse a trabajar, pero se extrañó de la falta de puntualidad de Elisa. Se sintió ofendido, así es que tomó su chaqueta de cuero, se la puso y se encaminó al *TÁMESIS*.

Mientras preparaba los primeros tragos de la jornada, no dejó de pensar en Elisa. ¿Cuál sería su destino si hubiese estrechado su relación con ella? ¿Lo habría llamado Hinojosa para sostener esa conversación tan extraña? Esos pensamientos se alternaban con los de su nueva realidad; llegó como un simple lavacopas y en quince días ya estaba a cargo de los tragos. Influyó la circunstancia que el *barman* recibió un muy buen ofrecimiento, con mejor sueldo, por aquellos días, pero si él no hubiese sabido las fórmulas mágicas, estaba claro que no habría sido el elegido.

Miró el reloj de pulsera: 22 horas. Se dispuso a atravesar una noche larga. Preparó unos whisky, tan familiares para él y los puso en la barra haciéndole una señal a la moza para que se los llevase. A través del humo y de las luces mortecinas, distinguió la silueta de una mujer que insistía una y otra vez en entrar, al menos eso parecía. El

botones volteó el rostro y le indicó con el dedo en dirección a la barra. La mujer se encaminó hasta el bar, zigzagueando entre las mesas que, a esa hora, ya tenían algunas parejas de recién conocidos y de algunos viejos amores de dinero sonante. Al acercarse, John pudo distinguir la figura:

—¡Elisa! ¿Cómo supiste que estoy aquí? Te esperé más de media hora.

Elisa miró a su alrededor y lo miró con fijeza:

—Tuve una discusión con mi padre.

—¿Cómo supiste que estoy aquí? —insistió John—.

Me alegra verte.

No hubo abrazo, ni beso. Elisa se apuró a decirle:

—Quiero hablar contigo.

—Aquí me tienes —John lo dijo con cierta ironía y abrió sus brazos—, ¿no te gusta el lugar?

—John, tus padres fallecieron en un accidente.

Sus brazos cayeron con la lentitud de una pluma absorbida por el vacío, pero aún con alguna esperanza preguntó:

—¿Cómo lo supiste?

—Llamó George. Pasado mañana los entierran en Aldeborough.

La respuesta de Elisa había sido instantánea. El rostro de John comenzó a contorsionarse, al tiempo que de él manaba lágrimas. En ese momento llegó Diana, clavó sus negros ojos en los azules de Elisa y al ver a John:

—¿Qué ocurre? ¡John! ¡dímelo!

La voz recta de John, la voz firme, la voz que tenía sólidas raíces en la convicción, se quebró para decirle:

—Mis padres fallecieron, Elisa me lo vino a contar.

Diana lo abrazó con devoción. Por sobre el hombro de ella, Elisa pudo ver el rostro de John y sus labios cuando decían:

—¿Qué voy a hacer? Estoy tan lejos de su última despedida...

Antes que Diana hablase, Elisa dijo:

—Mi padre puso un pasaje.

Y en un gesto como automático le alargó los boletos de avión que John tomó sin dudar. Diana, entonces, giró su rostro y se dirigió a Elisa:

—Gracias, pero ya tiene quien lo consuele.

—Ya veo.

Elisa se dio media vuelta y cuando había dado un paso, se volteó para decirle a John:

—Que tengas buen viaje.

John quiso agradecerle, decirle algo más, como que después le devolvería el dinero, pero la fuerza de las circunstancias se lo impidió. Sólo vio a Elisa transformándose en una difusa imagen de humo y oscuridad, que se alejaba.

Diana lo llevó hasta el camarín, preparó un café y se lo sirvió. John no paró de llorar. Ella le dijo:

—No pienses tanto. Ya habrá tiempo de pensar.

Cuando miró el boleto, él vio con sorpresa que el vuelo salía esa misma madrugada. Miró el reloj, ya eran las 23. Sólo disponía de una hora.

EL INFORME CONFIDENCIAL

John se trasladó a Aldeborough la misma noche de su arribo a Londres. El tren de la madrugada parecía internarse en el túnel de niebla, el cual se interrumpió a la mitad del camino con la lluvia que insistió en recibirlo. Luego, lo de siempre, el saludo casi protocolar con los familiares a quienes no se les ve hace bastante tiempo, pero que ante el deceso de un pariente inician una especie de peregrinación porque, después de todo, un muerto es como un tótem de fuerza centrípeta, que reúne al clan disperso.

Aldeborough le pareció casi lo mismo que la última vez, quizás un tanto más oscura, sin saber si aquello se debía a la lluvia, a la fuerza emergente del amanecer o a las sombras que se anudaban en su alma. Con el mismo silencio con que llegó, emprendió el regreso. Comprendió que el suyo era un camino vigilado por serpientes, por verdes serpientes que se encandilan con el poder y huyen del amor, como huye la oscuridad de la luz. Al fin se convenció de que no podía ser otro el camino. Albert, su hermano, ya se había encargado de revelarle sus sospechas, las mismas que instaron a la policía a barajar la hipótesis de un homicidio: al revisar los frenos y la dirección, unos misteriosos cortes

parecieron anteceder a las fisuras que abrieron el infierno, como lo es toda muerte no esperada, no predicha, no establecida por la naturaleza misma. Su padre sólo tuvo la opción de estrellarse contra algo o desbarrancarse. Lo demás vino solo, la sangre y el vértigo furioso que clava el vacío en la consciencia, sin que la voluntad pueda sujetar la daga, detenerla, voltearla para que a sí misma se hienda el vacío que trae. Porque su padre había agonizado algunos minutos, en tanto que su madre se hundió en la eternidad sin que alcanzase a pensarlo, sin que siquiera abriese los ojos de nuevo para verlo.

A William Spencer no se le conocían deudas, ni se tenía antecedentes que indicasen que pertenecía a alguna organización que lo quisiese ajusticiar. Cuando recordaba las circunstancias, John bañaba en lágrimas su rostro y se decía a sí mismo que nada lo detendría. Ahora comprendía que el único a eliminar era él: primero querrían su alma, luego su cuerpo, sólo variaría la piedra del sacrificio. Lloraba, lloraba a cada instante, John se sentía culpable, convencido que ese maldito accidente era un aviso. No obstante, quienes lo asechaban no lo conocían, esto pensaba John, porque él no estaba hecho para la muerte y la eliminación de sus progenitores, de su origen terrenal, lo impulsaban a crear raíces nuevas. Porque ahora sólo podía creer en la verdad develada por la mano del tiempo, la cual viene abriendo los sellos desde hace siglos. La hora postrera había llegado. Chile sería su tierra nueva; escarbar en los anales ocultos del poder omnímodo, absoluto, del nuevo orden, la casa en la cual se ampararía su pensamiento. Se lo dijo a su hermano Albert, quien le extendió las libras esterlinas necesarias para su regreso y para su manutención en las tierras australes, con el objeto de cumplir con su trabajo, con su misión, con desatar el nudo gordiano y

establecer el nuevo impulso de la sangre y de la fe.

Tendido a la sombra de un manzano, John vio cómo una mariposa atravesó por el campo y se perdió en el horizonte serpenteando sobre el agua cristalina del río. El prado era invitación abierta a la inmensidad de la luz. *«Es como regresar al origen»* —pensó—. El sol fino cayó sobre la hierba, puso su mano sobre los párpados de él y lo sumió en un renovado sueño.

Despertó: *«qué hermoso»* —pensó para sí—, sintió que regresaba a la inocencia, y detuvo su reflexión en el prado, en el río, en el azul intenso del cielo. *«Extraño mundo aquel»* y se acomodó en el asiento del avión.

Una voz de mujer anunció que en pocos minutos se posarían sobre la losa del aeropuerto Arturo Merino Benítez. Los pasajeros se ciñeron el cinturón de seguridad. John sonrió, esta vez volvería a soñar, pero con el valle que siempre vivió en él, *«son mejores los sueños que superviven en el corazón»* —se dijo, y se apoyó en la cabecera.

Después de los trámites, se encontró a la salida de Policía Internacional, con los insondables ojos de Diana. Ella había cambiado la percepción de sus sentidos. Besos y abrazos expulsaron a las palabras.

El trayecto al centro de la ciudad le pareció más interesante. Los colores parecían moverse y compartían su agilidad con árboles y prados. El automóvil avanzaba como por un túnel de imágenes. De pronto, Diana interrumpió la placidez de sus pensamientos y le dijo:

—Me preguntaba el otro día: ¿Qué hace un hombre tan lejos de su tierra?

John no andaba de buen humor y hasta le pareció desatinada esa pregunta porque, ¿qué era aquello? ¿un recibimiento? ¿un deshonor? Sólo se limitó a decir:

—Lo mismo que otro que está cerca... —hizo una pausa y siguió— soñar.

—No es a eso a lo que me refiero —replicó Diana llevándose la mano derecha a los labios—.

John suspiró hondísimo y perdió su vista en el azul que, a esa hora, comenzaba a verse comprometido por una caravana de nubes.

—Vamos, no tiene importancia, ¿qué te parece si hablamos de otra cosa? ¿de esas nubes o del esmog de Santiago? ¿Qué pasa John?

—Nada.

—¿Nada? Siempre dices «*nada*», ¿no se te ocurre contestar algo más ágil? Por ejemplo, ¿todo?

Ambos rieron.

—¿Has podido reflexionar acerca de tu libro? Sé lo difícil que es superar la dureza de lo que ahora sientes.

John miró por la ventana y siguió con su vista la altura de unos álamos, como si por ellos quisiese encaramarse al cielo. Después de unos segundos de silencio contestó:

—Cuando uno nace, cuando se es niño, nos desvelamos por el amor que tenemos a nuestros padres. Luego viene la adolescencia y, de pronto, nuestro mundo gira en torno a una mujer, hasta que nos desprendemos de las ropas de las costumbres y de los roles sociales y arribamos a la madurez, cuando entonces comprendemos que nuestro amor entero está para ser entregado a la verdad.

Diana se acomodó en el asiento. John bajó la vista, giró su cabeza hacia ella y le clavó sus ojos, como si recién ellos hubiesen robado al cielo su ser, y le dijo:

—Ya sé que te preguntarás qué es la verdad.

Volvió a mirar hacia arriba, pero volvió con sus ojos hasta la mirada de Diana:

—La buscas en cada sitio, recorres el mundo, saltas

la inmensidad de los océanos, escarbas en la majestuosidad de las montañas, te dejas envolver por la casi infinita longitud de los ríos, llegas agobiado a tu casa después de años de soledad y de cansancio, te miras al espejo y descubres que en tu pecho hay un sitio que nunca visitaste... tu corazón...

John derramó algunas lágrimas, pero mantuvo la fortaleza de su mirada:

—... tu corazón... la verdad siempre estuvo en ti y no te atreviste a golpear tu propia puerta... ¿lo comprendes?...

Diana asintió con su cabeza. John continuó:

—Quizás ha sido necesario que dos vidas se derramen en la tierra para que renazcan otras flores.

John siguió llorando, esta vez el cielo estaba lejano, los álamos ya habían quedado atrás y a través de la ventana divisaba edificios grises que no tenían el encanto de los árboles. Por esas moles de cemento uno podía tropezar, en el verano, con la siquis de la gente, cuantas veces escalase uno un piso o una ventana o una cabeza, por lo que era un tortuoso camino al cielo, pero al cielo gris de la ciudad, no al cielo cielo del cielo. Diana llevó la cabeza de él hasta su hombro y lo acarició.

El departamento de John había quedado bajo el yugo del caos, y así lo vieron al entrar. Diana encendió la cocinilla para preparar unas tortillas, mientras John fue a la habitación para tirar sobre la cama, la ropa que lo acompañó. Cuando regresó hasta donde se encontraba ella, Diana le dijo:

—¿Volverás al Club? Necesitarás más que nunca del trabajo o ¿arreglaste con tu tío el seguir escribiendo en el diario?

—No.

—¿No volverás? —Diana se volteó sorprendida—.

—Quiero decir que no, que no vi a tío Benjamín. Además sería inútil, es imposible que yo publique si quiera una letra en su periódico.

—Entonces ¿volverás al Club? —insistió Diana—.

John se quedó pensativo por un instante, con las manos en el bolsillo del pantalón y con el mentón elevado, como si buscara tensar el cuello. Al ver que Diana volteaba de nuevo, contestó:

—No quisiera. Trataré de emplear mi tiempo en escribir el libro, en terminarlo, pero tendré que hallar la forma de acortar mis gastos.

Diana sintió que un río de agua fría, helada, atravesaba entre ambos. Pero intuyó de inmediato la forma de no perderlo, así es que le propuso:

—Vente a vivir conmigo. ¿Qué te parece?

John, sin mover su cabeza, elevó sus ojos, por lo que Diana se apresuró a decirle:

—Así *acortarás tus gastos*. A mi *Carl* no le molestará. No es celoso.

John sonrió. Desde aquella trágica llegada, Diana lo vio por primera vez salir de ese estado casi hipnótico, de la tristeza. Ya no derramó lágrimas, sino deseos de vivir; aunque fuese por un instante, el río era ahora una corriente cálida.

—Me parece buena idea —contestó John—. Mi soledad será tan intensa ahora —su rostro se ensombreció—. Será mejor —le dijo con más calma—. Tú eres lo único que tengo —agregó—.

Todo era cuestión de tiempo, y de un tiempo breve. Comieron las tortillas y bebieron los cafés, entre arrumacos y miradas coquetas. «*Necesitarás descansar*», fue una de las últimas cosas que le habló aquel día Diana, así es que se

alejó con la convicción de que John sería sólo para ella.

Aquel día John durmió, no hizo otra cosa que no fuese dormir, porque dormir permite olvidar, aunque sea por un momento, las dagas y las espinas que están clavadas en el alma. Es como si la consciencia muriese y no quedase entre nosotros otra cosa que no fuese la nada. La reinscripción en la realidad, es un golpe más poderoso que el de los párpados contra el aire que nos envuelve. Es como si de pronto nos arrojasen todo el mundo dentro de nosotros, ese mundo que es una parte de la oscuridad que es descubierta cuando recordamos lo que dormimos.

John buscaba, John quería encontrar dentro de sí, lo que afuera siempre se veía imposible: estar cara a cara con la verdad, estar cara a cara con el juez de sus acciones, estar cara a cara consigo mismo. Para ello faltaba y bastante, porque un hombre que no se ha vencido, que no ha sido capaz de superar su egoísmo y todas sus pequeñeces, no puede convertirse en juez de sí mismo y, quien no es juez de sí mismo, no tiene juez, y quien no tiene juez vaga por la nada, que no es otra cosa que la muerte de vivir como en una eternidad, el vagar de una estación a otra, sin que haya estaciones ni tiempo. ¿Qué es la verdad entonces?, se preguntaba John, y una y otra vez se contestaba que dormir sin soñar, porque el sueño que sobrevive en el inconsciente es siempre un deseo insaciado, no una virtud o una perfección por alcanzar, que es la verdadera plenitud del que sueña con el alma y los ojos abiertos.

Después de veinticuatro horas de agonía vital, John abrió los ojos pensando que era una primera vez, porque después de cada noche, después de cada muerte experimentada, el hombre despierta como si naciese.

Dispuso el papel en el escritorio, tomó un lápiz y

escribió:

Santiago de Chile, noviembre 18 de 1997

Querido Albert:

Unas breves palabras para ti, de agradecimiento, por tu mano generosa. Ahora que la soledad nos embarga, ahora que la boca del abismo se abre queriendo devorarnos, tu mano extendida hacia mí, es un aliento poderoso.

Por cierto, no ha dejado de ser una sorpresa, puesto que, hasta ahora, habían prevalecido nuestras diferencias. Por ello, pensé que no comprenderías mi mundo, este modo de ser tan alejado del tuyo, esta búsqueda insaciable.

Gracias al dinero que me diste, podré terminar esta obra, que será también tuya. Tan iluminadora o tan angustiante para quienes no tengan el coraje de corregir su rumbo.

Con afecto, John

Dobló la hoja. La desdobló. Repasó lo escrito y volvió a doblarla y la puso en el sobre. Humedeció con su lengua la goma y lo selló. En el anverso escribió la dirección y dejó la carta sobre la computadora para no olvidarse de ella.

En ese momento recordó la grabadora. Se puso de pie con la lentitud de un elefante. Dirigió sus pasos hasta la mesita. Presionó un botón. *Three, two, one, «John, habla Elisa, si regresas llámame con urgencia. Gracias»; Three, two, one, «John, habla Elisa, necesito hablar urgente contigo, por favor llámame.»; Three, two, one, «John, ¡llámame por favor!»* Los mensajes se repetían en distintos días y horarios. El último, del día anterior, mientras dormía.

¿Qué querría decirle?

El timbre del teléfono interrumpió su divagar.

—Aló.

—¡John!, te habla Elisa.

—Elisa, recién he oído en la grabadora tus mensajes...

—Sí... sí, claro...

—Te iba a llamar ahora.

—Quiero verte John. Tengo un material importante, que quizás sea imprescindible para ti.

—¿En serio? ¿de qué se trata?

—No te lo puedo decir por teléfono, pero juntémonos y te lo entrego, lo tengo para ti, sólo para ti.

—Está bien, ¿podrías ir al *Colonia* esta noche?...

—No. El domingo. A las siete de la tarde, en la *Catedral*...

—¿En la *Catedral*?

—Es mejor en la misa, otro sitio podría ser peligroso, estaré en el decimotercer banco a la derecha, frente al ara de la nave central.

—Está bien, ahí estaré.

—Haz cuenta que te daré algo así como un santasantórum. Adiós, John.

—Adiós.

Aquel domingo John cruzó la plaza de Armas con la intriga atravesada en su garganta como una espada. Sin embargo, ello no evitó el que se atrasara. En el interior de la iglesia, Elisa ya repetía como un acto mecánico el mirar una y otra vez su reloj de pulsera y el cambiarse el blanco sobre desde la mano izquierda a la derecha, desde la derecha a la izquierda.

Seguido por la multitud, el sacerdote comenzó a orar:

—*Pater noster qui es in caelis; Sanctificétur nomen*

tuum...

Elisa movió sus labios y volvió a mirar su reloj. John se enfrentó a los portones de madera con la misma devoción del profano de su sueño.

—*Advéniat regnum tuum...*

Sólo que esta vez no había anciano en posición de loto y entre luces mortecinas de cirios. Por el costado derecho se dirigió hasta quedar en posición paralela a la primera fila. La Catedral estaba llena en la parte central y en los costados.

—*Fiat volúntas tua, sicut in cælo, et in terra...*

Retrocedió contando con rapidez hasta la fila trece.

—*Panem nostrum quotidianum da nobis hódie: Et dimitte nobis débito nostra, sicut et nos dimittimus debitóribus nostris....*

Elisa estaba en el extremo con un vestido completo de un suave color amarillo. Abriéndose paso entre la gente y sus miradas reprobatorias, se acercó a ella y delicadamente tocó sus dedos. Elisa se volteó con una sonrisa breve y le entregó el sobre tamaño folio.

—*Et ne nos indúcas in tentatiónem. Sed libera nos a malo.*

John no supo si quedarse, pero optó rápidamente por retirarse con el mismo sigilo con el cual entró.

—*Amén.*

«*Amén*» repitió toda la gente; «*Amén*» repitió John en su mente.

Al salir, el cielo se había nublado y una tímida lluvia comenzaba. Comenzó a correr, tratando de superar el temor de que esos papeles se mojaran sin que antes pudiese verlos. Se los acomodó bajo el chaleco. Los minutos desde la *Catedral* hasta su casa, se le hicieron eternos, pero se vio favorecido por algunas interrupciones de esa agua que más

bien parecía un soplo divino para limpiarlo.

No alcanzó a acomodarse al escritorio, cuando su mano ya había rasgado uno de los extremos del sobre. Parecía que se resistía, porque no pudo continuar abriéndolo en línea recta, así es que lo rasgó con cierta rabia el sobre hasta dejar desnudos ante su vista los papeles. Leyó: *«República de Chile. Ministerio de Planes»* y con tinta roja el rótulo de *«CONFIDENCIAL»*.

Se tomó un respiro y continuó observando: *«Imposición del 666 en la nueva cédula de identidad de la República de Chile»*.

Después de leer el título se rascó la cabeza y respiró con profundidad. Miró al costado derecho de la hoja:

«De : Ministro de Planes.

A : S. E. el Presidente de la República».

Luego se dispuso a leer el texto, del cual fue extractando en su mente, algunas partes que le parecieron fundamentales: *«Considerando que el Nuevo Orden Mundial es inminente y que las potencias del mundo ya impartieron las instrucciones pertinentes para que el plan que lo sustenta se aplique en todas sus partes; Considerando que la Nación no puede ni debe aislarse de la economía mundial, por cuanto de no ser así, se arriesgaría a llevar a la población a los niveles del hambre que tienen los países que están fuera del Plan; Considerando que el Poder Central valora los gestos de condescendencia y de buena voluntad expresados en acciones concretas; Es necesario implementar a la brevedad el código de barras que contiene el número único en todo el mundo, otorgado para cada ciudadano de la República. Este número sólo será legible por el sistema láser y sólo podrían interpretarlo quienes conozcan las equivalencias entre las barras y los números respectivos.*

Por la naturaleza del sistema (un número único en todo el mundo para cada ciudadano residente en los países pertenecientes al Nuevo Orden Mundial), el pasaporte será eliminado a la brevedad, lo cual será posible una vez que esté funcionando el sistema interconectado de computadoras, las cuales alimentarán a la gran computadora llamada la Bestia y que sita en Bruselas, capital informática del nuevo Reyno del Anticristo.»

John inclinó su cabeza y se la sujetó con las manos. Entonces fue hasta su habitación y trajo consigo la *Biblia*. La puso apoyada en el pequeño atril y comenzó a buscar hasta detenerse en San Lucas 10: 18-20. Leyó: «*Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo, y nada os podrá hacer daño; pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan, alegráos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos.*»

Con la primera parte sintió una leve angustia, con la segunda, un cierto alivio, como un agua que manaba del nudo atado en su garganta. Observando la *Biblia* abierta, notó un papel de diario que sobresalía apretado entre las primeras páginas. Lo atenazó suavemente con sus dedos y lo sacó a ritmo lento, tratando de no romperlo. Estaba envejecido, amarillado por los años. Abrió un doblez y otro y otro y otro. En la línea superior decía *L'Ami du Clergé, Francia, 8-15 de septiembre de 1922, página 501*. Rememoró el momento en el cual encontró este recorte de la revista gala, guardado en un sobrecito que alguien puso encima de su escritorio en Madrid. Nunca supo quién, porque lo que más le extrañaba era la naturaleza misma del texto. La publicación había sido tomada del libro que J. Kostka editó en 1895, con la transcripción de una *médium* que se contactó con Satanás. John extrajo la página del sobre

y la guardó en la *Biblia de Jerusalén*, justo donde comienza el libro de Ezequiel. Desde entonces pasó muchas veces por esa parte sin tomarle asunto, pero ahora ese texto adquiriría un significado y empezó a leer esa confesión desesperada, con otros ojos:

“Estoy cubriendo el mundo entero de ruinas, lo inundo de sangre y de lágrimas, deformato lo bello, mancho lo puro, derribo lo grande, hago en el mundo todo el mal que puedo hacer, y yo quisiera poder aumentarlo hasta el infinito.

“Yo soy todo odio, todo odio, nada sino odio. Si tú conocieses la profundidad de este odio, la altura y la anchura de este odio, tú tendrías una inteligencia más grande que todas las inteligencias que han existido desde el principio, aunque dichas inteligencias fuesen reunidas en una sola.

“Y más odio más sufro. Mi odio y mis sufrimientos son inmortales como yo. Pues yo no puedo no odiar más, como tampoco no puedo no existir más. Pero lo que aumenta todavía este sufrimiento, lo que multiplica este odio, es que yo sé que soy vencido y que odio inútilmente, y que inútilmente hago tanto mal... ¿Inútilmente? ¡No! ¡no! puesto que tengo la alegría, —si se puede llamarlo alegría— tengo la alegría de matar a las almas por las cuales Él ha derramado su sangre, por la cual Él murió, resucitó, subió a los cielos.

“¡Ah! si hago vana su encarnación y su muerte, las hago vanas para las almas que mato, ¿acaso tú entiendes aquello? ¡matar una alma! Él la creó a su imagen, la hizo a su semejanza, la amó con amor infinito. ¡Para ella ha sido sacrificado! Y yo la tomo, la robo, ¡asesino a esta alma! ¡La condeno conmigo! ¡No la quiero yo a esta alma, la odio soberanamente y la condeno! Ella me prefirió a Él. Y sin embargo, no he descendido del cielo, no he muerto

para ella, yo. ¿Y cómo es posible que yo te diga estas cosas? ¡Tal vez que tú te vas a convertir, tú también? Sin embargo, necesario es que te lo diga. Él me obliga. Se sirve de mí, contra mí, y le tengo siempre delante de los ojos de mi inteligencia...

“Adoraba yo a Dios con tan grandes arrebatos que todos los corazones de sus Santos desfallecerían si los hubiesen sentido tal como los he experimentado yo. ¡Si tú pudieses haber visto esta luz, esta beldad, esta bondad, esta grandeza, esta perfección!

“¿Cómo, pues, he perdido yo todo aquello?... ¡He sido tan feliz, tan feliz, tan feliz! Y ahora soy infeliz eternamente. Y le odio a Él, ah, si tú supieses el odio que tengo para con Él! Le odio a Él, odio su divinidad, su humanidad; odio a sus ángeles, a sus santos, a su Madre, a la Madre sobre todo. Es Ella quien me ha vencido.

“¿Quieres comprender tú cuánto sufro y cuánto odio? Y bien, imagínate que mi odio y mi dolor son iguales a mi amor y a mi felicidad de entonces... Yo, Lucifer, me he cambiado en Satanás, es decir, el que es siempre contrario.

“En este momento tengo en mi pensamiento toda la tierra, todos los pueblos, todos los gobiernos, todas las leyes. Soy el autor de todo el mal que se prepara. No hago nada que no sea contra este hombre, este sacerdote, este anciano: el Papa. ¡Oh si pudiese yo condenar al Papa!... Pero si yo puedo tentar al hombre que es el Papa, no puedo hacerle caer en el error en cuanto es Papa. ¡Si tú comprendieses! El Espíritu Santo está con él para asistirle. El Espíritu Santo impide que diga una herejía, que enseñe una doctrina, aun dudosa, cuando habla en cuanto Papa. ¡Ah, mira, es una cosa extraordinaria, una cosa asombrosa, un Papa!

“Yo también tengo mi Iglesia y acoso a los que no me

siguen. En las persecuciones gano algo, mato algunas almas. ¡Mato a las almas! ¡Almas inmortales! Almas a quienes Él ha redimido en el Calvario... ¡Tan locos son los hombres! Se les compra con un poco de orgullo, un poco de barro, un poco de oro! Al ver todo aquello, ¡sufriría Él si pudiese sufrir! Pero Él no puede sufrir más. ¡No importa! ¡Yo mato a las almas! ¡Mato a las almas! ¡Mato a las almas!...”

No pudo seguir, dejó el recorte a un lado. Aquello tenía demasiado peso de oscuridad. Tanto, como *Las letanías de Satanás*, escritas por Charles Baudelaire.

Decidió llamar a Diana para estar con ella esa noche. Sería mejor que su cabeza se fuese a otros sitios.

LA NOCHE Y EL AMOR

John pensó que aquello era demasiada lectura para él. Un documento confidencial y una declaración de Satanás, ¿por qué habría guardado semejante adefesio verbal? No tuvo una respuesta convincente para sí, simplemente la curiosidad, esa extrañeza de atesorar junto a la luz alguna oscuridad, algo así como una comprobación fehaciente de que la luz existe.

Cuando sintió que su cabeza giraba con pesadez, tal como si un mazazo hubiese encandilado de un golpe sus pensamientos, levantó el teléfono y le pidió a Diana que por favor, aquella noche lo recibiese. Diana reaccionó con estrepitosa alegría, percibible por gritos y risas a través de la línea, pero al enterarse que John se refería a esa noche y no a la ida definitiva de éste a su lar, mesuró su ímpetu y le respondió «por supuesto, te espero».

Después de atravesar las calles que parecían espejos nocturnos, se alzó desde la humedad de ese frío primaveral, a la calidez del hogar de Diana. Subió las escaleras con la impaciencia de un niño, nada con ascensores, quizás por el temor a que el elevador se indispusiera como parte de un plan para jugar con la vida de él mismo. Tampoco quiso

tocar el timbre, se limitó a dar tres golpecitos en la puerta, los cuales se silenciaron con el trueno; afuera comenzaba a llover.

—Hola John, bienvenido a la residencia del mañana —lo recibió con indisimulada alegría Diana—.

—¿Qué quieres decirme con eso? —preguntó con cierta ingenuidad John—.

—Sabes a lo que me refiero, eres un picarón —le contestó ella poniéndole su dedo en la punta de su nariz—.

A la entrada siguieron los labios que, como los cuerpos fundidos en un solo abrazo, se aferraron el uno del otro para crear un beso en torno al cual giraron sus corazones. Después que cada uno se irguió entre suspiros, Diana clavó sus grandes ojos negros en los azules profundos de John, quien sintió que sus secretos más íntimos se desnudaban, los rollos rompían sus sellos y dejaban sus verdades exhalarse como el aroma candente de un incienso.

De pronto, Diana se retiró y reclamó:

—¿Qué ocurre John? Tus besos son extraños.

Él se acomodó sobre el sofá y preguntó:

—¿Y *Carl*?

—Está durmiendo. ¿Qué ocurre? Noté una cierta preocupación cuando llamaste.

—No es nada. Es sólo que he tenido algunas lecturas fuertes, además recién llego del viaje... mi alma no da para tanto... a veces.

Diana se acomodó al lado de John y apoyó su cabeza sobre sus propios brazos.

—Ya sabes. No sólo he escrito, además estuve leyendo y reflexionando acerca de estos últimos tiempos.

—Me gusta que vuelas con rapidez —acotó ella—. Pero me preocupas. ¿Quieres un café?

John asintió con su cabeza. Ella se puso de pie y se

dirigió a la cocina. En todo ese instante, sólo el ruido de las tazas posándose en los platillos, el vapor del agua, la cuchara tocando el borde de la taza, el agua de se arremolina al verterla y una canción tarareada por ella, interrumpió el silencio nocturno: “*The night was black was no use holding back/ cos I just had to see was someone watching me...*”. Al regresar, Diana dejó la bandeja con los cafés, sobre la mesita y posó su mirada sobre la sorprendida vista de él.

Ella entonaba: “*Six, six, six, the number of de beast/ hell and fire was spawned to the released*”.

—¿Qué estás cantando?!

Su tono había sido un tanto rudo. Diana tuvo, entonces, una expresión pálida, pero se rehízo y contestó:

—Es una simple canción de *Iron Maiden*, coterráneos tuyos.

John miró perdidamente hacia su izquierda:

—¿No evadas el tema con sofismas!

—¿No serás tú el sofista? —respondió de inmediato ella. Luego gesticuló abriendo y cerrando sus brazos al tiempo que expresó—:

—Es todo tan cerrado... Dices que todo estará controlado por este poder central, omnímodo, al cual nadie puede escapar, ¿qué esperanza tenemos entonces?... ¿Es posible tanta maldad? ¿Cómo unos simples mortales aspiran a ser como verdaderos dioses...?

—Ahí está el punto central —intervino John—.

Diana lo miró con cierto estupor. John continuó:

—Muchos coinciden al percibir que estamos al final de los tiempos. En verdad, estamos al final de un experimento humano.

Ella lo contempló con aire de duda. Continuó diciendo:

—El hombre clona especies animales y...

John buscó en el bolsillo de su chaquetilla los *Dunhill*, ofreció uno a Diana, quien le hizo una seña con su mano diciéndole que no, tomó el suyo, lo llevó a la boca y lo encendió al tiempo que seguía su idea en voz alta:

—...quizás, en secreto, hasta lo ha hecho con hombres, y porque puede, a partir de una célula, iniciar el proceso de repetición de un ser, procreado genéticamente idéntico a aquel del cual se extrajo la célula, el hombre por obra de sus científicos, se cree superior a la naturaleza, está convencido de que la ha vencido pero, ¿crees tú que podría clonar una montaña, una estrella, o a partir de la nada dar origen al mundo?

—Dios nos libre de eso —contestó Diana—.

—No. Nunca podría. ¿Sabes que pienso?, que Huxley tenía razón, quizás el hombre sea una especie de clasificación alfa, pero ello ya implicaría que su carácter y su inteligencia están condicionados y, por tanto, es limitado.

—Aquello es ficción —sentenció Diana—.

John la miró con ternura:

—Muchas veces la ficción es más real que la propia realidad. Hay quienes la usan asociada a la belleza para enseñar a la gente una nueva moral.

Diana frunció el ceño.

—Pero esta belleza —continuó John— ya no es dolorosa como la que percibía Rimbaud, es verdadera, lo bello se confunde con la verdad. Se expresan mentiras y falacias, ¡las disfrazan con la belleza!, para que todo aquel que absorba esta información crea y, sobre todo, sienta que es verdad. Luego sigue la aplicación de la máxima de Goebbels: «*Una mentira dicha mil veces, aunque sea mentira, es verdad*».

Por ejemplo, en una película, en un filme, una bomba explota matando a decenas de personas. La explosión es

deslumbrante, con colores armoniosos, casi sublime, el ruido del estallido es magnificente, los cuerpos de las personas destrozadas vuelan, describen en el aire líneas acrobáticas de belleza singular, las cuales forman parte de toda la armonía de la escena y son una anécdota. Aquello es her— mo— so, es verdad. Entonces, ¿qué importancia tiene el que se mate a las personas si esta acción es bella? Así se desarrolla la tolerancia ante determinados hechos, así se construye la consciencia que soporta todo lo violento, con la misma pasividad con que se espera a que termine el terremoto cuando la tierra se revuelca de tanta pobredumbre.

—Una falsa tolerancia —agregó Diana—.

—Así es, se dicta una nueva moral, aunque no haya alguien que diga «*esta es la nueva moral*». Por eso el hombre vive inmerso en el vacío, que es el vacío que en su propio interior existe. De aquí el desconcierto. El poder mismo, el poder invisible, se fortalece y llega a extremos. Mira.

En ese momento le mostró los documentos que acababa de recibir. Diana los leyó con detenimiento, con minuciosa avidez. Cuando terminó su lectura, se echó a llorar en los brazos de John:

—¿Y cómo podemos salvarnos? o ¿es que esto no tiene salvación? Dime John, por favor contéstame. ¿Es que no reconoceremos el camino?

John la abrazó con la delicada fuerza de una brisa y sin dejar de mirarla a los ojos, la besó:

—Igual lo sabrás... después que mueras.

Ella sintió cómo un abrazo invisible y aterrador se apoderaba de su cuerpo, un abrazo que la poseía desde los pies hasta la mínima estructura de sus pensamientos. John creía que una vez que uno fenece, el espíritu emigra a un panteón donde el alma se encuentra con todas aquellas almas con las cuales cruzó acciones en la vida terrenal y

que, allí, en esa inmensidad de sentidos, todos sus gestos, todas sus intenciones, todos sus pensamientos, todas sus acciones sin excepción, flotan expuestos ante cada una de ellas, por lo que no cabía la mentira, ni el engaño. En ese lugar, cada alma se enfrenta al veredicto de su propia alma. Cada alma tiene en sí misma y ante sí, a su propio juez; en tanto que las otras nada juzgan, porque a un alma sólo le está dado el derecho de medir solamente lo que puede y sabe. Las otras almas sólo preguntan: Mentiste, ¿por qué lo hiciste?; hurtaste, ¿por qué lo hiciste?; ofendiste, ¿por qué lo hiciste?; indujiste al error, ¿por qué lo hiciste?... Así, eternamente, hasta que por sí y ante sí, el alma se juzga a sí misma.

Diana sintió cómo toda la expresión de este mundo la envolvía, mas como no podía explicárselo, fue para ella un aterrador abrazo, lo mismo que la belleza para el profano, cuando la belleza le da como un racimo de vid la simplicidad de su pureza.

—El odio es la negación del amor —continuó John. El amor es la vida; el odio, la muerte. El amor es la luz; el odio es las tinieblas. ¿Comprendes? Con el amor, sólo con el amor se puede alcanzar la libertad negada. La libertad es del espíritu; le será negada a la materia, el hombre estará clavado a los cuatro puntos cardinales con sus brazos y sus piernas extendidos, vivirá subyugado al cuerpo, pero el alma es capaz de volar y de sorprenderse con cada sol y con cada primavera, si en ella habita el fuego eterno, inextinguible, sagrado, del amor. El camino ya ha sido preparado por el Maestro y aunque puedas no comprender a cabalidad su crucifixión, su sacrificio, si oyes su mensaje y el de otros maestros que nos hablan del amor, estarás en el camino.

Diana empezó a respirar con pausa, lentamente, suave, se aferró al cuerpo de John, como si apretase con sus brazos la inocencia de un almendro. Se quedó callada,

como suspendida sobre su pensamiento. John dijo:

—Imagina, visualiza lo siguiente: Está de noche sobre un caserío que ilumina sus interiores con velas. Para que llegue el amanecer faltan poco más de doce horas. De un claro de noche estrellada surge una nebulosa que comienza a cubrir todas las formas perceptibles, es una niebla de espesa luz que, al paso de esa noche, se hace difusa. Pareciera que es la última luz porque a su paso las velas se apagan y, una vez que ya nada es luz aparte de esa niebla, también ella se oscurece y sólo se distingue un negro plano, aplastante, para el cual no hay fuerzas suficientes que lo levanten y descubran el amanecer. El caserío parece sellado, mientras esa niebla exista, ya nunca más verá la luz.

—¿Es cierto John? ¿no lo dices por consolarme? ¿puede el amor resistir tanta vibración baja?

John la meció entre sus brazos y apoyó sus ojos sobre los suyos:

—Sí, es cierto, ¿podría yo mentirte? ¿podría yo engañarte? El amor purifica, santifica, entrega la eternidad al que ama. Podrá venir la oscuridad, pero si eres lo que eres...

Se perdieron el uno en el otro, beso a beso, caricia a caricia. Diana comenzó a ver en su mente cómo el caserío se comenzaba a iluminar, pero no era la niebla la que se encendía, sino que el cielo comenzaba a amanecer desde la tierra misma, como viniendo desde el centro de cada latido, del corazón de todos aquellos que aman intensamente, sin detenerse, con la santidad del tiempo que es tiempo propio cuando es el espacio en el cual se crece. Diana comprendió que el caserío descubría el día en el fondo de su propio corazón. Por un instante los amantes se detuvieron. Diana preguntó:

—¿Qué somos, John? Según tú ¿qué somos?

Por un momento él se desconcertó, pero le dijo:

—Amor. Sólo eso. Si te desligas de los roles, si los ejerces, sabiendo que son necesarios para tu vida diaria y comprendes que tú no eres ellos, serás lo que eres, tu yo, tu yo verdadero. Entonces, sentirás lo que eres, sentirás el Amor, ¡serás Dios, estarás con Él! A nada temerás, ¡estarás viva! ¡existirás!

John se inclinó hasta el extremo del sofá y sacó de su bolso el libro. Buscó. Se detuvo en 1 Corintios, capítulo 13. Leyó en voz alta:

—“¹ Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. ² Aunque hablara de parte de Dios, con su don de profecía, y conociese todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tuviese tanta fe capaz de trasladar las montañas, si no tengo amor, nada soy. ³ Aunque repartiese toda mi hacienda y aunque entregare mi cuerpo al fuego, si no tengo amor, de nada me sirve. ⁴ El amor es paciente, sabe soportar, es bondadoso, servicial; ⁵ el amor no tiene envidia, no es presumido, no es orgulloso; ⁶ no es descortés, ni busca lo suyo porque no es egoísta, no se irrita, no piensa mal; ⁷ no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; ⁸ todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. ⁹ El amor jamás dejará de existir; Un día los hombres dejarán de profetizar, ya no hablarán en lenguas, la ciencia se desvanecerá, ya no será necesaria. ¹⁰ Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía, ¹¹ llegarán a su fin cuando llegue lo perfecto, porque desaparecerá lo parcial. ¹² Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño, pero cuando llegué a ser hombre, dejé todas las cosas de niño. ¹³ Ahora vemos de manera borrosa, como en un espejo obscuro o en enigma, pero un día veremos todo tal

como es en realidad. Mi conocimiento es ahora imperfecto, parcial, pero un día lo conoceré todo del mismo modo que Dios me conoce a mí. ¹⁵ *Tres cosas hay que son permanentes: la fe, la esperanza y el amor; pero la más importante de todas, es el amor”.*

Esta vez Diana se acomodó al lado de John y lo miró fijamente con sus manos entrelazadas, en señal de oración. John siguió:

—A través de la historia, el hombre ha querido demostrarse que es capaz de gobernarse a sí mismo, que puede autoactuar sin la tutela de Dios. Por otra parte, la otra pugna es la de aquellos que creen en un dios de la oscuridad y se contraponen a quienes creemos en el Dios de la luz. Esta lucha llega ahora a su fin, así es que descansamos sobre un lecho de rosas, donde las espinas son estas gotas de lluvia fuera de estación que quieren decirnos algo, quizás purificarnos, quizás encarnarse en nuestro ser tal como las rosas nos penetran con su aroma y con la belleza de su color y de su forma. Es esa vieja discusión de si el hombre se puede administrar a sí mismo o de si necesita de Dios.

—¿Y qué crees tú John?

Se tomó un pequeño respiro.

—Que el hombre no se basta a sí mismo. Necesita a Dios, pero debe cuidar el dios que elige. Se dice: “*Dios es amor*”, ¡no!, ¡no!, ¡eso es una falacia!...

Diana lo miró sorprendida:

—¿Acaso es *muerte*, es *odio*?

—Un dios que pide sacrificios —continuó John—, sí es de la muerte y del odio, porque no halla otra forma de ser. Creer en un dios que castiga, es asociarse con alguien por temor a que un día te destruya o inicie tu destrucción. En cambio, sentir *Amor*, vivir *Amor*, es creer en la luz de tu mundo, desterrando para siempre el temor a lo desconocido.

Se afirma que “*Dios es amor*”, la verdad es que el *Amor es Dios, sin Amor no hay Dios, y sin Dios no hay hombre.*

Diana separó sus manos:

—¿Y cómo sabré que el *Amor* está en mí?

—Cuando el deseo deje de ser una hiena que se agita en tu oído, cuando se aquiete la serpiente que se contorsiona como un río de lava por la epidermis de tu cuerpo, cuando tu pensamiento haya encontrado el tiempo sin tiempo que brota de la quietud y tu corazón juegue meciéndose como una aceituna que danza sobre su propia sangre, sólo entonces, podrás decir que descubriste el *Amor*.

—¿Por qué entonces alguien o algunos quieren crear este sistema de control absoluto?

—Están equivocados y no se dan cuenta. Desean imponer al hombre una perfección para la cual el hombre no está preparado y que, por tanto, no puede alcanzar. Ya el hombre ha ido demasiado hacia afuera, ahora necesita internarse por él mismo. Estamos ante el apocalipsis del gobierno de la materia y ante el renacer del alma, se cierran las puertas del cuerpo y se abren las ventanas del espíritu.

La conversación se prolongó hasta la entrada de la madrugada. El cansancio pudo más que las palabras y los deseos de dialogar sobre el amor, pero tanto John como Diana, se durmieron con la paz grabada en sus sueños más profundos. Aún así, John le dijo antes de internarse por ese túnel: «*la magia ha de estar entre nosotros para que construya un castillo de sueños; antes de eso, tus duendes serán de papel, no tendrán la frescura de una flor, ni estará la vida que tiene el canto de un ruiseñor cuando se desliga del tiempo para ser*».

LA OTRA NOCHE

La mujer estaba de espaldas, sentada en una silla. Por el respaldo caía su cabello como una cascada de ébano.

—¿Piensas que vivirás como una de nuestra clase?! ¡Maldita perra! ¡Naciste como una puta y vas a morir como una puta! ¡Nosotros te hemos ofrecido una vida nueva! ¡no los dioses extraños!

La voz salía con furia, como si el azufre brotara de su lengua y se desbordase por el aire hasta los oídos.

—¡Todos los hombres son tuyos y ninguno! ¡Ni siquiera tu vida es tuya! Así es que si deseas mantenerla, prestarás tus servicios a la Organización. ¿Entendido?!

Un leve «sí» se pudo oír entre el sollozo.

—Muy bien. Es agradable cuando ¡las putas!, entienden lo que un hombre, ¡un hombre verdadero por cierto!, no uno de esos *gringuitos* que tanto te gustan, ¡quiere! —al decir «*quiere*» le arrojó una bola de papel golpeándole la nuca—. Debes sacarlo de la ciudad, es mejor que el sacrificio sea fuera de la ciudad. Si no es así, pagarás con tu propia sangre, lo mismo si fallas. Se te contrató para obtener información, no para enamorarte. La vida, *tu* vida, está con nosotros, *es* de nosotros. La vida de todos está con

nosotros y si alguien no quiere estar con nosotros, ¡no puede existir! ¿Está claro?

—Sí.

—¡¿Sí qué?!

—Sí, señor Hinojosa.

—Muy bien, Diana. Deposito de nuevo mi confianza en ti, algo inusual, por cierto, nuestra norma es la desconfianza, no otra cosa... bueno... ya sabes... ¡puedes retirarte!

El sol del mediodía no dejaba advertir a la oscuridad. La cordillera mostraba la piedra desnuda, sin la nieve que en invierno tapiza sus laderas y cumbres. Aquel día John se había retirado de la casa de Diana, temprano por la mañana, inquieto por la necesidad de escribir. Trabajó todo el día en su libro, interrumpiendo la escritura para comunicarse por teléfono con ella, a quien no encontró. Al hacerse la noche y mientras estaba revisando algunos capítulos de su obra, golpearon a la puerta. Pensó que ella le tendría preparada una sorpresa, pero él no se dejaría sorprender, por lo que se preparó para abrir sin antes mirar por el visor. Al hacerlo, se encontró ante tres hombres.

—Buenas noches, señor Spencer.

John detuvo la vista en su reloj de pulsera: las 23.

—¿Qué se les ofrece?

El hombre más alto respiró rápido y echó su cabeza hacia atrás, al tiempo que carraspeó con virilidad. Los otros dos lo miraron. Sacó del bolsillo interno de su chaqueta su placa y le dijo:

—Somos de la Policía. ¡Está arrestado!

De súbito el hombre había subido el tono de la voz. John percibió su inseguridad, así es que preguntó:

—¿Arrestado? Tiene que haber un error.

Los hombres lo empujaron hasta el interior del

departamento, rápidamente cerraron la puerta y lo arrojaron al sofá.

—¡Maldito perro inglés! ¿y te atreves a preguntar?

Lo esposaron con destreza. Uno de ellos lo apuntó con el revólver en la cabeza, mientras los otros comenzaron a revolver los cajones y papeles que estaban encima del escritorio. Los tomaban y los arrojaban al suelo. Después de varios minutos de busca, uno de ellos se detuvo ante unos folios y habló:

—Aquí hay algo.

El más alto con aspecto de fiera, se acercó, leyó las primeras líneas y se dirigió a John:

—¿Sabe lo que le ocurre a los que saben mucho?

John gritó con desesperación:

—¡Aquí hay una confusión!

—¡No hay ninguna confusión! —aclaró con rapidez el más alto—, ¿así que se les da de buscador de la verdad? ¡Que su maldito Dios lo salve ahora! ¿No cree demasiado en la bondad y en el amor?

—¡Por favor, déjeme explicarle!, ¿sí?

Las palabras y gestos de John chocaron con la mirada dura del más alto, mientras los otros dos actuaban como cazadores que esperan la señal para matar y devorar a su presa.

—No hay nada que explicar, señor Spencer. ¡Vamos!

A la orden, los hombres lo condujeron con firmeza por el pasillo hasta el ascensor y luego hasta la calle donde esperaba el automóvil. Ese «*señor Spencer*», lo pronunció el más alto con la calma de sus dientes apretados.

—Verá, aquí hay un error —intentó defenderse John cuando lo estaban subiendo—.

El más alto sonrió con sorna, el otro lo acompañó.

—Yo soy un profesional, es cierto busco la verdad,

pero es una inquietud mía sin la cual no puedo vivir —dijo como tratando que lo entendieran—.

El más alto volvió a sonreír e indicó al conductor que se pusiera en marcha.

—Tiene razón, señor Spencer, necesita la verdad para vivir, si esa verdad nunca se sabe, esa verdad no existe, ¿es cierto?, y si no existe, usted no vive, ¿estoy bien? ¿le parece justo mi razonamiento? Por lo tanto, nosotros le vamos a ahorrar tanta penuria. ¡Qué lástima!, se ve usted tan sano.

—Cál- me -se, por favor.

John ponía sus manos hacia adelante indicando detenerse.

—El único que necesita aquí calmarse, es usted. Es sólo un procedimiento de rutina.

Una vez en la sala de interrogaciones, el *Doc* le puso una luz potente sobre la cara y le acercó una lupa grande, del diámetro de un *long play* antiguo, para mirarlo «*más en detalle*», según le dijo. Le decían el *Doc* por su pasado de médico. Cierta vez, operó a un hombre cometiendo un grave error que le quitó la vida. Desde entonces, le bajó una sed de justicia, así decía él, y solicitó ingresar a la Policía como uno más. Pero antes, debió soportar el rigor de la cárcel, aminorándosele su pena conforme a su buena conducta. Sin embargo, el resentimiento que esa experiencia le provocó, no lo pudo superar, buscando la catarsis en esa especie de venganza que supervive en todo hombre débil en lo espiritual. Con el tiempo escaló varios grados, consecuencia de su eficiencia en la solución de varios casos difíciles. Pero los años, así como la no superación de sus días en la cárcel, no lo perdonaban, y sus cincuenta años aparecían aumentados en más de una década. Afloraba en

él, esa frustración que corroe la carne y la parte como una mohosa red de telarañas.

—¡Los irlandeses están metidos en la violencia!
¡Les gusta la violencia!

—No soy irlandés —corrigió John—, soy inglés.

—¡Al diablo con usted! ¡Los irlandeses aman la violencia!

—Nací en Bristol —insistió John—

—¡No viven en paz ni entre ellos mismos! Bristol, Inglaterra, Irlanda, para el caso ¡da lo mismo!

—¡Respete usted la memoria de mi padre irlandés fallecido!

—¿Así es que falleció su padre? ¿Se lo comió alguna bomba de esas que ponen ellos mismos? —Cambió el tono de la voz para decirle:— Lo siento. A todos nos pasa.

Un tipo lo llamó desde la puerta entreabierta. El *Doc* volteó, llegó hasta donde se hallaba el hombre y conversó en voz baja. Por algunos gestos y ademanes, John comprendió que se referían a él y a ciertas dificultades. Volvió a mirar de reojo, esta vez a través del ventanal de un gris transparente, el puntero se acercaba a las 2. Sintió el cansancio caer como un pesado manto viscoso, apenas podía mantener los ojos abiertos bajo el cono de luz y la tenue oscuridad por la cual revoloteaban pequeñas volutas de humo. El *Doc* dio una palmotada en la espalda del hombre y algo le dijo, algo que en esa inmensidad sin sentido, John no alcanzó a percibir, luego unas risotadas, eso sí, y la figura pesada y maciza del *Doc* que se aproximaba a paso de elefante.

—¡Puedes irte!

John sintió como un bálsamo, como un agua refrescante que se desprende desde los poros de la piedra y se desliza suavemente por la piel hasta envolver el cuerpo

y el alma.

—Afuera te esperan unos muchachos que te conducirán a la celda —agregó el *Doc*—.

El pesado manto viscoso volvió a caer sobre John, eso sintió, y se vio caminando como una oruga hasta la puerta entreabierta.

Las primeras informaciones de la prensa escrita, le atribuyeron una militancia derechista y que estando conectado con unos de esos grupos más radicales, habría intentado asesinar al Presidente de la República. Según los analistas que sostenían esta hipótesis, la acción tendría como objetivo el asustar al electorado ante las cercanas elecciones presidenciales y su posible preferencia por un candidato de izquierda, actual ministro de una importante cartera de Estado. Ello, aunque lo fuera de la llamada *izquierda renovada*.

A medida que transcurrió el día, se comenzó a decir que John Spencer era un espía británico, puesto que se le había hallado un archivo con documentos confidenciales. Cuando esta información comenzó a ser aceptada, los medios de prensa irrumpieron diciendo que Spencer estaría relacionado con el Ejército Republicano Irlandés (IRA) y que su presencia tendría como objeto el cobrar una deuda por concepto de ayuda en la fuga de unos detenidos desde una de las cárceles de alta seguridad. Esta huida se había realizado con un helicóptero y, por la espectacular precisión con que se desarrolló, se sospechaba de la participación de cerebros europeos. De este modo difundieron la información los noticiarios de televisión, los de radioemisoras, y las primeras crónicas de los vespertinos. Cuando se supo que John tenía una residencia de más de diez meses en el país, se descartó tal posibilidad, pero los más perspicaces periodistas sostuvieron que eso acrecentaría

las sospechas, por cuanto delataría una acción coordinada en el tiempo.

Al tercer día de reclusión, John recibió la visita de Elisa. Esta vez llevaba un vestido blanco, bajo el cual resplandecía su figura de hada, la tez clara con sus mejillas rosadas y su cabello dorado, no opacado si quiera por las tímidas luces de ese recinto. Sin preámbulos ella le dijo:

—Tengo un abogado para ti.

John se acomodó en la silla y se apoyó con los brazos sobre el borde de la mesa.

—¡Qué bueno! Me hace falta. Gracias.

—Pero tienes que desistirme de escribir el libro — aclaró Elisa—.

Ella se había sentado y lo escrutaba con la firmeza de una mirada imperturbable. John agachó la cabeza y la meneó en señal de negativa. Luego la levantó, la miró y le dijo:

—No podría... no podría...

—¿Por qué?! ¡Se trata de tu libertad!

—Exacto, ¡se trata de *mi libertad* para expresar lo que yo quiero expresar!

—Pero puedes desistirme —repitió Elisa—.

—No —contestó John moviendo la cabeza de un lado a otro—.

—¿Por qué tanta obstinación?, ¡por favor!, John.

Él puso su mirada en la de ella y con la voz firme le aclaró:

—De qué sirve la información, si no cobra la forma de un pensamiento. La información inconexa, un dato, un hecho, nada es si no tiene una coherencia, una hilación que permita al entendimiento descubrir causas y efectos.

Hizo una pausa. Continuó:

—Aunque la vida se permita jugar con lo

impredicable, hay una parte importante de ella que se puede comprender y que es asequible a la lógica humana. En esta lógica descansa y se apoya el mundo de la imaginación humana, el cual se proyecta en hechos, en modos de actuar y de decir. Dicho de otro modo, desde esta concepción de la vida nace la propia realidad, la individual y cotidiana que es, a la vez, expresión del interior (lo *invisible*), proyectado sobre el espacio de las formas (lo *visible*).

Se llevó la mano derecha abierta y la puso en su propio pecho.

—Yo soy de la luz, quiero que los otros sepan lo que ocurre, para que sus almas no sean manipuladas por la oscuridad. Quiero que las otras almas puedan también ver la luz. ¿Me vas a decir que no hay libertad para publicar? ¿De qué me serviría a mí la libertad entonces, la libertad de la que tú me hablas y ofreces?

Elisa movió su cabeza de lado a lado y le comentó:

—Varios libros han sido censurados. Sus autores terminaron en la cárcel o fueron procesados.

—¡Exacto! —contestó John, se puso de pie y apuntó a Elisa—, pero aquí yo voy a ser procesado no por mi libro, sino por unos papeles ¡que tú me entregaste! —su mano derecha quedó empuñada—. Ahora me ofreces libertad por silencio. —Se sentó—. Yo el muy idiota, confiando, creyendo.

—No es lo que tú piensas —repuso Elisa—.

—Tu padre está atrás de todo esto, tú eres parte del juego. Ahora lo veo todo claro.

—No es lo que tú piensas —repitió Elisa—. ¡Tengo miedo por ti!

—¡Su hija ayuda a su *papacito*! ¡Vanas palabras de amor las tuyas! ¡Mis palabras se confirman por los hechos!

—No es lo que tú piensas —volvió a decir Elisa—.

—Explícame por qué no puedo terminar y publicar mi libro.

—Temen a tu denuncia.

John se tomó con las manos su cabeza:

—No está en mi espíritu el denunciar algo o a alguien.

—Puedes ¿Verdad que puedes desistirme? —interrogó con rapidez Elisa—.

—¿No lo has entendido? Sólo me interesa la verdad, que todos entendamos qué ocurre para poder manifestarse con absoluta libertad cuando llegue el momento en el cual debemos decidir de qué lado estamos: si amamos la luz o preferimos como estado natural de nuestra consciencia, la oscuridad.

—¿Es cierto que lo haces por alcanzar la verdad?

Asintió con la cabeza:

—Comencé entendiendo que por la razón tenía el sentido de mi vida, hasta que busqué en ese sentido las razones del amor. Nunca las pude encontrar, quiero decir que el amor no soporta las razones que mueven al mundo. Las razones del amor están en la más honda humanidad, en las cosas más simples del vivir cotidiano que, a la luz de la razón misma, no tienen sentido. Pero ahí tienes —apuntó hacia la calle—, a miles, millones de personas asombradas con las razones del mundo, desconcertadas y destruidas por lo que llaman las sombras del amor. Sin embargo se alejan de la mirada sonriente que, por un momento, ilumina a otros ojos, se alejan del abrazo sentido al amigo o a la amante.

—¿Me planteas que no piensan?

—Es muy duro decir que esas personas no piensan —corrigió John—, porque se está diciendo implícitamente que no interpretan la realidad. Lo que ocurre, es que sólo sienten, actúan afectivamente, interpretan emotivamente, y como la realidad que es racional sólo puede ser entendida desde lo racional, viven en la confusión y eso es lo que vive y siente

la gente hoy. Las personas, al no poder interpretar racionalmente un hecho, lo hacen afectivamente, pero como ésa no es la naturaleza de lo que se está interpretando, no pueden ordenar esta realidad en sus mentes, entonces se sienten confundidas, pierden el norte y caen en la angustia. Pero no es porque carezcan de inteligencia, es sólo que carecen de un modo interpretativo eficaz.

Hubo un breve silencio.

—¡Sácame de aquí sin condiciones! ¡No me ofrezcas la libertad y las cadenas al mismo tiempo!

—¡No soy yo la que está en problemas! —le expresó Elisa con exasperación—. ¡No estás en posición de establecer tú las condiciones y no es hora para filosofar! ¡Yo sólo quiero ayudarte!

John guardó silencio. Pensó que de alguna forma saldría de aquello, así es que sin contestar se puso de pie y se encaminó a la celda. De inmediato el guardia se puso a su lado.

—¡Detente! ¡John! ¡Por favor, comprende! ¡Quiero ayudarte! ¡No es lo que tú piensas!

John volteó su cara, recordó la noche en la cual la conoció, el domingo cuando lo acompañó a buscar el departamento que alquilaría, la noche de amor, los coqueteos, la dulzura de las miradas... él mismo detuvo su pensamiento, aquietó las evocaciones y la habló:

—Debí ser un solitario, siempre. Lamento haber fracasado ante la soledad.

Luego se alejó ante los ruegos insistentes de Elisa, le pareció oír un cierto sollozo, pero su voz se hundía en la inconsciencia y en el silencio que atraviesa las formas y colores cuando la mente está confusa.

Horas después fue informado que el juez había ratificado su condición de reo y que sería procesado bajo el cargo de *atentar contra la seguridad de la Nación*.

LA TRAMPA

Con la luz tenue del crepúsculo matinal, John atravesó por el campo sembrado de huesos, sobreponiéndose a la niebla, de oriente a poniente, desde el septentrión al austro, una y otra vez, y ante un amanecer esquivo que nunca llegaba. De pronto, se vio a sí mismo reptando por debajo de ellos y alzándose hasta alcanzar su estatura. Se miró las manos y no se las vio, se miró los pies y no se los vio, se tocó el cuerpo y advirtió que cuerpo no tenía. Entonces una voz le dijo:

—¿Es que acaso dudas?

—No —contestó con pronunciación temblorosa—.

Y la voz creció por todos los contornos como un eco:

—¿Es que acaso vivirán estos huesos?

Observó la sequedad de las osamentas, levantó la vista y giró sobre sí como buscando el azor y su mirada se perdió en la inmensidad blanca y parda, a veces, de tanto muerto junto. Contestó:

—No lo sé... no lo sé... no lo sé...

Sintió cómo un nudo crecía por dentro de su garganta y la apretaba. A lo lejos, al oriente, distinguió una luz que crecía y crecía. Repentinamente, esa lumbre se transformó

en dos inmensos globos, en dos inmensos ojos, del tamaño de una luna posada sobre el horizonte. Los ojos se dilataron y de ellos manó una voz estruendosa que lo interrogó con furia:

—¿Quién lo sabe entonces?

—Quizás tú... —contestó con temor—.

—¿Quizás? ¿Quizás? ¿Dudas? ¿No crees que yo podría decirle a estos huesos: espíritu entra en ellos para que viváis?

No podía y no alcanzó a decir palabra cuando la voz gritó:

—¡Cúbranse de nervios, crezca sobre ustedes la carne!

La tierra empezó a temblar, un ruido ensordecedor saturó los oídos y hueso con hueso se fueron uniendo, se cubrieron de nervios y de carne y sobre la carne la piel cubrió cada cuerpo, surgió el cabello, mas parecían maniqués repartidos al azar, porque estaban muertos, unos al lado de los otros.

—¿Quieres que vivan? —preguntó la voz—.

—Sí... sí, por supuesto... —respondió con angustia—

—¡Espíritu de los cuatro vientos! ¡Entra en estos huesos para que vivan!

Y cada uno de ellos abrió los párpados y se levantaron. A medida que se ponían en pie, el fuego los rodeaba y gritaban mientras las llagas abrían sus cuerpos. Toda la extensión era un sol donde se quemaban los sentidos, semejante a una gran jaula de fuego. John sintió descender la transpiración como un río. Un palo que se introducía por sus costillas, que entraba y volvía a salir, lo sacó de su turbación. Oyó la voz que le gritaba:

—¡Señor Spencer! ¡Señor Spencer!

Despertó, pero a medias. Ante él un guardia insistía en punzarlo con los dedos y con una luma.

—¡Señor Spencer!

—Sí... diga... ¿qué hora es? —contestó entre bostezos—

—¡Puede retirarse! ¡Señor Spencer! ¡Vamos!

Se puso en pie. Miró a su alrededor, comprobó que estaba vestido y vio junto a la reja a otro guardia que lo esperaba impaciente. Agitó un poco la cabeza, se la tomó con las manos y se dirigió hasta la puerta de reja. Cuando traspasó el umbral, un pesado ruido metálico le indicó que la habían cerrado, luego el crujido de la cerradura al girar la llave. Siguió por el pasillo acompañado por los guardias y por las miradas aceradas de los otros presos. Una tras otra puerta fueron quedando atrás. Al final, cuando enfrentó la puerta de calle, se convenció que la noche dejaba traslucir su concierto de estrellas.

—¡Puede retirarse!

Contempló por última vez a sus cancerberos. Diana lo esperaba al costado de un automóvil azul y con la puerta trasera abierta. Ella sonrió. Sólo pudo decir:

—¡John!

Él se acercó y la abrazó con la fuerza desesperada de la desesperanza. Apretó con fuerza sus párpados, pero no pudo evitar el que surgieran algunas lágrimas.

—¡Vayámonos! —le dijo con suavidad pero con firmeza Diana—, no hay tiempo que perder.

Habían recorrido cuatro calles cuando se oyeron gritos y en la inmensidad de la ciudad se divisaron los primeros fuegos artificiales. Al pasar por debajo de la Alameda, divisó esas líneas de luces que se elevaban como tallos hasta ramificarse en el cielo como iluminadas flores nocturnas, lanzadas desde la torre ENTEL.

—¿Adónde vamos? ¿me llevas a celebrar a Valparaíso? —preguntó con irónica alegría John—.

Diana respondió con una sonrisa nerviosa y lo abrazó:

—¡Feliz año nuevo!

—¡Felicidades! —expresó John—

El conductor miró por el espejo retrovisor. La ciudad estaba iluminada, pero aún así, la noche parecía un callejón largo con un automóvil metiéndose en la ruta al sur. Con excepción de esos primeros momentos, en los primeros minutos hubo silencio, sólo miradas. John a Diana, Diana a John, el conductor a Diana por el espejo retrovisor. Hasta que John se dirigió a Diana:

—¿Cómo lo hiciste?

—Soborno —contestó secamente ella—. No había otra forma.

Por la ventana, las estrellas asemejaban dos manos que se amoldan como una cúpula que ampara las miradas y los sueños de los hombres. Cada cierto tiempo las luces de las avenidas principales de algunos pueblos y ciudades interrumpía el paisaje que sólo se puede mirar boca arriba. John recordó la Navidad, el repique de las campanas y los cantos y sonrisas de niños a lo lejos. Aquella noche había sabido que llevaba veinte días en esa apestosa celda.

—¿De dónde sacaste el dinero?

—No hagas demasiadas preguntas.

—¿Hacia dónde vamos?

—Tengo mis contactos. ¿Qué piensas? ha sido extraño conocerte.

La voz de Diana ahora surgía dulce.

—Hablas como si te estuvieses despidiendo —dijo John—.

—¿En eso piensas? ¿En cómo te hablo? Nunca se sabe, ya es suficiente haberte encontrado de nuevo. Integras parte de mi mundo, luego te alejas.

John se apresuró a decirle:

—El mundo, tu mundo, no es otra cosa que la repetición de lo que tú quieres creer.

—Eso es lo que debiera ser —replicó Diana—, tú mismo dices que la vida de los hombres ya no depende de ellos mismos.

—Eso es evidente —confirmó John—. Lo que tratan de hacer es dominar y no tienen ¡asco! en reconocerlo, como si dominando lograran gobernar.

El viaje se había prolongado por varias horas. Un letrero les indicó que estaban ingresando a San Carlos. Diana hizo una seña al conductor y éste se detuvo en un puesto de gasolina, al costado de la ruta, descendió por un instante, vio las 3:48 en su reloj. Mientras uno de los hombres le entregaba un sobre, el otro sacó la tapa del estanque y colocó la manguera. Diana leyó sin hacer comentario, luego pagó y subió al auto.

—¡Regresemos! Tenemos que llegar hasta Curicó.

El conductor miró, echó a andar el motor y viró en dirección norte.

—Exótico año nuevo me toca vivir —comentó John—.

—Estás de buen humor. ¿Cómo puedes estarlo si te han hecho tanto daño?

John se quedó meditabundo. Por un instante Diana creyó que se quedaría en silencio, pero dijo:

—Dentro de sí cada persona es buena, lo que ocurre es que se dejan absorber por sus máscaras, creen y asumen que ellos son los roles que desempeñan en la vida, les es difícil comprender que estando desnudos espiritualmente, es esa propia pequeñez la que les abre la inmensidad y la dimensión verdadera del hombre. Se ponen máscaras y corazas para dejar de sentir, porque asumen que si sienten, serán más fácilmente dañados. Esa cobardía los lleva a la rigidez desde la cual deviene la crueldad y el más profundo

sufrimiento.

El día empezaba a clarear cuando se aproximaban a Curicó. Las siluetas de los cerros de la precordillera se distinguían como mudos espejismos de la noche. Diana ordenó al conductor que se desviase hacia la cordillera por el camino que va a Romeral.

—Esta ruta no está en las instrucciones —protestó el conductor—.

—Nuevas órdenes —dijo con sequedad Diana—.
John la miró con desconcierto.

—No trates de entender —le confesó ella—, es el destino.

—¿Qué tratas de decirme?

—Nada —contestó con algunas lágrimas ella—.

Después de media hora, Diana ordenó que se desviaran por un sendero de tierra. Al detenerse, quedaron ante un estrecho paso entre la montaña. Ella miró su reloj: las 6:30; descendió del vehículo, avizó de una mirada el sector y dirigió sus ojos a los de John, indicándole con su cabeza el que se acercase.

John descendió con lentitud, retenido por la majestuosidad y serenidad del paisaje. Trataba de contener la velocidad de su corazón, el cual latía como un corcel que a fuerza de morirse devora con insaciable violencia la distancia que lo separa de la muerte. Caminó hasta Diana y se detuvo observándola. La brisa tenía calor de belleza y frío de mañana.

—Bien —dijo Diana—, venimos solos y nos vamos solos.

—La diferencia está —intervino John—, entre si te vas con tu orgullo o si has abandonado tu ego y te despidas en el ser. Hay quienes creen que aprehender el mundo es dominarlo, gobernarlo con mano de hierro, no se dan cuenta

que quien gobierna al mundo es aquel que se descubrió a sí mismo, aquel que es nada como ente individual porque ya es todo en Dios, en el Amor.

—Siempre hablas del poder, te obsesiona el poder y lo relacionas con el Amor y con Dios. Eres un gran sofista —sentenció con cierta crudeza ella—.

John sonrió. Un viento filoso y frío se dejó sentir.

—Me lo has dicho antes.

—¡Lindos los corazoncitos!

El conductor se había acomodado con la puerta abierta y junto al automóvil, empuñando con su mano derecha un revólver.

—¡Más lindos cuando están juntitos en la misma tumba! —agregó—.

Diana le clavó su mirada:

—¡Yo soy quien manda aquí! ¡nadie va a creer tu historia!

El conductor dudó por un momento. Luego añadió:

—Así como estamos no, pero con esto sí —y extrajo del bolsillo de su casaca una mini grabadora—.

—¡Ese diálogo no significa nada! —replicó Diana—.

—Quizás no —respondió el conductor—, pero cuando oigan palabras tan bonitas, entenderán que aquí había un romance bello. Entonces me creerán y me premiarán. ¿Qué eficiencia, no?

El disparo hizo eco entre las paredes montañosas y luego otro volvió a estremecer la quietud. El cuerpo se desplomó como una hoja seca. Desde el bosquecillo emergió la figura. Se acercó con paso seguro y con el revólver empuñado, montada en un caballo y trayendo otro consigo. John permaneció impávido, no creyendo lo que sus ojos veían. Finalmente exclamó:

—¡Elisa!

—¡Muévete! ¡A ti te digo Diana!

Se apeó sin perderla de vista. Luego la llevó hasta el automóvil, sin dejar de apuntarla.

—¡No bajas las manos, déjalas en la nuca! ¡Abre las piernas!

John seguía sin comprender. Por un momento quiso intervenir, pero una fuerza interior lo contuvo. Sólo se atrevió a decir:

—¡Qué puntería! ¿Dónde aprendiste a disparar así?

—¿Tanto me has olvidado?

—¿Por qué dices eso?

—¿Tanto me has olvidado? —enfaticó cada palabra—. ¿Tan poco te importo? Cuando nos conocimos te comenté que practicaba tiro.

—Pensé que era sólo un pasatiempo —se defendió John—.

—Soy profesional en todo lo que hago —contestó con sequedad—.

Elisa buscó entre las ropas de Diana, hasta que encontró la calibre 38.

—¡Ah, sí!, el polígono de tiro... y también equitación como socia del *Santiago Paperchase Club* —corroboró él, como una forma de demostrar que sí la tenía presente—.

—No es tanto tu olvido.

—¡Date vuelta! —gritó de nuevo Elisa—.

Diana giró hasta quedar frente a ellos.

—Ya sé que los seres humanos somos impredecibles, pero ¿qué ocurre? —se atrevió a preguntar John—.

—Sé que no me creíste —dijo Elisa—, pero desde que te vi, mi amor siempre estuvo contigo, cada día, a cada instante. Querías que te lo demostrara, bien, aquí estoy, tu salvadora te iba a sacrificar.

—¡Son órdenes de tu padre! —se defendió Diana—.

—¿Tú?... Diana... ¿es cierto?... —se dirigió desconcertado John—.

Ella comenzó a sollozar.

—¿Por qué?... ¿no hablamos del amor?... ¿cuántas veces no conversamos que no se trata de destruir? ¿Cuántas veces no concluimos que el amor no destruye?, él transmuta, transforma tu oscuridad en luz. La oscuridad sigue ahí, esperando agazapada para manifestarse en cuanto pierdas tu fuerza al dejar de lado la fe y el amor por el Amor. ¡Qué débil has sido! ¡Cómo pudiste ser tan débil! Tú que atesoras conocimiento sobre el «*estado alma de los pueblos*», ¡sucumbes!...

John empuñó su mano y apretó sus párpados. Repitió:

—¡Sucumbes!... ¡sucumbes!

Diana continuó en silencio. Elisa también.

—¡Qué estúpidos somos los seres humanos! Cuando tenemos la felicidad, la dejamos ir y después vivimos añorándola...

Las palabras de John fueron cortadas por el ruido seco del disparo.

—¿Cómo has podido?! ¡Elisa!

—No mancharía mis manos con sangre. Sólo está dormida. Tú estarías muerto si ella hubiese cumplido su plan; si no hubiese recibido sus nuevas instrucciones —pronunció con rabia—.

—Pero ¡tú eres hija de quien lleva adelante el control total de las personas en este país!

—Yo he dejado todo, John, no pienso ni siento como él. Gracias a ti supe de qué se trata todo esto. Cuando mi padre me entregó ese sobre, no sabía lo que contenía, simplemente me dijo «*ve y entrégale a Spencer estos documentos*», y en seguida agregó: «*¡no intentes verlos!*» Luego emprendió su andar, volteó y me advirtió: «*será mejor*

que no te vea nadie, ni que despiertes sospechas». Tú nunca me hablaste al respecto, ¿¡por qué!?

—No lo sé.

—Días después de nuestro encuentro en la *Catedral*, entré a su biblioteca, cuando él estaba en la oficina. Quería revisar una enciclopedia para uno de mis trabajos de universidad y encontré, por azar, unos papeles rasgados, hábilmente unidos con cinta adhesiva. Estaban guardados en una carpeta abierta. Al reconocer tu letra, cometí la impertinencia de leerlos y créeme que me sorprendí, ¡yo no sabía nada! Mi corazón empezó a latir con más fuerza y también comprendí que junto a ti, sólo junto a ti podría hallar esa felicidad profunda que tú también buscas. Es tu decisión si quieres dejarme en esta soledad. Cuando descubran que te ayudé a salir de este infierno, no lo dudes... ¡Malditos puercos!

—Calma, calma —quiso John aquietar los ánimos poniendo sus manos con las palmas abiertas—.

—¿Calma? —el rostro de Elisa estaba colorado—.

—Prefiero respirar así, profundo —John abrió los brazos y se llenó con el aire cordillerano—.

—¿Quieren matarte, silenciarte involucrándote en algo que no has cometido y pides calma?... ¿Te das cuenta lo que ocurre cuando no se acepta lo que los otros piensan? ¡Tienes que huir!

— Si te enseñan a odiar, te conviertes en el juez de tu propia destrucción. Ellos ganan si tú odias —rectificó John—.

—Sí, mi amor —contestó Elisa sollozando—.

—Eres su hija —insistió John—. No puedes hablar así. Tienes que comprenderlo.

—Para mi padre, está primero su dios, ¡me matará! Y yo contigo, he dejado todo, cuando descubra lo que he

hecho, me matará en lugar de ti, alguien tiene que ser sacrificado... Pero no me importa si tú vives. Me conformaré con vivir en ti si tú vives, ¡vete si quieres! ¡Vete! ¡pero anda de una vez! Aquí está la ruta —y le extendió un mapa—, que tengas suerte a través de la montaña, ahí están marcados algunos refugios, los necesitarás. No te apartes del camino.

John montó en el caballo y anduvo unos metros. Luego se detuvo. Permaneció quieto, de espaldas, por un breve tiempo.

Elisa le gritó:

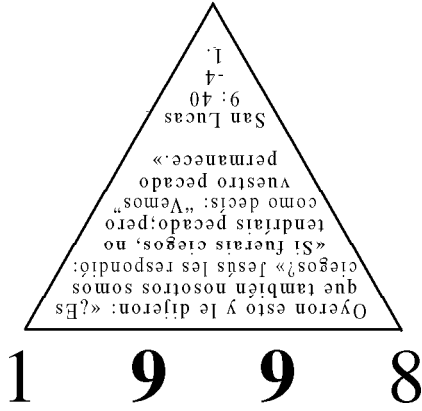
—¿Qué esperas?! ¡Vete de una vez! Vete, mi amor —dijo disminuyendo el tono sollozante de su voz—.

Por el rostro de ella descendían lechos de lágrimas. John giró con el caballo y abrió sus brazos diciéndole:

—¿Qué esperas tú?... Aún queda un largo camino.

Fecho en Sän-tyägo (Ciudad de Jacob), hoy sábado, a 6 días del mes de junio, del año 8661.

9



NOTA BREVE SOBRE EL AUTOR

José-Christian Páez (1962).

Desde que en 1977 formara parte del equipo que editaba la revista escolar Juventud Chilena, ha escrito en revistas, diarios y periódicos de Chile, Argentina y España. Durante su residencia en Buenos Aires colaboró con Casa Chile, publicación que desde el exilio buscaba terminar con la dictadura de Augusto Pinochet y reinstaurar la democracia en Chile. De regreso en su país natal ejerció como crítico literario en los periódicos antidictadura Fortín Mapocho (1988-1990) y El Siglo (1996-2000), y antes de viajar a España, en Tiempos del Mundo (2000-2001: www.tdm.com).

Continuó su labor periodística en Barcelona. En junio de 2005 comenzó a colaborar en el periódico El Hispano (sería su redactor jefe de la sección Latinoamérica hasta julio de 2006) y, en noviembre del mismo año, en El Triangle. En enero de 2006 asumió la edición general del naciente periódico Wanafrica (www.wanafrica.net), labor que ejerció hasta octubre de ese año. En enero, pero esta vez de 2007, fue contratado por la empresa Red Digital XXI (propietaria de www.eldebat.cat) para dirigir Tribuna Latina (www.tribunalatina.com), diario digital que diseñó, proyectó y ejecutó hasta enero (15) de 2008.

Como escritor, ha publicado cuatro libros de poesía (Boceto por una joven muerte, 1986; Narcisiones, 2000; Amoris, 2000; Desaparecidas muertes para la muerte, 2000), una novela (666 hijos de la ceguera, 1998; segunda edición en España con el título de 666 Los Hijos de la Bestia, 2005); un diccionario (Diccionario biobibliográfico de escritores chilenos jóvenes y autoeditados, 1999) y una autobiografía (Autobiografía, 1999). En 1995 fundó Ediciones del Gallo que, hasta la fecha, ha editado trece títulos.

Para mayores antecedentes biográficos consultar en:

<http://www.jchpaez.com>

ÍNDICE

Agradecimientos • 5

UNO

Encuentro en Londres • 11

DOS

La mapoteca y la biblioteca de Oxford • 23

TRES

El viaje • 31

CUATRO

Elisa • 43

CINCO

La Biblioteca Nacional de Santiago de Chile • 57

SEIS

La Conferencia de Santiago • 69

SIETE

Diana • 89

OCHO

La iluminada oscuridad • 113

NUEVE

Bajo la sombra de la Bestia • 127

DIEZ

El informe confidencial • 137

ONCE

La noche y el amor • 153

DOCE

La otra noche • 163

TRECE

La trampa • 173

Nota breve sobre el autor • 185

